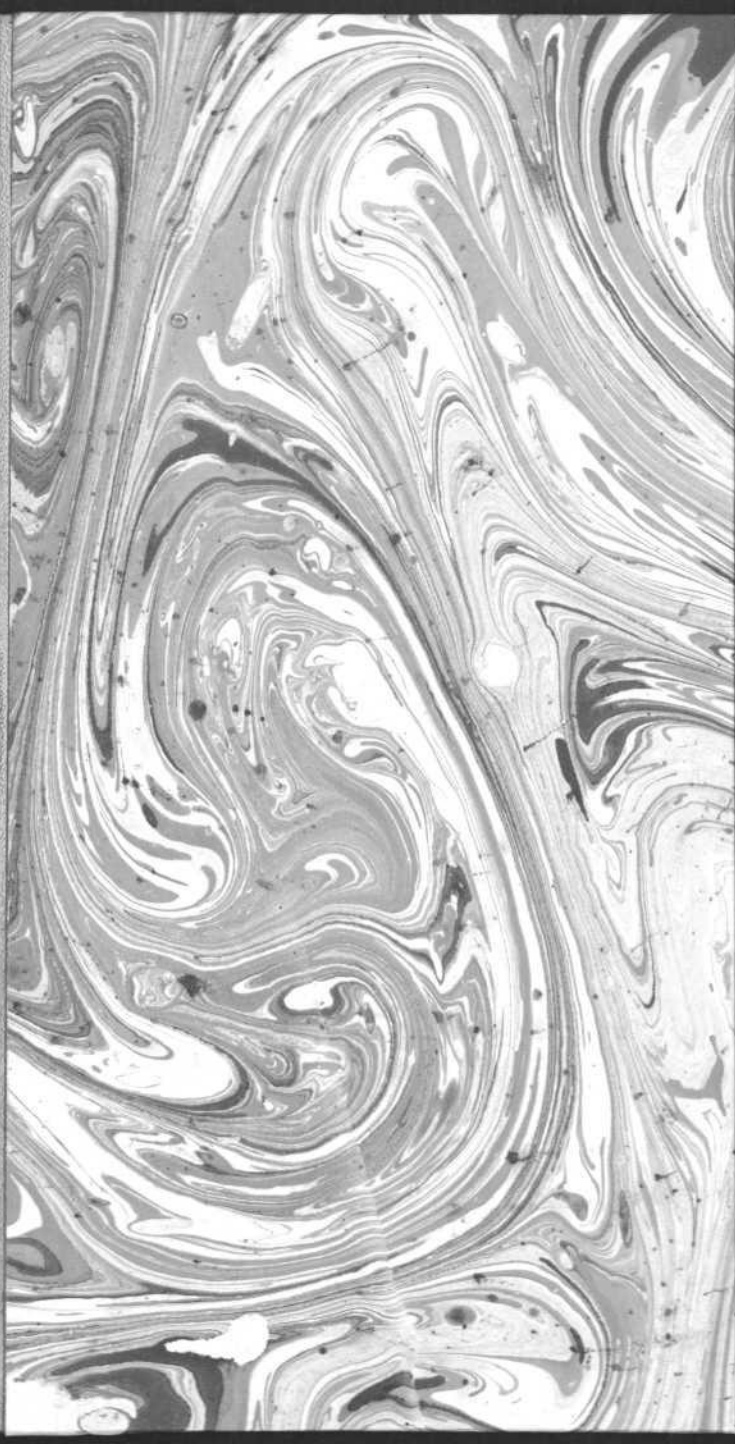


La Cientificomanía



81.159

8.1.59

81.159

LA
CIENTÍFICOMANÍA

1159

A mi querido amigo Pedro
Beato, en testimonio de sincero
afecto,

Juan Domínguez Herrero

LA
CIENTÍFICOMANÍA

POR

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA

*Profesor Auxiliar
en el Instituto de Salamanca
y encargado de las Cátedras de Geometría Analítica
y Análisis Matemático (2.º curso)
en la
Escuela Provincial y Municipal de Ciencias
de la misma capital.*



¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este mundo?—(1.ª Cor. 1-20).

Hay algo que ahora llaman *ciencia*, que es lo mismo que la ciencia cuyo angusto nombre todos veneramos..... sólo que es todo lo contrario.

SALAMANCA
IMPRESA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodríguez

1895

ES PROPIEDAD.—Queda
hecho el depósito que
marca la Ley.

SECRETARÍA DE CÁMARA
DEL
OBISPADO DE SALAMANCA
—

Sr. Dr. D. Juan Dominguez Berrueta.

S. E. I. el Obispo, mi Señor, en virtud del informe emitido por el Censor, ha tenido á bien dictar, con esta fecha, el siguiente Decreto:

«Visto el precedente informe, damos nuestra licencia para la publicación del libro titulado La Cientificomanía, del que es autor el Dr. D. Juan Dominguez Berrueta».

El informe de referencia dice así:

«Cumpliendo el mandato de S. E. Ilustrísima, he leído el libro del Dr. D. Juan Dominguez Berrueta, La Cientificomanía, y nada he hallado en él contrario á los dogmas y la moral de nuestra Santa Madre la Iglesia. Antes bien, citada obra es una acabada defensa de la Religión Católica contra los ataques de la falsa ciencia, que muy oportunamente llama el autor ciencia al revés. No veo, por tanto, inconveniente en que se le otorgue el solicitado permiso».

*Lo que tengo el honor y la satisfacción de transcribir á V. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. muchos años.—Salamanca
7 de Marzo de 1895.*

Dr. Pedro García Repila.

AL EXCMO. É ILLMO. SEÑOR

D. Fr. Tomás de la Cámara y Castro

OBISPO DE SALAMANCA

El nombre de quien, como V. E. I., supo aplicar el enérgico medicamento de la sana doctrina á la curación de científicómano famoso (1), no puede menos de figurar con honor en una obra contra la científicomanía.

Si es atrevimiento el poner bajo la sombra protectora de ese nombre ilustre este mi pobre libro que sale á la luz pública, sírvame de disculpa el anticipado perdón que espero de V. E. I., que con inmerecida estimación me honra, y á quien debo esto que quiero sea testimonio de veneración y gratitud.

El Autor.

(1) Draper.

AL QUE LEYERE

IMAGINAD un periodista que baja del planeta Marte, nada menos, á celebrar una *interview* con la humanidad de «fin de siglo».

El periodista, sin saber quizá que dijo Sócrates á un muchacho: «Habla, para que yo te conozca», porque «esta es la prueba de los hombres» (*Eccles.* XXVII, 8), llevado por no sé qué instintiva seguridad de acierto, con espíritu desinteresado y sereno, interroga á una humanidad á quien no quiere mal ni bien, oye, y escribe. Y después que juzgue la *opinión pública*, ¿no se dice así?

Las páginas que siguen las hubiera escrito mejor el periodista *martiano*; pero con ánimo menos preocupado y con mayor sinceridad en la copia del natural, quizás no. Pero esto no basta que yo lo diga: *Tolle lege*.

INTRODUCCIÓN

YA lo ha dicho Tilman Pesch (1): «Mientras los unos ensalzan el espíritu del hombre, encareciéndolo como la flor más bella de la materia, que ha obtenido conocimiento de sí misma, y nuestros modernos filósofos, entre los aplausos de renombrados fisiólogos, exageran el *antropocentrismo*, hasta el punto de decir que el universo entero no es otra cosa que un panorama que sale por irradiación de mi propio organismo, un ensueño delirante de mi *yo*, de lo Absoluto, otros desechan desdeñosamente al hombre, viendo en él un *animal biped*, tan insignifi-

(1) *Los Grandes Arcanos del Universo*, I, 444.

cante en todo como cualquiera de las asquerosas sabandijas, que se esconden bajo las piedras mohosas en los lugares húmedos».

Esto parece que tiene todos los caracteres de un extravío de la razón, que quizá esté padeciendo gran parte del mundo sabio. Y ante tan extraña *sabiduría*, se nos ocurre preguntar con San Pablo: «¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este mundo?» (1.^a Cor. I, 20).

Yo no creo, como los partidarios del «cualquiera tiempo pasado fué mejor», que en nuestra época todo sea peor; mas si hemos de caracterizarla en lo malo, ha de ser diciendo que padece mucha *sabiduría de este mundo*.

Esta *sabiduría mundana*, nacida de las concupiscencias de la carne, y de los ojos, y de la soberbia de la vida, es el grano de locura que, como dice el abate Gaume (1), ha sido depositado por el pecado en el fondo de la razón humana, y germina y se desenvuelve en ella al calor de las pasiones.

Esta *sabiduría*, que es *locura*, ha adquirido inmenso desarrollo, como no podía ser menos, en un siglo que se tiene por el más sabio de

(1) *Manuel du Chrétien*.

todos, y que funda su gloria en haber extendido la ilustración á mayor número de entendimientos.

Y es, sin duda, asunto que ha de atraer á muchos espíritus el ver hasta dónde ha podido llegar la razón humana, abandonada á una concupiscencia ciega y sin freno, y el engendro monstruoso de un librepensamiento, que cual moderno caballero andante, rematado ya su juicio, ha salido al campo de sus aventuras, vengando no sé qué agravios á la doncella Razón, víctima de gigantes horribles, Superstición y Fanatismo, y de tiránicas dueñas, Metafísica y Religión.

Además, ¿en el siglo de las luces, que indisputablemente han derramado las ciencias naturales en todas las esferas del conocimiento, carecerá de interés recoger IMPRESIONES fotográficas de los puntos oscuros que extrañas interferencias luminosas han sembrado en los cerebros humanos?

Es claro, que tratándose de una sabiduría en la que intervienen directamente las pasiones, se ha de limitar bastante el campo de nuestra excursión impresionista. Se puede afirmar que todo nuestro terreno explorable cae bajo los dominios del siempre antiguo y

siempre nuevo *nosce te ipsum*. En este asunto, quizá más que en ningún otro, se confunde á menudo la alucinación con la iluminación. Bien puede decirse aquí, sin temor á aparecer mal informado: «¿Quién puede tenerse hoy por persona ilustrada?»

Con estas aclaraciones, no temo que ningún lector ilustrado, al enterarse de la pregunta, me haga objeto de sus iras, mas si tiene este propósito algún *ilustrado* lector, no tendré más remedio que resignarme; mas me queda valor suficiente para decirle: «Pega, pero escucha».

CAPÍTULO PRIMERO

LOS NEOSABIOS

Sumario.—Exordio.—¿Quién es la Ciencia?—El *Ignoramus* de Sócrates y el del mozo calavera.—La científicomanía (*ignoratio elenchi; de genere ad genus*).—El reinado de la hipótesis.—El orgullo de la ciencia.—El pensamiento (?) puesto en libertad.—Bacanal y danza de la locura.

TODO el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo» hermosura más grande que la de la ciencia. Así, sobre poco más ó menos, vienen á expresarse los neosabios.

Y como los mercaderes toledanos ante la intimación de D. Quijote, «el mundo todo» habrá de suplicar á los enamorados caballe-

ros, que muestren á la dama, siquiera sea en retrato, para tenerse ó confesar lo de la sin par belleza.

Pero ya nos parece estar oyendo replicar á los caballeros adoradores de la beldad: «La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia».

Todo lo cual quiere significar, y el lector ya se habrá hecho cargo de ello, que los valerosos caballeros, de quienes vamos á dar una idea en *Los neosabios*, y cuyas famosas aventuras, *El átomo gigante*, *El bathybius*, *La humanidad encantada*, *El Hado*, hemos de intentar describir en los capítulos siguientes, tienen la debilidad, por aquello de que sus arreos son las armas, su descanso el pelear, de querer «topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo», por tan fútil motivo como la confesión por todo el mundo de la belleza de su dama. Debilidad hemos dicho, porque lo es permitirse la irracional satisfacción de que «todo el mundo» rinda armas ante la beldad de una Dulcinea que no ha visto.

Esto, sin contar con que no se trata de la

belleza indiscutible de un personaje histórico, como Esther, ni siquiera de la de una creación artística, como la estatua de Venus de Milo, sino de una hermosura imaginaria, que no tiene realidad alguna, y para cuya concepción ha servido de pretexto una de las innumerables Aldonzas que comen pan en el mundo.

Y si dejando la alegoría vemos en Dulcinea del Toboso la «ciencia ideal» (1) y, en el caballero andante el *neosabio*, la debilidad de que hablamos se convierte en la impotencia del que, sin la fuerza de la razón para llevar el convencimiento á los ánimos, apela á la razón de la fuerza, para llevar el vencimiento á los cuerpos. «Conmigo sois en batalla si no creéis en lo que no habéis visto». Esto vienen á decirnos, á los profanos, los ministros de una *ciencia* que había de matar á la fe.

Y á los que no estamos hechos á «creer en lo que no vimos», sino solamente cuando Dios lo ha revelado, y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña, nos excomulgan previamente los *neosabios*, y nos dan á entender que

(1) Véase la página 7.

fuera de la *ciencia* no hay salvación. Después nos llenan de injurias, como á «gente descomunal y soberbia», y nos condenan á las tinieblas exteriores, como á *obscurantistas*; y, por último, como á quien está fuera de «la comunión de los seres racionales», con soberano desdén... nos desprecian.

Pero no es la primera vez que en las aventuras acometidas tropezó y cayó Rocinante, y «fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo».

Así á los neosabios acaece que, caballeros en el Rocinante de sus «bien estrechas hipótesis» (1), y sin más estribos que sus mal atadas «preocupaciones individuales» han dado con su cuerpo en tierra, y, para no curarse jamás de la caída, en la aventura típica por excelencia, clave y corona de la vida andantesca, pelear por la hermosura de la dama sin par.

Después de haber empleado Faraday cuarenta años en estudiar la electricidad, le pi-

(1) Véase la página 6.

dieron dijese qué cosa era electricidad: «Esa pregunta, respondió Faraday, debiérais habérmela hecho hace cuarenta años, porque hoy no sé lo que es electricidad.»

Es cosa bien notable, por cierto, que los verdaderos sabios, tarde ó temprano, acaban por confesar sincera y espontáneamente, la pobreza de su sabiduría. Por análoga razón, sin duda, los ignorantes tienen la amabilidad de hacernos saber á cada momento que «lo saben todo». Y como efecto natural de esa fuerza de las cosas, que podría llamarse instinto de conservación de la naturaleza, que no bien *acciona* demasiado en un sentido, ya *reacciona* en el contrario, condenada como fuerza ciega á no pararse nunca por sí sola en el justo medio de la razón, ha surgido, hoy con especial pujanza, la generación de *sabios* que hacen profesión de que «no saben nada».

En efecto, después de una casta de *pansofos*, que ha conseguido aburrir á la humanidad con su flamante *ciencia* universal, indiscutible, inviolable é inalienable, ha sobrevenido, como no podía ser menos, la irrupción, simpática como azote de Dios, pero bárbara como ira de hombres, de sabios *asofos*,

anarquistas de todo orden de conocimientos existente, y nihilistas en toda aplicación lógica de su filosofía negativa.

Los primeros han fundado una especie de *Religión de la Ciencia*, con sus pontífices infalibles que decretan *ex cathedra* lo que ha de ser creído, bajo pena de excomunión mayor, como contenido en el sagrado depósito de la nueva Fé, revelada á los hombres por estos pseudo-redentores de la humanidad.

Para ellos han cambiado de significación el verbo saber y el nombre ciencia.

El aristotélico *Scire est causam rei cognoscere* ya no rige.

Y no es porque se haya dado en sentido lato el nombre de ciencia á todo conocimiento de las cosas por sus causas próximas y no últimas; ni porque se haya conservado el honroso título á estudios que en su conjunto han venido á ser, como dice Naville (1) de la Física «una vasta hipótesis en vías de confirmación»; es que con bien «estrechas hipótesis», dadas por conclusiones científicas, y cimentadas principalmente en «preocupaciones

(1) *Logique de l'hypothèse. — La Physique moderne.*

individuales» (1) se ha construido una ciencia *ideal*, y hasta se ha llegado en los más osados constructores á una ciencia falsa, que no es más que «deslumbramiento y trampantojo» (2).

De nada sirve que se les salga al encuentro diciendo:

Llámesese á cada cosa por su nombre, y así como se dice «la filosofía de Kant», «la filosofía de Spencer», dígase también: «la ciencia de Hæckel», «la antropología particular de Mortillet», etc. Y así como, en general, no se confunden, la filosofía con «los sistemas filosóficos», la metafísica con «las metafísicas», que no se confundan tampoco, ni se identifiquen, la física con «las físicas», la antropología con «las antropologías», la ciencia con los «sistemas científicos».

Y que no haya lugar á que se pregunte: ¿Quién es la ciencia? ¿Es Darwin ó es Quatrefages? ¿Puede ser creyente con Ampère é incrédula con Tyndall?

(1) *La Science idéale et la science positive.*—Berthelot.

(2) Menéndez Pelayo.—*Discurso acerca de San Isidoro.*

Los segundos, como producto de reacción natural, se han presentado con todos los atractivos de una misión regeneradora; digno contraste del lema soberbio de sus progenitores, ellos han adoptado por divisa el humilde: *Ignoramus, Ignorabimus*. Permítasenos abrigar la sospecha de ver aquí el homenaje de la hipocresía, con que el refinado excepticismo de nuestra época se presenta ante el buen gusto de la moderna cultura.

La juventud incauta ha caído en la red, y así un escritor moderno escribe: «Desde que el viejo Sócrates exclamó diciendo ¡qué ciencia tan pobre es la mía! no hay mozo calavera que no repita estropajosamente esto mismo... Y el que hoy quiere ser sabio no tiene más que decir: *Ignorabimus*».

La madurez de juicio de los hombres experimentados se ha hecho, sin duda, estas reflexiones:

Laudabilísimo es que el que no sabe confiese su ignorancia, porque escrito está: «¿Has visto un hombre que se cree ser sabio?, mayor esperanza que él tendrá un ignorante» (Prov. XXVI, 12). Sócrates, Faraday, y mil otros, declarando lo que les falta por saber, nos admiran; pero no somos capaces de en-

tusiasmarnos ante un *quidam*, que se pone de puntillas y raya en la pared diciendo: hasta aquí llega la ciencia, más arriba: *Ignorabimus*.

Y por la sencilla razón de que los extremos se tocan, los que «lo saben todo», porque su *ciencia* alcanza ó alcanzará á todo, se dan la mano con los que «no saben nada», porque la *ciencia* no les dice nada de substancias ni de causas. Y como esta *ciencia* por antonomasia, no la constituyen más que los hechos ligados por relaciones directamente observables, los que la poseen, lo poseen todo, porque ella misma les *enseña* que todo lo demás es *incognoscible*.

Se predica mejor con el ejemplo que con la palabra. Algo de esto deben de haber olvidado los de la *científicomania*, y es una lástima, para ellos se entiende, porque para la generalidad de las gentes es un contento y un regalo el ver cómo se les vuelve todo del revés, á los que han venido con la pretensión de dar la vuelta *científica* á todo lo existente.

Manda poner punto en boca el fisiólogo de la «ciencia ideal» á todo el que no cree y con-

fiesa que el método de observación externa basta para estudiar á *todo* el hombre, y sale el monista suizo Herzen pregonando que «es preciso convenir que aunque los fisiólogos estudiaran objetivamente siglos enteros los nervios y el cerebro, no llegarían nunca á tener la menor idea de lo que es una sensación, un pensamiento ó una volición, si no experimentasen subjetivamente ellos mismos estos estados de conciencia» (1).

Se levanta un Mr. Testut en una *Lección inaugural* de la Facultad de Medicina de París á responder, *en nombre de la Anatomía*, á esta triple pregunta: ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? y no se acuerda que ha dicho Schopenhauer (2): «Sin duda que (el especialista en una ciencia) logra distinguirse en ella del vulgo de las gentes, mas con relación á las demás ciencias no deja de formar parte del mismo vulgo». ¿Qué vulgaridades no podrá decir un especialista en Anatomía, cuando quiere despacharse á su gusto en Metafísica ó en Filosofía moral?

(1) *Le cerveau et l'activité cérébrale*.—París, 1887. Citado por Vincent. (*Estudios biológicos*).

(2) Véase Pesch.—*Los Grandes Arcanos del Universo*.

Dos sofismas imperan en el filosofismo contemporáneo, que para darles el nombre clásico habrá que llamarles: *De genere ad genus*, y *De ignoratio elenchi*.

¿Cómo calificar si no esas extrañas deducciones que hacen los hombres de la «ciencia ideal», cuando pasan de los datos experimentales á los fenómenos intelectuales, «de la gota de protoplasma al pensamiento humano?» ¿Y á qué atribuirse sino á ignorancia de la cuestión esas heregías científicas en que caen hombres que por otra parte merecen estimación por sus estudios y talento? En estos neosabios hay que distinguir dos *hombres*: el observador ó experimentador, y el pensador ó filósofo. El primero puede ser una *eminencia*, y el segundo puede ser una *hondonada*, una nulidad. El desorden está en conceder á la nulidad la misma autoridad que á la eminencia. No hizo así la Academia de Ciencias de París cuando primero rehusó admitir á Darwin entre sus *correspondientes* como «aventurero teórico extraviado», y más tarde lo admitió á título de «observador penetrante y naturalista sagaz».

No es extraño, después de esto, que apoyándose en la indiscutible importancia de la *hipótesis* para formar la ciencia, se haya llegado, por una alucinación de los entendimientos faltos de lógica, á creer que las *hipótesis* son la *ciencia*. Hé aquí un ejemplo de este novísimo sistema de construcción de la ciencia: «Si existiere la causa *A*, tendríamos los fenómenos *B, C, D*; es así que estos fenómenos los tenemos, luego existe la causa *A*». Y se quedan tan satisfechos, exactamente como si hubieran probado esta premisa: «De no existir la causa *A*, no tendríamos los fenómenos *B, C, D*»; necesaria para deducir legítimamente la conclusión.

Cuando más adelante hayamos recorrido, en nuestro viaje impresionista, el campo de operaciones de la «ciencia ideal», con su laberinto de hipótesis, obscuridades y misterios, anhelantes de oxígeno y de luz, mirando con asombro á los que nos acompañen, parecerá que les interrogamos con aquellas célebres palabras del P. Felix (1): «Yo os suplico, señores, que me digáis ¿qué otra cosa es esto considerado científicamente, sino la ciencia

(1) *Tercera Conferencia*, 1865.

explicada por el misterio, y lo desconocido colocado por punto de partida del conocimiento, la ciencia invertida, en una palabra?»

Y á propósito, de ahora en adelante, cuando digamos «ciencia al revés», se entenderá que hablamos de la «ciencia ideal».

«Llenándose de orgullo la ciencia, incurre en los errores del Oriente, impugna lo más elevado que se alberga en el espíritu del hombre, subordina las ideas á la sensación, la fe á la naturaleza, la psicología á la zoología, al interés la justicia, y la reflexión á la costumbre.

Uno delira con la libertad de los iroqueses mientras pondera otro la invariable regularidad de la China.

Y sociedades secretas establecidas con misterios á la oriental, y beneficiadas por hombres poderosos, falsean la opinión, nutriéndola con ilusorias esperanzas.

¡Miserables! Interpretando contra Dios los descubrimientos, le interrogan sobre sus misterios con la desatentada infamia que em-



plean para interrogar á los príncipes acerca de sus derechos.

Se desviven por reformarlo todo, y ridiculizan cuanto cree y venera el pueblo; ambicionan la denominación de filántropos, y engañados por la filosofía, y admitiendo el error por elemento social, se esfuerzan en demostrar que los hombres no son más que monos cultos; quieren promover el bien, y aspiran á la triste gloria de dudar y desesperar de todo» (1).

Habíamos visto en los aventureros de la «ciencia al revés» la vanidad de la monomanía, mas aquí, en los «miserables» de César Cantú, vemos algo que pudiera llamarse la monomanía de la soberbia, que es apostatar de Dios (2). En vez de manía científica hay aquí enfermedad moral, que oculta ó manifiesta, complicada ó sencilla, no es otra que *teofobia* humana, bautizada hoy civilmente con el nombre de *celo científico*. Y por si no bastase el amable calificativo para hacer simpática al *gran público* la causa de estos neosabios, ellos mis-

(1) César Cantú.—*Historia Universal; Introd. Epoca 16.^a*—Barcelona, 2.^a edic.

(2) *Initium superbiæ hominis, apostatare a Deo.* (Eccles. X, 14).

mos se han buscado un bonito sobrenombre de guerra, tan nuevo como extraño; hélo aquí: LOS LIBREPENSADORES.

Sin duda que la ocurrencia de trasladar tan de improviso la libertad al entendimiento, cuando tan bien debía de estar en su habitación de siempre: la voluntad, no habrá sido todo lo feliz posible, pero en cambio, si pasado este *lapsus*, nos metemos en averiguaciones de lo que han querido significar los rotuladores, es fácil que salgamos con las manos á la cabeza, temerosos de haberla perdido en el trato de los que no la tienen.

Nos explican cómo ellos son los más *independientes* en el pensar, ó si se entiende mejor, en el *creer*. No que puedan *libremente* creer que tres y dos son ocho, ni que lo blanco es negro y lo negro blanco, esto en todo caso se quedaría para los *librepensadores* perfectos, sino que ellos lo que quieren significar es que no abdican (esta es la palabra) de su criterio personal, personalísimo, por nada ni por nadie. Esto no empece, turbio está, para que pontífices del librepensamiento se cuiden de excomulgar con anatemas terribles á todo el que se atreve, en nombre del libre uso de su

razón, á pensar (¡horror!) de distinta manera que el librepensador (1).

Declarado *dogma* el libre examen, y elevado á principio único el espíritu privado, desaparece desde luego toda creencia religiosa, y después toda fe humana, indispensable aun para la misma ciencia. Y ha pasado una cosa análoga á la que ocurriría en aula de estudiantes insubordinados, que habiendo hecho bajar al maestro de la cátedra, por aquello del horror al *magister dixit*, subieran ellos en empeñada lucha unos con otros, resultando que el que alcanzaba la silla era para «hacer del maestro» del modo más autoritario, insubstancial é infructuoso que dar se pudiera.

Con todo el brío de los pocos años la joven

(1) No hay para qué decir que no nos referimos aquí á los *procedimientos* de fuerza, que la plebe del librepensamiento se cree con derecho á usar de cuándo en cuándo, y que ha inmortalizado la musa popular con la conocida copla:

«El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
¡y muera el que no piense
igual que pienso yo!»

ciencia arremete contra todo lo que le estorba el paso. Lo sobrenatural lo condena como quimera; á la metafísica la relega á la región de las abstracciones, de los sueños. Los teólogos y metafísicos, como viejos decrepitos, son colocados en el sitio de los trastos inútiles, fuera de la *ciencia*, excomulgados.

Algunos espíritus *prudentes* no quieren ir tan lejos, pero ya es tarde. «¡Ah! los honrados filósofos que baten en brecha con una mano el cristianismo, y con la otra el materialismo, defendiendo la realidad inmaterial, y atacando la realidad sobrenatural, no sospechan la obra de destrucción que preparan... y que su palabra, que nos promete progreso, es el preludio de una de esas decadencias intelectuales, y de esas orgías filosóficas de que tienen que ser ellos mismos pronto tristísimos testigos» (P. Felix).

Y la orgía filosófica ha llegado.

Escandalosamente, con el estandarte de la libertad en una mano, y la antorcha del método experimental en la otra, asaltan el severo recinto de la metafísica, negando todo lo que no ven con sus materiales ojos, porque *transcendente* es lo que sobrepuja á los sentidos, y la *transcendencia* es un extravío del

espíritu humano (Büchner). Decretan *ex cathedra* que «toda conclusión metafísica, ó es un sofisma, ó un resultado experimental disfrazado» (Helmholtz). Y se dá el caso de consagrar la paradoja y la antinomia como conquista de la razón, erigiendo un sistema metafísico que niega la metafísica, y sistematizando un conjunto de negaciones, para llamarlo después *positivismo*, debiendo de decir *negativismo*.

Hasta de las llaves de la moral quieren incautarse los atrevidos jóvenes reformadores. Con mucha gracia decía la *Revue des deux Mondes* (Sept. 1889), que la *ciencia* había tomado cargo de almas, al ocuparse en las cuestiones de que depende toda la conducta humana.

En religión, ¡ah! en religión no hay por donde cogerlos. Si queréis que pierdan la complaciente fisonomía con que afectan distinguirse de los ceñudos filósofos del antiguo régimen, no tenéis más que mentarles el nombre de Dios. «A los sabios engreídos con la moderna cultura, dice Pesch (1), cuando se les habla de una filosofía que conduce á Dios,

(1) *Los Grandes Arcanos*, I, 66.

les sucede lo mismo que á los gallos indianos cuando ven algún pato colorado». Si les dáis tiempo de serenarse, os dirán que en esas cuestiones, Dios, las causas finales, es su propósito permanecer *neutrales*. Que son asuntos que están fuera de la ciencia, y que por lo tanto «no há lugar á deliberar». Esta *neutralidad* no obsta para que afirmen que «el dogma nuevo, eliminando definitivamente todas las voluntades sobrenaturales conocidas bajo los nombres de Dios y de la Providencia, muestra que todo obedece á leyes naturales, que pueden llamarse, si se quiere, propiedades *inmanentes* de las cosas» (1); y en cuanto á las causas finales, que «la propiedad de ajustarse á un tipo y de acomodarse á ciertos fines, es una propiedad inherente á la materia organizada (2).

Como se verá, en religión es donde está lógico el *negativismo*: todo lo quiere positivo (?) menos la religión (3).

(1) Citado por el P. Felix.—*Quinta Conferencia*, 1865.

(2) *Ibidem*.

(3) A muchos librepensadores que se creen hijos legítimos de Descartes, por aquello de la *duda* como principio de la filosofía, se les haría un gran favor en-

Y, por último, á poner corona y remate á la bacanal filosófica, viene una danza infernal de los escépticos, «donde vemos el *sí* y el *no* abrazarse, celebrando una especie de himeneo híbrido, que se parece mucho á un escarnio del espíritu humano» (P. Felix). «Nada existe en sí, dice el escepticismo desalentado. La existencia no es otra cosa que el perpétuo *llegar á sér*». «La nada y el sér son idénticos». «Nosotros afirmamos hasta la identidad de los contrarios». «Ya no hay para nosotros nada que sea verdad ni error» (1).

Esta es la monstruosa *síntesis* entre el «lo

señándoles á leer en la obra del mismo Descartes. Balmes, que sabía lo que leía, dice: «He dicho que la duda de Descartes era una *suposición*, una *ficción*, y cabalmente estas son las palabras que emplea el mismo autor... Entendido el método de Descartes en este sentido, no se opone á los buenos principios religiosos y morales. El profundo filósofo no se desdeña de tranquilizar sobre este punto á los lectores, manifestando ingénuamente, que al comenzar sus investigaciones, había puesto en salvo sus creencias religiosas». (*Filosofía fundamental*, tom. I, nota al cap. XVIII). «...*Conservando constantemente la Religión en que por la gracia de Dios había sido instruido desde mi infancia*».—(Palabras de Descartes).

(1) Citas del P. Felix.—*Sexta Conferencia*.

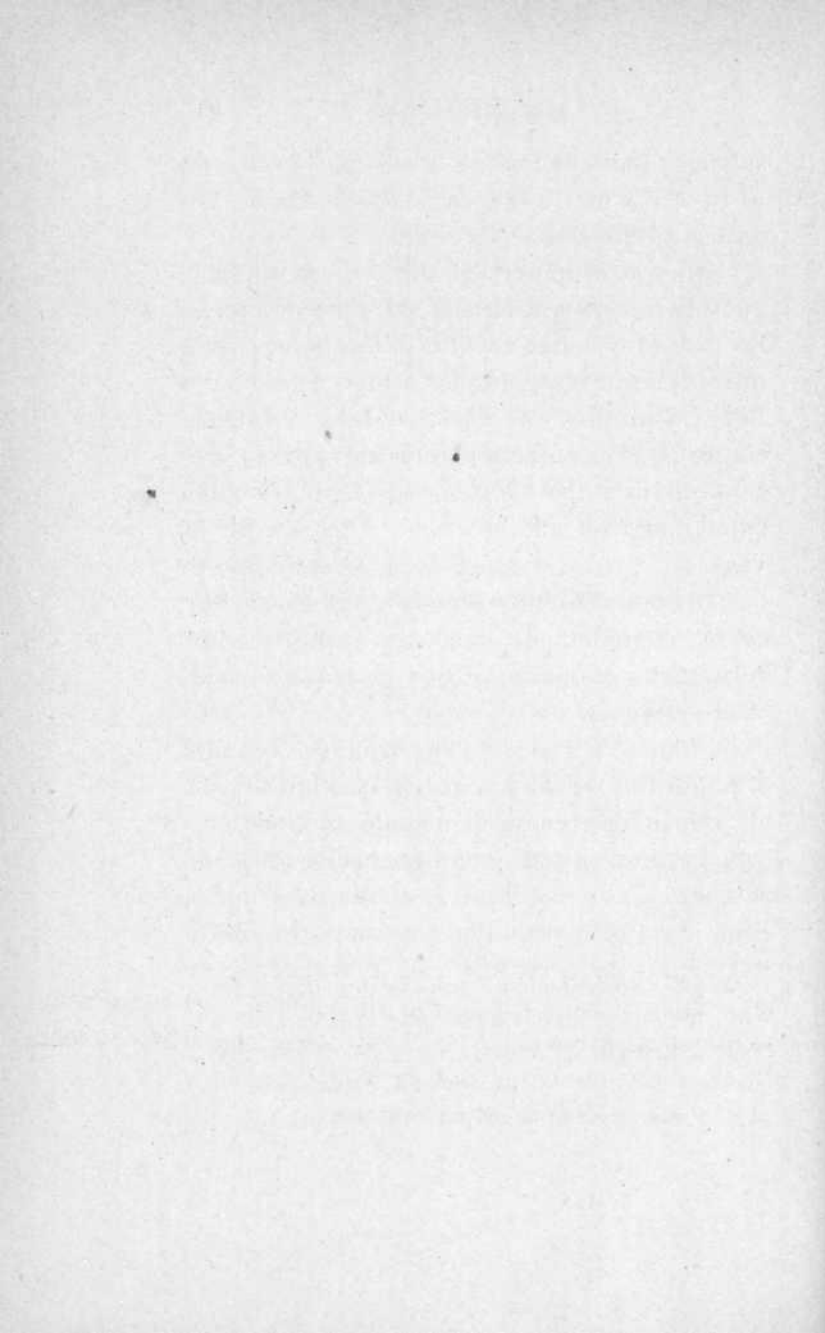
sabemos todo» de los sabihondos de la «ciencia al revés» y el «lo ignoramos todo» de los humildes sabios del *negativismo*.

Sólo queda imperturbable en esa embriaguez de la razón la *ciencia* (1), en que adoran los primeros, como su último fin, la *ciencia*, á que explotan los segundos, como medio para llegar á un dios que no es su Dios, y la *ciencia*, con que se entretienen los escépticos, presentándola entre sonrisas sarcásticas, como en el juego de manos: «¿La ves? Ya no la ves».

¡Digase si no hay motivo para sospechar en la existencia de una nueva enfermedad del espíritu humano, y que podrá llamarse *cientificomanía!*

Y ahora, curados ya de espanto, veamos el panorama de las aventuras que ha corrido el famoso hidalgo del pensamiento libre, encarnado hoy en toda una generación de neosabios.

(1) «El encadenamiento de los hechos ligados entre sí por relaciones directamente observables» constituye la *ciencia*.



CAPÍTULO II

EL ÁTOMO GIGANTE TODOPODEROSO

Sumario.—Creo en el átomo todopoderoso.—Problema resuelto.—El átomo filosófico.—Un poco de moral.—Desengaño.

ANSIOSO nuestro famoso hidalgo de dar al traste con todo lo que al establecimiento de la benéfica orden de caballería en el mundo se opone, determina, como cosa muy principal y perentoria, eliminar á Dios de la naturaleza. Y satisfecho de su mismo pensamiento, con la emoción del genio entusiasmado de su obra, canta, entre los desvanecimientos del éxtasis, el nuevo «Credo» á la divinidad salvadora.....

«Creo en el Átomo todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en el Movimiento, su único aliado, que fué concebido por obra y gracia de la Nada, y nació de la nebulosa, por generación espontánea, se transformó en calor, y morirá, para resucitar después, por su propia virtud, en un nuevo universo. Creo en la Nada, en la Iglesia del librepensamiento, en la comunión de todos los seres, en la ley de la reacción originada por el acaso, en la resurrección mecánica del hombre, y en la vida eterna de la materia».

Semejantes á aquellas buenas gentes á quienes los dioses les nacían hasta en los huertos, los neosabios han tenido la dicha de ver nacer á su dios en las retortas de los laboratorios, y hasta de pesarlo cuidadosamente en las balanzas de los gabinetes.

«¡Cosa extraña!, exclama asombrado Lamarck, se ha pensado que la naturaleza era Dios mismo..... Se ha confundido el reloj con el relojero» (1).

(1) Esta frase, así como estas otras: «Toda nuestra admiración y nuestra veneración toda, deben dirigirse á su sublime Autor, el Autor del mundo»; «la naturaleza es un poder limitado, ciego en cierta manera: este poder no existió sino por la voluntad de

¿Y sóis vosotros, diremos á los neosabios, los que váis á redimir á la humanidad de las *preocupaciones* que decís la tienen subyugada?

«¿En nombre de qué descubrimiento, pregunta Pasteur (1), se pueden arrancar del alma humana estas altas preocupaciones?»
«Es falso que la ciencia haya llegado jamás por sí misma á la negación de Dios», concluye Faye.

Bien podemos añadir con Duilhé de Saint-Projet (2), que al resucitar hoy transformadas las filosofías de Demócrito y Epicuro «la *fe nueva* de los materialistas no merece tal calificación: más bien es un notable ejemplo de herencia intelectual, un memorable caso de atavismo».

¿Y qué nos ofrecéis, ¡oh genios!, como garantía de la sanidad de vuestra facultad de

un poder superior y sin límites», que Lamarck escribió en el tomo I, págs. 214, 311 y 322 de su *Historia de los animales sin vértebras*, fueron suprimidas, según testimonio de Saint-Ellier, por la *ruindad* de un editor, en ediciones posteriores que se han hecho de las obras del autor del transformismo.

(1) *Disc. de recep. en la Acad. Franc.*

(2) *Apología científica de la fe cristiana*, pág. 175, edic. de 1890.

pensar? Porque á Diderot le parecía mil veces más necio el que niega que existe un Dios, que el que rehusa admitir que sus semejantes piensan.

Y puesto que «un espíritu grande es más capaz que uno pequeño de ver á Dios á través de sus obras», como afirmó Thiers (1), vosotros debéis de ser de una grandeza singular, distinta de la de Newton, que no concebía, sin un brazo divino, el que los planetas se lanzasen por la tangente de sus órbitas en su movimiento de traslación alrededor del sol; distinta de la de Linneo, que escribía al final de sus obras: «El Dios eterno, inmenso, omnisciente, todopoderoso, ha pasado por delante de mí; yo no le he visto de frente, pero su reflejo ha llegado hasta mi alma, apoderándose de ella, y sumiéndola en un piélago de estupor y admiración»; distinta de la de Kepler, de la de Leibnitz, de la de Euler, aun de la de Napoleón, y de la de todos los hombres que hemos tenido por grandes..... hasta que vosotros habéis nacido, ¡oh sabios nuevos! Sóis una raza aparte, oid á Quatrefages: «He buscado el ateísmo en las razas hu-

(1) *Especie humana*, 1877.—Cit. por Moigno.

manas, así en las más inferiores como en las más elevadas. El ateísmo no está en parte alguna, sino en estado errático, y ninguna raza humana es atea». Es más, el Abate Moigno dice haber visto á un positivista *enragé* invocar la ausencia de toda idea de Dios, como carácter distintivo de las razas humanas no adámicas.

¡Oh neosabios ateos, ya sabemos vuestro nombre: extraadamitas! ¡Qué honra para la raza!

Veamos cómo esta raza no adámica se ha formado su *Credo*. No serán muy grandes los pensamientos cuando falta «la razón de todo gran pensamiento, que es el pensamiento mismo de Dios» (Bonriot), porque: «Es desgracia, dice el Águila de Hipona, la de los que no hablan de Vos (Señor): de cualquier cosa que se hable, no se dice nada si no se habla de Vos» (1). Pero en cambio son originales, con la originalidad del extravío, los artículos de la fe materialista.

(1) *Confesiones*, lib. I, cap. IV.

Ante el problema: «¿Quién hizo el mundo?», del cual ningún espíritu pensante puede prescindir, quiera ó no quiera, la raza extraadamita ha tenido la dignación de decir á todos los hijos de Adán: habéis estado en el error, y bajo la obsesión de un problema que no existe: «el mundo no lo ha hecho nadie», «ha existido siempre», no hay problema.

Gracias, ¡oh genios!, pero explicadnos algo eso que decís.

Oigamos al oráculo:

«Tan candorosa y directa es la contradicción que implica la creación, que á su lado deben avergonzarse las contradicciones débiles y ocultas» (Lange) (1).

La que es *candorosa y directa* como objeción de niño, que deja sin contestación á sus padres, es la famosa preguntita de Renán (2). «¿No pensáis que la molécula pudiera muy bien, como toda otra cosa, ser fruto del tiempo, que fuera resultado de un fenómeno muy prolongado, de una aglutinación durante billones de billones de siglos?»

No se puede pedir más: Vosotros que re-

(1) Véase Pesch.—Ob. cit., II, 321.

(2) *Carta á Mr. Berthelot.*

chazáis lo infinitamente grande como *incapaz* de *crear* la molécula... ¿no pensáis que muy bien pudiera haberla creado lo infinitamente pequeño, el cero, más aún, la nada, *aglutinándose* durante millones de siglos?

Y por si no fuera bastante la *ocurrencia* de Renan, vienen las *franquezas* de Du Bois Reymond, *l'enfant terrible* del materialismo, á concluir de desalentar á la *raza*. «No siendo esencial el movimiento á la materia, dice, la necesidad de causalidad exige, ó la eternidad del movimiento, y entonces es preciso *renunciar á comprender nada*, dificultad absoluta para todo hombre sano de espíritu, ó una *impulsión sobrenatural*, y entonces es preciso admitir el milagro, dificultad desesperante para el positivismo» (1).

Es que «si el movimiento ha existido siempre (añade Renan, como quien habla consigo mismo), no se concibe cómo no ha llegado ya el mundo al reposo y á la perfección» (2).

Es verdad, habrá llegado, contesta la *raza*, pero..... sin duda que habrá vuelto al

(1) *Disc. en la Acad. de Berlín*, 8 Julio 1890.—Cit. por Duilhé.

(2) *Dialog. et Fray. phil.*

movimiento. Admitamos una serie sin fin de ciclos cósmicos, de universos sucesivos, el universo *ave fénix*, que resucitará de sus cenizas, por su propia virtud.

Pero esto, les diremos, es inocentemente absurdo, y ¿tenéis todavía *frescura* para haceros los espantados cuando se os habla de la Resurrección de Jesucristo, Dios verdadero, y como tal con un poder infinitamente superior al de todos los universos habidos y por haber? Decid, siquiera, que el universo es vuestro Dios, y no os inquietaremos, nos limitaremos á compadeceros, como á los pobres infelices que adoran en sus puerros y cebollas.

¿Y qué ha sido del átomo, que parecía toda una adquisición? Sin duda que el gigante se quedó en molino de viento.

Distingamos con Du Bois Reymond: «La teoría atómica, es sin duda útil y hasta indispensable para el objeto de nuestras investigaciones fisicomatemáticas; pero luego se hace de ella una filosofía corpuscular que conduce á contradicciones irreconciliables. Un

átomo físico es una ficción de consecuencias importantes y provechosas en ciertas circunstancias para la física-matemática... pero un *átomo filosófico* es, bien mirado, un absurdo» (1).

Lange corta por lo sano diciendo: «La absoluta creencia en el átomo, ha desaparecido en nuestros días».

Ni hay para qué preocuparse del átomo, si hemos de creer á Lange por su palabra, cuando afirma que «nosotros mismos producimos de la nada el llamado mundo externo, con la virtud mágica de nuestra organización humana».

¿No habrán parado mientes en esta sentencia los filósofos del Dios-átomo? Ya no necesitaba *aglutinarse* el cero para salvar el infinito de la nada al sér: con una *síntesis* se resuelve todo, $0=\infty$, aunque crujan las matemáticas, como decía el P. Felix que crujían las contradicciones en cada página y cada línea de las obras de los escépticos.

A no ser que lo de la *virtud mágica* sea

(1) *Discurso sobre los límites del conocimiento de la naturaleza.*

Crookes expresa ideas análogas en el *Dictionary of Sciences* de Rodwell.—(Cit. de T. Pesch).

puro eufemismo de Lange, y resulte que es pura farsa todo el mundo externo, y que no existe nada más que nuestro *yo*. No andarían descaminados entonces los que tienen por religión el *egoísmo*, como veremos que lo andan, y bien perdidos (1).

En fin, si faltaba algo para acabar con los filósofos *corpusculares*, un pensador enteramente libre (2) los califica como de *paletos incultos*, que es cuanto hay que decir á unos sabios.

¿Y era esa la *ciencia* que iba á acabar con la *fe*?

De seguro que los buenos cristianos perdonarán los insensatos afanes de los que dicen *en su corazón*: no hay Dios. Porque el

(1) Véase el cap. VII.

(2) Schopenhauer: «La física tropieza á menudo inevitablemente, á causa de su materia, con los problemas metafísicos. En estos casos... les hace filosofar (á nuestros físicos) á tontas y á locas, como paletos incultos, sobre problemas como los de la materia y el movimiento».—(*Parerga y Paralipómena*, I, 121). (Citado por Pesch, *Los Grandes Arcanos*, I, 357).

cristiano aborrece el pecado, pero compadece al pecador. Y, empezando por el que esto escribe, ténganse por no dichas cualesquiera de las frases duras que, disparadas en algún momento de conmoción del ánimo, no hayan acertado á dar en el blanco del error, y hayan pegado al que yerra.

¿Por qué no se deciden los apologistas de la verdad á considerar á los teófobos y ateos como locos que han dicho en su corazón, antes que en su inteligencia, que no hay Dios? Esto no abonaría, por otra parte, la irresponsabilidad del delincuente. El que se deja embriagar por la pasión, como el que se deja embriagar por el alcohol, es un enfermo voluntario. Como voluntad, la Justicia divina siempre y á veces la humana, lo juzgarán; como enfermo, á su prójimo no toca más que procurar su curación en lo posible. ¡Ah! y por tratarse de una enfermedad especial, llamar la atención de las autoridades, cuando llegue el caso de que el *enfermo* se meta con los ciudadanos pacíficos. Teniendo en cuenta además, que la locura es contagiosa, y que deben aplicársele las leyes sanitarias.

Atento á esto el defensor de la verdad, lo más que debiera de permitirse, en caso gra-

ve, era pedir la *camisa de fuerza* para el teóforo público furioso. Para el pacífico habría de reservarse la *auscultación* moral, como prueba preventiva. Si había lesión cardiaca, intentar curarla, interesar el sentimiento, la pasión ordenada, *hablar al corazón*, en una palabra, antes de *hablar á la cabeza*. La mejor demostración matemática, sería inútil é ineficaz en otro caso. Acuérdesse de la célebre y verdadera sentencia de Malebranche: «Si hubiera interés en que no fuera verdad que los lados homólogos de los triángulos semejantes son proporcionales, se negaría, y se inventarían tantos paralogismos en Geometría como en Moral».

Con el corazón no pervertido, la voluntad recta, y el entendimiento sano, no se puede ser ateo, porque «nadie niega que haya Dios, dijo ya Bacon, sino aquel á quien le interesa que no le haya».

Tres causas pueden dar origen á tres especies de ateos: la perversión del corazón, al ateo práctico, individual, privado; la voluntad torcida, al ateo apóstol; la debilidad del entendimiento al ateo prosélito, infeliz, *científico*. De este último nos corresponde hablar, y á él nos referiremos en el artículo siguiente.

¡Que Dios ha hecho el mundo de la nada! Esto es una contradicción *candorosa y directa*, dicen horrorizándose los ateos *científicos*.

Y no hay que hablarles de que las contradicciones son las suyas, porque no las ven. Ni querer hacerles entender que el dogma cristiano de la creación no supone una adición, una añadidura de sér, porque Dios es El que Es, y el sér de las criaturas no es más que una participación, una coposesión del sér, pues si hubiere alguna realidad absoluta fuera de Dios, no sería Dios la plenitud del sér.

Ahora, el *cómo* el sér se ha limitado en los séres creados, admitiendo en ellos defectos, *negaciones de realidad*, que hacen *distintos* á esos séres del sér, de tal modo, que puede decirse que existe algo que no era antes, y que por lo tanto, ha sido producido de la nada; el *cómo* se ha cristalizado en el mundo la palabra de Dios, esto no lo sabe, ni lo puede saber por sus propias fuerzas, un entendimiento limitado, imperfecto, *creado*.

Pero ¿hay aquí contradicción ó absurdo? El Sér infinito en poder, en sabiduría, en plenitud de sér, ¿habrá algún átomo que se atreva á decir que no ha podido hacer el mundo de la nada?

Lo que sería contradicción es que un infinitamente grande fuera comprendido por un infinitamente pequeño.

Lo que sería absurdo es que el hombre comprendiera á Dios.

Y lo que es edificante es que el científicómano que conserva algo de pundonor se bata en retirada, y abandone la aventura del átomo gigante todopoderoso, aunque se reserve, allá para sus adentros, la consoladora sospecha de que algún maléfico encantador ha convertido el gigante en molino de viento.

Y menos que molino es el átomo para los partidarios del dinamismo exagerado, pues han llegado á defender que el átomo es la nada. Una mole de *puntos matemáticos*, un sistema de *cinetas*, ó puntos cursores, el movimiento sin nada que se mueva: hé ahí el átomo. ¿Qué necesidad hay de preocuparse de quién ha hecho el mundo? ¿La nada la ha hecho alguien? Problema resuelto.

Dirá alguno: ¿pero ese movimiento.....?
¡Pchs! Nada. Es un detalle.

.....
¿Del bien perdido, al cabo, qué nos queda? ¿La vida perdurable de la materia que nos prometió el *Credo* materialista? No: «Exis-

te una ley natural, dice Clausius (1), que permite concluir de una manera cierta que en el universo todo no tiene un curso circular, las modificaciones tienen lugar en un sentido determinado, y tienden á conducirlo á un estado límite». Y afirmar que «los sistemas solares sucesivos, á consecuencia de choques recíprocos serían gasificados, reducidos al estado de nebulosa, y reconstituídos de nuevo por un enfriamiento gradual es, dice Hirn (2), hipótesis, no solamente la más gratuita, sino la más falsa. El calor desenvuelto por el choque de dos soles, jamás podrá ser igual al calor de la nebulosa de donde han nacido esos soles. Y á cada encuentro, la suma de calor irá disminuyendo.... Las repeticiones hasta el infinito serán, por consiguiente, imposibles».

Y, por último, es notable lo que dice Maxwell: «Las moléculas presentan, según el parecer de John Herschell, el carácter esencial de *artículos manufacturados*, excluyen la idea de una existencia eterna, ó de una entidad

(1) Cit. por Carbonelle.—*Les confins de la Scienc. et de la phil.*

(2) *Const. de l'espace celeste*, 1889.

existente por sí misma..... son el sello de Aquel que en el principio, no solamente creó el cielo y la tierra, sino la materia que los compone». Y Tyndall añade: «Gassendi suponía la causa primera como un *postulatum*. Clerk Maxwell, en sus átomos *manufacturados* encuentra la base de una inducción, que le permite escalar las alturas filosóficas que Kant juzgaba inaccesibles, y se lanza lógicamente desde las moléculas á la creación» (1).

Todo se ha perdido para el materialista menos..... la esperanza. Los cristianos tenemos fundamentada nuestra fe, según San Pablo, en un hecho grandioso, contra el cual se han estrellado diecinueve siglos, haciendo espuma amarillenta las rabiosas olas del error. La resurrección de Jesucristo.

Los materialistas tienen... la palabra empeñada de Du Bois Reymond de que resucitará á toda la humanidad, si le dan el punto de apoyo, como á Arquímedes, y además la palanca. «Imagínese, dice, que todos los átomos que componían á César en un momento dado, en el Rubicón, [por ejemplo, son colocados cada uno en su sitio, en virtud de un artificio

(1) Citado por Moigno y Duilhé.

mecánico, y que se les imprime la velocidad necesaria, en la dirección conveniente. En nuestra opinión, César resucitaría, entonces, en cuerpo y alma». Dadle á Du Bois Reymond el *artificio mecánico*, después de muerto, y lo veréis resucitar por su *propia* virtud, en cuerpo y alma.

Hé aquí completo el *Credo* cristiano, en parodia monstruosa, en el Credo materialista, producto híbrido de la simia humana, que es el hombre dominado por la pasión, y del espíritu del mal, que con el silbo misterioso de la antigua serpiente, se acerca á sus víctimas con la promesa fascinadora: «Seréis como dioses», para dejarlas luego en el lamentabilísimo estado de misérrima caída, y vergonzosa desnudez.

CAPÍTULO III

EL BATHYBIUS

Sumario.—Problema resuelto.—El infortunado *Bathybius*.—La sonoridad científica.—El rompecabezas.—Un poco de calma científica.

EL mundo inorgánico no lo había hecho nadie. La ciencia negativa decretó que no había autor. Pero entonces resultaba el Dios-materia, necesario y eterno, y bastó para que la teofobia lo negase, y acogiendo á la genial ocurrencia de algunos filósofos, concluyese preguntando: ¿el átomo no es el fruto del tiempo? ¿El mundo no será la nada que se mueve? ¿Para qué ese dualis-

mo: *ser y no ser*? Mejor el *monismo*: todo es ser. Más bien el *nihilismo*, debieran decir, *todo es nada*, para ellos.

¿Por qué no aplicar estos procedimientos del nuevo régimen mental al problema de la vida? Autor de la vida: nadie. Se produce por *generación espontánea*. Notemos, entre paréntesis, que los que encuentran absurdo que un Dios produzca de la nada algo, acuden á la Nada como á un dios para producirlo todo.

Dejando para el artículo siguiente el hablar del infeliz éxito que ha obtenido la *espontánea generación*, veamos cómo se resuelve el problema por el expedito procedimiento *monístico*. Es la sencillez llevada á la perfección, con el secreto encanto que conserva el vicio cuando procede de una virtud que se ha forzado á algún extremo.

La unidad. ¡Qué cosa tan grande! Séres vivientes y séres no-vivientes, ¿á qué ese *dualismo*? Negar que haya séres vivientes, es cosa chocante, á simple vista. Negar que haya séres no-vivientes, también es chocante, pero hay necesidad de microscopio: á esto se ha atenido la semiciencia.

«Ya nadie considera á los minerales como

«cuerpos privados de vida», *magister dixit*, lo dijo Holger (1).

Asomados al microscopio de Pasteur, observando la reintegración cristalogénica de los minerales, los neosabios han cogido á la materia en fragante delito de vida.

«El cristal principia por su malla cristalina elemental, lo mismo que el viviente por su célula», se han dicho. «El cristal crece como el viviente á expensas del medio ambiente.» «El cristal guarda también su forma específica.» «El cristal *cicatriz*a sus heridas como el viviente.» Además, y paso al griego, en el *myxomycetes* la reproducción es una simple nutrición de la parte separada, como sucede en la cristalogenia muchas veces. El químico Gautier ve más todavía, y para él «la reproducción escisipara no difiere sensiblemente de la multiplicación de los cristales por fragmentación y restauración de la forma primitiva. La reproducción por gemmación no es más que una variedad de la precedente, y la por ovulación, una variedad más distante (2).

(1) *Patología de los minerales*, citado por Folstow: *Les hypotheses et la science*.

(2) *Cours de Chimie*, tom. III, pág. 7.—Cit. por Vincent, *Estudios biológicos*.

El sabio en cierto orden de conocimientos, indudablemente percibe analogías invisibles á los demás, aun entre las cosas más distantes al parecer. Pero no hay duda tampoco que el lego, ciego en la materia, puede parecer un modelo de vista sintética, para quien no lo conozca. Para él todo es igual, no distingue de colores.

Mas en este problema de la vida, como en otros que se han de examinar en capítulos posteriores, hay fenómenos análogos entre los cuales media un abismo.

«La evolución caracteriza á los vivientes, y los distingue en absoluto de los cuerpos brutos» dice Claudio Bernard (1). «Solamente la vida es semejante á la vida... La naturaleza es doble» afirma Virchow (2).

«Para que la organización y la cristalización pudieran compararse, habría que volver á la vieja hipótesis del englobamiento de los gérmenes, y de los organismos preformados... El microscopio ha acabado con tales quime-

(1) *Leçons sur les phen. de la vie.*

(2) *Discurso sobre la Concepción mecánica de la vida*, 1868.—Citado por Vincent, *Estudios biológicos.*

ras» dice el Dr. Chauffard (1). En la forma completa, perfecta, del cristal cuando aún es microscópico, no puede verse analogía ninguna con la adquisición gradual, la creación progresiva de la forma típica del sérviviente.

Y Quatrefages dice: «Con la mayoría de los sabios que honran á la ciencia moderna, admito que los séres organizados deben sus caracteres distintivos á una *causa* especial, á una *fuerza* propia, á la vida, que se asocia en ellos á las fuerzas inorgánicas» (2).

Como se ve, no es tan *científico* como pudiera creerse el decir con tono enfático: la vida es la cristalización. Todo lo más será una figura retórica, con mejor cabida en *poesía* que en *ciencia*, por lo poco exacta.

La causa de la generación espontánea, fallada en contra por la Academia de Ciencias de París, con motivo de las experiencias de Pasteur, no la sostiene ya ningún sabio libre de preocupaciones sectarias.

(1) *La Vie*, págs. 358 á 361.—Citado por Vincent, *Estudios biológicos*.

(2) *Espèce humaine*.

Claudio Bernard, en su *protoplasma elaborado*, manifiesta una idea inconciliable con la de organización espontánea de la materia. Es porque se sabe que «en la *materia organizada* la ley matemática que rige las estructuras químicas, está eludida» (1).

El materialista Virchow no duda en confesar: «Nadie ha visto una producción espontánea de materia orgánica. No son los teólogos, son los sabios los que lo niegan.... Es preciso optar entre la generación espontánea y la creación.... ¡Ah! si se nos presentase una demostración (de la generación espontánea)... Pero con el *Bathybius* ha desaparecido una vez más la esperanza» (2).

Aquí hay que dejar la palabra á Duilhé de Saint-Projet: «Se ha llegado ya á la quiebra definitiva de la Sociedad Carbono y Compañía, reconocida incapaz de dar nacimiento á la primera plastídula (Virchow). Una serie de decepciones ha sufrido el monismo de Hæckel, desde el *Eozoon canadense*, el animal aurora, de nombre tan poético, *Rizópodo fo-*

(1) Gaudin.—*L'Architecture des atomes*.—Cit. por Duilhé.

(2) *Revue Scientifique*, 1877.—Cit. por Duilhé.

raminífero (?), que ha sido encontrado, ó *poco menos*, en el terreno laurentiano (Otawa, Canadá), hasta el infortunado *Bathybius* de Huxley, que equivale á todo un poema» (1).

¿Qué decir del *Bathybius*, del ingrato hijo de Huxley, que así frustró las esperanzas del que lo engendró, ó *poco menos*?

Es uno de los fracasos mayores, de los desengaños monumentales que ha podido padecer la científicomanía. ¡Qué semblante tan poco sabio el de los sabios, al enterarse de que de lo dicho no había nada!

Y encima Huxley, riéndose de la gracia ante una asamblea de naturalistas.

¡Bathybius! ¡ah! ¡Bathybius!

Queríamos hablar de esa cosa. Pero nos encontramos con que su progenitor ha dicho con toda franqueza: «No sé si debo llamarlo cosa». Y mejor lo debe saber él que nosotros.

«Los discípulos de Hæckel, continúa Duihlé (2), atraídos por la perspectiva de una

(1) *Apología científica...*, versión castellana, 1890; páginas 160 y siguientes.

(2) Loc. cit.

reputación fácil y ruidosa, defienden con entusiasmo la famosa hipótesis. En Francia no tiene partidarios entre los hombres de ciencia, pero para la *turba multa* de los sabios á medias, es el maestro predilecto.

»El naturalista alemán crea, no una ciencia nueva, sino una fraseología nueva. Adorna sus *opiniones individuales* con grandes palabras tomadas del griego; es una interminable serie de neologismos, de apariencia *alegre y triunfante*, que trae á la memoria la avalancha macarrónica del médico de Molière... La «generación espontánea» se convierte en la «arquigonia autogónica»; la «autogonia» la completa con la «plasmagonia».

»Estas palabras, de una *sonoridad* científica que impone, parece que revelan una concepción fecunda, una fuerza desconocida hasta el día, y además *se las pide tan poca cosa*, la simple formación de una mónera. *¿Quién se atreverá á negar que la arquigonia autogónica puede engendrar una mónera?*

»La primera manifestación de la mónera fué el *arquiplason*, ó protógeno autógeno, plastídula primitiva. El *arquiplason* precede al *bioplason* destinado á formar toda substancia organizada. El puente está echado,

no caben vacilaciones: esto es la sencillez misma.

»Hemos oído á un discípulo de Hæckel (continúa Duilhé) en un curso libre de antropología, sublevarse contra lo que el maestro no cesa de alabar, la sencillez de sus concepciones *embriogénicas* y *filogénicas* (1). El profesor haeckeliano consentía en aceptarlo todo, en enseñarlo todo, pero no podía admitir que fuese tan sencillo y tan fácil; consentía en apurar la copa, pero protestaba contra la supuesta claridad del brevaje.

»A la *mónera*, protoplasma sin forma, estado *monérula*, sucede la célula simple ó *amiba*, protoplasma con forma, dotado de sensibilidad y sentimiento, estado *cytula*, que multiplicándose, formando *sinamibas*, dá lugar al estado *mórula* y luego al *plánula*, *gástrula*, *áscula*, *olyntha*, *ascómetra*... hasta el hombre.

»No nos dejemos deslumbrar por esta brillante descarga de calificativos en *a*. «¿Cómo la *arquigonia* ha producido el *arquiplason*?»

Ciertamente que no nos dejamos deslum-

(1) *Filogénesis*, ó evolución de la vida universal en el seno de la naturaleza. *Autogénesis*, ó evolución de la vida individual en el seno materno.

brar por la brillante, sonora y científica descarga. Nos pasa lo que al escudero del famoso hidalgo, cuando éste describía los ejércitos de Alifanfaron y de Pentapolín del arremangado brazo. «Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo: «señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto».

Pero, más condescendientes que Sancho, no preguntamos á Hæckel por los gigantes y caballeros *plánula*, *gástrula*, *áscula*, *olyntha*, *ascómetra*... nos contentaríamos con saber cómo la *arquigonia* ha producido el *arquiplason*. Que traducido en cristiano quiere decir: ¿Cómo sin Dios se puede echar el puente del abismo entre la materia inorgánica, y la materia organizada? ¿Cómo las fuerzas atómicas del mundo inorgánico se han combinado, contra toda ley, en el equilibrio *inestable* de los sistemas orgánicos? ¿Cómo la materia muerta, por sí y ante sí, se ha puesto á vivir?

A no ser que Hæckel adore en su *arquigonia*, y este sea su Dios. Pero entonces será

preciso esperar á que el mundo se convierta al *arquigonismo*. Y á que se universalice este lema sagrado: No hay más Dios que la *arquigonia*, y Hæckel es su profeta.

Y para este viaje no necesitábamos haber salido de la Meca.

No habrá persona medianamente culta, que en su poco ó mucho roce literario y científico con las gentes, no haya tenido tiempo de saturarse de oír, ó de leer las estereotipadas frases «selección natural», «lucha por la existencia». Esta última, sobre todo, dicha en inglés (*struggle for life*), para mayor claridad algunas veces, no hay discurso vulgar de festival científicoliterario barato donde no salga una docena de veces á la palestra.

Es que deben su prestigio esas mágicas palabras á que se les atribuía una gran virtud.

Es que hay cosas muy raras en los seres vivientes, muy chocantes con las propiedades que sabíamos de la materia, que iban á ser explicadas perfectamente con sólo invocar las santas palabras «selección natural», «lucha por la existencia».

Es que gracias al darwinismo «las aspiraciones hacia las causas primeras serán calmadas». «La selección natural permite concebir un fin inconscientemente determinado é infaliblemente alcanzado». Es que «la selección natural reemplazará á Dios». (Strauss, Vogt, Hæckel).

Pero en este punto, como en todos, la científicomanía descubrió pronto, para el que quisiera verlo, su carácter morboso.

Se estudió minuciosamente el instinto de los animales. Se observaron cosas que parecía permitían «concebir un fin inconscientemente determinado é infaliblemente alcanzado» sin la Causa primera; otras que no parecían nada; pero otras que se manifestaban en perfecta contradicción con lo que no podía menos de esperarse de la «selección natural».

No hay para qué hacer constar que estas últimas cosas no dicen nada para los científicomanos; y si lo dicen es en obsequio y apoyo de su *ciencia*, de la ciencia al revés.

M. H. Fabre, observador de verdad, que ha dedicado muchos años al estudio de la vida de los insectos, ha reunido noticias tan curiosas é importantes, que no podemos menos de dar cuenta de algunas de ellas.

«*La escolia de dos bandas* (grande mosca que presenta dos bandas sobre su cuerpo).

»El manjar que la escolia prepara á sus pequeños es un gusano de gran tamaño. ¡Pero cuántos requisitos para esta preparación! Desde luego, es preciso que la larva, fuertemente arrollada sobre sí misma, se abra espontáneamente, porque el huevo de la escolia ha de colocarse sobre su vientre, y no puede menos de colocarse allí; se necesita además que esta larva quede inmóvil, á fin de no destruir el huevo, ni molestar luego al tierno sér en su festín; es necesario, por fin, que la víctima inmóvil conserve la vida, porque su carne muerta sería un veneno. La mayor parte de los Himenópteros carnívoros resuelven estos tres problemas hiriendo á sus víctimas en sus costados con un dardo venenoso, pero cada especie tiene su manera especial de clavar la ponzoñosa espada. Y con razón ciertamente, porque la situación de los centros nerviosos, que son principio del movimiento, varía según la presa que ha de ser devorada.

»La larva de que hablamos tiene sus centros nerviosos reunidos en un solo punto, situado entre el último par de patas; de un solo golpe la escolia los hiere todos á la vez, y su

víctima ha quedado para siempre sin movimiento. Entonces se deposita el huevo; cuando sale de él el nuevo sér está ya el alimento preparado, y la tierna escolia empieza á devorar su viviente presa. Pero su festín ha de prolongarse por espacio de unos quince días, con lo cual se ofrece para ella un peligro inminente: si muere la oruga anestesiada antes de este plazo, el tierno comensal está perdido, porque su alimento se trocará sin remedio en mortal veneno. Pero la escolia sabe evitar el peligro, porque no obstante su voracidad, deja intactos los órganos necesarios á la vida, y avanza con tal seguridad y aplomo en la destrucción de su presa, que ésta permanece con vida hasta muy poco antes de dar la escolia por terminado su largo festín.

»¡Qué arte y qué destreza tan singular y delicada la de estas larvas carnívoras, dice M. Fabre, que provistas de una sola pieza devoradora, han de comer de ella por espacio de quince días, con la expresa condición de no matarla hasta los últimos momentos! ¿Podría nuestra ciencia fisiológica trazar el camino que han de seguir en la sucesión de los bocados? ¿Cómo un miserable gusano ha aprendido él solo lo que nuestro saber ignora? Por el

hábito adquirido y desarrollado por los ascendientes, dirán nuestros darwinistas, que sólo ven en el insecto una herencia de las costumbres de su antecesor.

»Pero ved, si aquí esto es posible: si el sabio y discreto proceder de que estamos hablando no hubiese sido seguido desde la primera generación con perfecta exactitud, la primera escolia no hubiese podido crecer, no hubiese podido vivir, no hubiese podido dejar descendencia; desde el principio, pues, debió desplegar una habilidad perfecta, porque un solo bocado mal dirigido hubiera bastado para causar la muerte de su presa, y la suya propia; es, pues, imposible recurrir á largos ensayos para llegar al fin, y desde el principio se impone necesariamente la disyuntiva: la perfección del arte, ó la muerte. Pero ¡cuántas condiciones vienen á reunirse en este arte! La elección de la presa, el punto en que ha de recibir la puñalada ponzoñosa, la dirección y profundidad de la herida, lo largo del puñal, la naturaleza de su veneno, la colocación del huevo sobre la larva aletargada, los bocados que en ella dá el joven insecto, el orden en que los da, la intensidad y duración de su apetito, todo esto exige la exactitud más

rigurosa; el más pequeño error, el desvío más insignificante lleva consigo el aniquilamiento de la descendencia» (Fabre). «¿Cómo es posible suponer que este conjunto de sabias precauciones sea efecto de una serie de experiencias y ensayos realizados al azar?» (1).

Otro caso notable. El *pompilo* es un himenóptero parecido al abejón, que necesita para su larva la monstruosa araña de las cuevas, *segestria pérfida*. La *segestria*, oculta en su fortaleza formada por una especie de embudo rodeada de hilos pegajosos, espera la caída en la red de los incautos insectos, para lanzarse sobre ellos y matarlos de un solo golpe. El *pompilo* puede ser una de estas víctimas. La monstruosa araña es capaz de matar un gorrión.

«Siempre brincando y revoloteando, dice M. Fabre, el himenóptero ronda al rededor del embudo en que la *segestria*, con las patas extendidas, lo está vigilando. Aquel espía el instante propicio; dá un bote, agarra una pata, tira hácia él, y se echa á un lado. Casi siempre la araña sale bien... pero la perseverancia conduce al éxito; con esfuerzo vigoroso

(1) Saint-Ellier.—*El orden en el mundo físico*.

y bien calculado, el *pompilo* arrastra á su monstruosa presa, á la que deja caer en tierra de repente. Aturdida de su caída y *demoralisée*, la araña recoge sus patas, se agazapa en un pliegue del terreno, y el cazador está allí al instante para paralizarla de un golpe de aguijón en el torax».

Dos puntos inversos llaman aquí la atención de M. Fabre (1): La astucia del *pompilo* y la estupidez de la *segestria*. «Que el himenóptero haya adquirido poco á poco, como muy favorable á su descendencia, el tan juicioso instinto de extraer primero su presa de su habitáculo para paralizarla después sin peligro, lo concederé de buen grado, si se me explica el por qué la *segestria*, de un intelecto no peor dotado que el de su adversario, no sabe todavía burlar la astucia de éste, después de tanto tiempo que es víctima de ella. ¿Qué es preciso para que la araña negra pueda escapar de su exterminador? Nada: es suficiente entrar en su tubo en lugar de acamparse, tan arrogante pero estúpidamente, en el umbral de su puerta. La experiencia de las genera-

(1) Véase Duilhé de Saint-Projet.—Ob. cit., capítulo xiv.

ciones acumuladas debieran haberla enseñado esta táctica elemental, y de un interés sin igual para la prosperidad de su raza. ¿Si el *pompilo* ha perfeccionado su método de ataque, por qué la *segestria* no ha perfeccionado su método de defensa?»

Por donde se ve que no está tan averiguado como pretenden los transformistas *à outrance* eso de la *evolución* de los instintos. Ni siquiera se le puede excomulgar á nadie de la ciencia porque no *crea* que la ley de herencia (1), y la adaptación y la selección bastan para explicar el instinto, el rompecabezas de la científicomanía.

Después de todo esto, no estará mal concluir con Duilhé de Saint-Projet, calificando el instinto de «finalidad en la espontaneidad vi-

(1) «Las abejas que se muestran tan industriosas son precisamente las neutras, las estériles, y lo mismo ocurre con las hormigas: las obreras son también estériles. ¡Singular manera de asegurar la transmisión de las aptitudes industriales, hacer perecer sin descendencia en cada generación á todos los individuos que poseen tan preciosas aptitudes!» (Saint-Ellier. *El orden, etc.*, pag. 160.)

No añadimos, por no repetir consideraciones y argumentos, las observaciones hechas en la *Amóphila*, las *Hipermetamórfosis de los Méloes*, etc.

viente, acción creatriz perpetuada, sello indeleble del Todopoderoso, eterno derrumbadero (*casse-cou*) del ateísmo en todas sus formas, filosóficas y científicas, antiguas y modernas» (1).

Después de la tempestad la calma.

Sosegado el viento destructor del nihilismo científico, apaciguada la violencia del aguacero greco-heckeliano, descargada en chispas la electricidad que traían las grandes palabras darwinianas, disipada la fantástica imagen del Bathybius que, cual iris de esperanza, iluminaba con alegres colores el oscuro horizonte del problema de la vida..... estamos, como estábamos.

«Nosotros no hemos podido resolver el problema de la naturaleza de la vida, solamente hemos orillado la dificultad hacia un límite ó rincón de tan espesas tinieblas, que la luz de la ciencia es incapaz de disipar.» (Balfour Stewart) (2).

(1) Ob. cit., pág. 346.

(2) *La conservation de l'énergie*, pág. 169.—Cit. por Vincent.

En el movimiento de los átomos transformado en sensibilidad consciente «hay un problema, dice Bois Reymond, de interés vivísimo, y al mismo tiempo un punto inmutable, un límite infranqueable para las ciencias naturales».

«El fuego fátuo de la vida fluctúa aún sobre los pantanos de nuestra débil ciencia». (J. Barker) (1).

«En resumen, dice Claudio Bernard, no hay medio de definir ó caracterizar la vida con un rasgo exclusivo» (2). «La vida es la creación», dice el mismo renombrado fisiólogo.

La vida es la idea creadora que se desarrolla y manifiesta por la organización. «Es el arquitecto que se construye su propia morada, no es el huesped que viene á la posada ya edificada». (Vincent).

Y si le preguntáis más á la ciencia, os dirá que el *torbellino vital*, ese movimiento por *intussuscepción* de asimilación y desasimilación, «ese movimiento incesante no es, en definitiva, más que una alternativa de vida y muer-

(1) En la Asociación americana de Boston.—Véase Vincent, ob. cit.

(2) *Phen de la vie*, tom. II, pág. 40.

te, es decir, de destrucción y renacimiento de las partes constitutivas del organismo». (Claudio Bernard) (1).

¿Quién puede hoy en nombre de la ciencia hacer callar á Bonniot, cuando exclama: «Es incontestable que la vida no ha existido siempre sobre la tierra; además, la ciencia niega toda transición *natural* de la materia inorgánica á la vida: esta transición es, por consiguiente, un hecho científicamente cierto y *sobrenatural*».

La ciencia, bien puede concluir diciendo con Milne Edwards: «El impulso interno que induce á las aves á permanecer semanas enteras casi inmóviles sobre el huevo, el móvil interior que hace que construyan de antemano, y con tanto arte, una pequeña morada para su tierna prole, el estímulo que les excita á velar con tanta solícitud por el bienestar de sus pequeñuelos..... todos estos fenómenos excitarán siempre en nuestro espíritu tanta extrañeza como admiración, y nos enseñan, más elocuentemente que pudieran hacerlo todos los discursos humanos, que la potencia creadora de tantas maravillas está muy por

(1) Ibidem, tom. I, pág. 348.

encima de todo lo que el hombre puede imaginar ni concebir» (1).

Después de esta malhadada aventura que puede titularse del Bathybius ¿se vendrá á razones la científicomanía? Esta pregunta es sencillamente inocente. Y del que olvida que se las há con una locura.

Para prueba, léanse los capítulos siguientes.

(1) *Zoología.*

CAPÍTULO IV

LA HUMANIDAD ENCANTADA

Sumario.—Problema resuelto.—Los de la humilde prosapia.—El mono con cerebro de hombre.—Sentir no es pensar.—Desencanto.

EL nihilismo *científico* no se pára en barras. Ante el problema del inevitable dualismo, lo que piensa, y lo que no piensa, se vé impelido á decir monísticamente: no hay nada que no sea pensante. Los seguidores de Hartmann habrán de conceder gratuitamente un destello de pensamiento á la hoja, al grano de arena, á la simple ondulación atmosférica ó etérea (1).

(1) Consúltese á Bonniot.—*L'Áme et la physiologie.*

Todo el toque de quedar resuelto este problema consiste en explicar el cómo la materia piensa. Y concretando más el asunto, demostrar que en el hombre no hay espíritu, no hay alma: no hay más que células, átomos, nada.

Pero esto es muy fácil, gracias á los nuevos procedimientos *científicos*.

En efecto: la célula viviente posee una irritabilidad á la manera de los cuerpos explosivos; el pensamiento es una función química. Se pasa del *sentir* al *conocer* por la transformación (?) de las sensaciones, placer, dolor, etc., en ideas. Todo, por supuesto, contando con la herencia, la selección, y sobre todo con el tiempo, mucho tiempo. «Millares y millares de siglos han vivido billones de billones de centenares de billones de seres» (Richet) (1) para llegar al grado superior de la evolución orgánica, la inteligencia del hombre.

Y si no quedamos convencidos por estos *argumentos*, oigamos á Mr. Dumont (2), que

(1) *Essai de psychologie generale.*

(2) *Theorie scientifique de la sensibilité.*—Cit. por De Bonriot.

nos dice: «El yo es una agregación, un sistema de fuerzas». «La conciencia es el movimiento visto por su faz subjetiva» (1). «La materia es la apariencia exterior, bajo la cual una conciencia se presenta á otras conciencias». «El placer y el dolor son las caras subjetivas del aumento y de la disminución de fuerzas».

Pero si somos tan duros de cerviz que no nos hace bajar la cabeza ese *magister dixit* tan imperativo de Mr. Dumont, y de Mr. Richey, convénzanos al menos la fórmula mate-

(1) Es debida á Taine, según tenemos entendido, la invención de la doble faz de los fenómenos. Aunque al decir: «Es un mismo fenómeno el que visto *du dehors* se presenta como un movimiento, y visto *du dedans*, como un hecho de conciencia» no creemos que se haya querido ir tan lejos como ha ido Mr. Dumont. De todas maneras, la «ciencia positiva» siempre podrá responder con Echegaray (*Teorías modernas de la Física*, 2.^a serie, art. v): «Si el sér humano es un conjunto de movimientos, téngase en cuenta que en el movimiento sólo hay trayectorias, velocidades, forma, espacio y tiempo; que por muchos movimientos, y muchas velocidades, y muchas trayectorias que se acumulen, por mucho que se aumente la cantidad, mientras no varíe la calidad, jamás hallaremos ni sombra, ni remedo, ni nada que remotamente se asemeje á este maravilloso fenómeno de la conciencia».

mática $a=b \sqrt{\frac{e}{c+b}}$ que encierra los fenómenos psicológicos no percibidos por la conciencia, según Herbart, un psicólogo-geómetra que *considera* los estados del espíritu como verdaderas fuerzas mecánicas bajo ciertas condiciones.

Dicen los retóricos (1) que muchas veces la fuerza de los pensamientos proviene únicamente de su novedad. Y que esta novedad de ver casadas ciertas palabras que nunca habíamos visto juntas, hace fuerte impresión en nuestro ánimo, que la recibe desprevenido, sin resistencia de la voluntad ni del entendimiento.

Esto ha sucedido en el problema de que tratamos. Se han hecho unos matrimonios civiles entre palabras de mecánica y palabras de psicología, cuya *fácil* novedad tiene todavía deslumbrados á algunos entendimientos, como esas combinaciones caprichosas de los fuegos de artificio, que después de mantener largo rato embobados á los espectadores en su contemplación, los hacen todavía prorrumpir en ese ¡ah! prolongado, característico,

(1) Véase *Filosofía de la elocuencia*.—Capmany.

mezcla extraña de alegre grito de gozo, y de temerosa admiración estólida.

Para demostrar que en el hombre no hay más que materia, se crea una Antropología materialista, y siguiendo los conocidos procedimientos de la «ciencia al revés», se empieza considerando al hombre como un animal cualquiera. Con el escalpelo, el microscopio y los reactivos, se sabe *a priori* que no va á verse más que la bestia humana. Y en lugar de contenerse en los límites de la «ciencia positiva», se pasa al campo de la metafísica, y hasta de la moral, y de la fe, y se *dogmatiza* diciendo: que no hay más que animal en el hombre, y que éste está sujeto á los mismos destinos (!) que los demás animales, y que *por consiguiente*, el alma racional, libre é inmortal, el alma humana.... no existe, porque *no la ve* el microscopio.

Todos los apóstoles del materialismo no hacen, en este punto, más que repetir, con más ó menos *poesía*, las palabras del *maestro* Strauss: «El yo del hombre es su cuerpo, que después de la muerte es destruído por la corrupción de la tumba, por los perros ó por los buitres..... Lo que está tan estrechamente unido al órgano corporal cesa de vivir después

de la destrucción de éste, lo mismo que un punto cesa de ser centro de un círculo cuando la circunferencia no existe. Quien no esté inflado de orgullo no manifiesta ninguna pretensión para más allá de esta vida terrestre: la eternidad en perspectiva dá escalofrío» (1).

De la ausencia de pruebas en estas afirmaciones *magistrales* puede inferirse la clase de argumentos que emplearán los campeones de última fila de la «ciencia al revés».

Es de mucho ingenio la comparación tomada de la circunferencia. Aunque había otras mejores. El toque está en elegir dos cosas, una de las cuales dependa en su existencia de la otra: ésta hacerla cuerpo, aquélla alma. Así pudiera haber dicho: en una ciudad iluminada por luz eléctrica, el alma es la luz en los arcos voltáicos y en las lámparas de incandescencia: destruid un cable principal, rompedle, aisladle solamente, y la luz se apaga, el alma deja de existir. Con la circunferencia cabía una objeción bastante fuerte: en la muerte senil, sin complicación accidental ninguna, no hay destrucción de órganos, habrá desgaste de *radios*..... la rueda que se pára....

(1) *L'Ancienne et la Nouvelle foi*.—Cit. por Duilhé.

pero la circunferencia allí está, y allí está el centro.

Pero no hay que perder de vista lo del escalofrío. Quizá la clave de esa negación sistemática del alma humana no esté muy lejos de esa frase del *maestro*: «La eternidad en perspectiva dá escalofrío». Leibnitz no debía sentir esos estremecimientos nerviosos cuando dijo: «El hombre es naturalmente inmortal».

Lo que tiene gracia es llamar inflado de *orgullo* al que piense vivir más allá de esta vida terrestre. Casi dan ganas de decir á Strauss al oído: ¡Hombre, por humildad no lo deje usted! Pero no, se nos dice que, sintiéndose morir, pidió que le leyeran unas páginas de Fedón, sobre la *Inmortalidad del alma*. El *hombre* se olvidó del *filósofo*, y pensó en la otra vida, á pesar de su humildad.

Además de este materialismo *científico*, que para negar el alma nos habla de átomos, de células y hasta de circunferencias, hay un «materialismo lírico», un «materialismo de salón», «embalsamado con todos los perfumes de la poesía», según frases del P. Felix (1). Un materialismo hipócrita, que canta *espiri-*

(1) *Cuarta Conferencia*, 1865.

tuales himnos al *espíritu* humano. Véis un instrumento músico que canta, habla, pues tiene su alma: su alma es la misma armonía. «El alma es un cuerpo que se estremece». «Una carne que vibra» (1).

¿Qué es el héroe? «Un mecanismo que se amplía; sus acciones extremas son *nada más* que grandes tensiones de la máquina; para comprenderle, lo que hay que mirar es su máquina, y el modo como circula su sangre y vibran sus nervios».

Con unas cuantas definiciones así se hace una *síntesis maravillosa* de los conocimientos humanos, que llenará por completo... el oído.

Y si no os satisfacen estas grandes *síntesis*, esperad un poco, y oiréis algo que quiere explicarlo todo, y no explica nada. «El alma es el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal». «El amor es un conjunto complejo de fenómenos cerebrales».

No es posible dejar de indicar aquí los elevados conceptos que oponía con su famosa elocuencia el P. Felix á los absurdos materialistas. Si en mí todo es materia, ¿cómo es que una molécula, ó grupo molecular, se arroga

(1) *Cuarta Conferencia*, 1865.

el título de *yo* indivisible, de tal modo que es imposible reducirlo á la mitad, á la cuarta parte..... en ninguna de sus manifestaciones?

Ese *yo reflexiona* además, es decir, no sólo piensa como decís que lo puede hacer la materia, sino que «piensa sobre su propio pensamiento», y esto está en contradicción con la ley universal de la fuerza material, que condena á toda fuerza á desplegarse, á obrar fuera de sí misma.

Por último, el *yo* puede decir *yo quiero*, y querer lo contrario á la materia, lo que sacrifica á su cuerpo, y ante su mandato imperativo ceder todas las *tendencias innatas* de la materia. ¿Cuándo se ha visto al resultado de una organización ser incompatible con los órganos, es decir, los órganos reunirse sabiamente por un poder fatal, para tener el placer de que esa organización los sacrifique? ¿Cuándo el efecto ha sido contradictorio á la causa?

«Esos materialistas ciegos y verdaderamente fanáticos, decía el P. Felix, expulsando de la tierra el dogma del alma y la creencia de lo inmaterial, hacen á nuestra humanidad, en nombre del progreso humano, un ultraje más, para dejarle, en nombre del progreso científico, una ciencia menos».

Y un hombre de talento, en lo que puede tenerlo el que no es cristiano, escribe lo siguiente en una revista que, como dice Saint-Projet, es poco sospechosa de «ciega ternura por la ortodoxia religiosa ó filosófica»: «Yo no soy de los hombres que tienen fe..... Afirmo que para las naciones, como para los individuos, el materialismo es la muerte, el espiritualismo es la vida. Dar al alma una existencia transitoria, reducirla á las luchas y decepciones de esta vida, hacerla perecer al mismo tiempo que la materia que la rodea, y á quien ilumina, prohibirla esperar una recompensa ó temer un castigo, prometerla la nada, hacerla inferior á las moléculas del mundo visible, que se transforman y no desaparecen nunca, es arrojar del hombre el soplo divino, y condenarlo al embrutecimiento forzoso.

»No conozco más que una creencia y un refugio, decía Jorge Sand: la fe en Dios, y en nuestra inmortalidad..... Es extraño y casi doloroso tener que defender estas doctrinas que han hecho la gloria de la humanidad..... Sin ellas los pueblos no son otra cosa que rebaños combatiendo por la existencia, según la fórmula de Darwin, devorándose los unos

á los otros, comiendo, gozando y reventando en vez de morir». (*Maxime du Camp*) (1).

Renán, no contentándose tampoco con el «embrutecimiento forzoso», él, que había preguntado á la ciencia si el átomo «pudiera ser muy bien fruto del tiempo», esperaba también que la ciencia descubriera algún día «una nueva especie de inmortalidad en lugar de la inmortalidad del alma actual» (2). Si el tiempo había hecho salir al átomo de la nada, ¿por qué no había de poder hacer salir una *nueva inmortalidad del alma* de la ciencia?

Espéremos. No sin antes colocar en el Panteón á un dios más, el Dios tiempo.

Los que visitaran la Exposición Universal de París en 1889, tendrían ocasión de observar una colección hábilmente dispuesta de es-

(1) *Revue des Deux-mondes*.—Abril, 1.º, 1893.

(2) *L'Avenir de la Science*, 1890.—Cit. por Duilhé.—Con razón dijo Pascal que «tanto nos importa y tan profundamente nos afecta la inmortalidad del alma, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar en la indiferencia de saber lo que hay acerca de esto».

queletos humanos y simianos, que presentaba la Sociedad de Antropología, reunidos en *científica* promiscuidad.

Es que en el campo de la «ciencia al revés» se despertó un extraño afán. Tócados de repente de humildad muchos científicómanos, acordaron desterrar un *orgullo* que padecía el hombre: el orgullo de no querer reconocer en el *chimpancé*, el *gorila*, ó el *orangutan*, al *padre* de sus entrañas, al respetable autor de sus días.

Hé aquí por qué, con tan plausible motivo, los de la humilde prosapia, dando de mano á otros asuntos menos importantes, dedicaron todas sus vigiliass á la delicada y científica tarea de encontrar un *mono* que sustituyera á nuestro padre Adán.

Se habló de *precursor* del hombre. Y hasta casi se le encontró en un antiguo terreno, bautizándole civilmente con los nombres de *antropopiteco* ó *pitecantropo*, *homo alalus*..... ¿quién sabe? Ni una madre busca con tanto cariño el nombre de pila que ha de poner al fruto de sus entrañas.

Todo estaba preparado, pues....., pero la *criatura* no parecía por ninguna parte. ¡.....! ¡Otro *Bathybius*!

Y la prueba de que el bautizo laico fué algo prematuro, está que en la Academia de Ciencias de París, decía no hace mucho monsieur Gaudry, con ocasión de presentar un resto fósil de *Dryopithecus*: «Debemos reconocer que hasta el presente la paleontología no ha suministrado intermediario entre el hombre y los animales».

¡Qué decepción! ¡Ahora que Mr. Grant-Allen había descubierto el cómo desapareció el pelo en el hombre! Y era que el precursor, á fuerza de acostarse de un lado en la tierra, había perdido el copioso vello en una mitad del cuerpo. Y resultaba bastante feo, *insimétrico*, como si dijéramos. Y es claro, que por el bien parecer, su industria, aunque primitiva, suficiente para el caso, y la selección sexual de la naturaleza, después, hicieron lo demás, actuando de Figaros precursores.

¡Y ahora que Mr. Quinet nos había dicho cómo adoptó el hombre la estación vertical! Y fué que andando á cuatro piés, se encontró un día casualmente, ó la Naturaleza que lo hizo, con una roca, y queriendo encaramarse por ella, debió resbalar, ¡quién sabe! ello es que quedó de pié en el suelo, vertical, con la frente levantada. Y de ahí viene el que ahora

los hombres no andemos á gatas. Porque, ni que decir tiene, que la ley de herencia, y la selección, y la adaptación, adoptaron enseguida para la especie aquella elegante postura, que casualmente había descubierto un afortunado individuo.

¿Qué más? ¡Si en Alemania, fundándose, sin duda, en que ha sido reconocido el *antropopiteco* como padre del hombre, se ha entablado una lucha encarnizada, según testimonio de Vogt, por el reconocimiento del abuelo! Uno de los ejércitos beligerantes, capitaneado por Hæckel, sostiene el parentesco directo del hombre con el *venerable Amphioxus*; otro, cuyo jefe es Semper, está por los anécdotos como abuelos nuestros.

Pero dejándonos de guerras sabias y de *plaisanteries* científicas, y prescindiendo, como nos hemos propuesto en esta verídica historia de las noticias y argumentos que suponemos gastados por el uso, vamos á cerrar este capítulo con unas breves consideraciones contra ese afán extracientífico de conceder generosamente razón á los animales, con el único objeto de poder afirmar, sin tanta dificultad, que descendemos de ellos.

Se olvidan ciertos hechos, bien luminosos

por cierto, en esta cuestión. «Las cosas prodigiosas que hacen ciertos hombres durante el sueño, dice Bossuet, muestran lo que puede la disposición del cuerpo independientemente de nuestras reflexiones y de nuestros razonamientos» (1). Parece ignorarse también el modo de recibir impresiones en nuestro cerebro, la retención ó *memoria* de estas impresiones, independientemente de la razón, y la facilidad de recibirlas, adquirida con la repetición de actos (hábito). Todo esto admitido en los animales, explica muchos hechos donde gratuitamente *se quiere* hacer aparecer la razón.

Cuando se dá un palo á un perro que va á comer una perdiz, continúa Bossuet, «recibe el animal en su cerebro una impresión total, compuesta de las impresiones de perdiz y palo. Esta impresión, recogida y retenida en el cerebro, tiene un carácter particular distinto del que hubiera producido la perdiz sola».

¿Se dirá que razona el perro del ejemplo, cuando, presentándole una perdiz, se detiene y vacila en vez de comerla?

(1) *La Connaissance de Dieu et de soi-même*, capítulo v.

Pregúntese á los que amaestran los *inteligentes y racionales* perros de aguas, si han encontrado, para hacerse entender de ellos, razones más convincentes que el pan en una mano y el palo en la otra.

Quizá resumiendo todo lo dicho decía Aristóteles: «Que solo el hombre tiene razón, porque solo él puede vencer la naturaleza y la costumbre».

«Los escultores y los pintores, añade Bosuet, parece animan á las piedras, y hacen hablar á los colores».....

«Se puede decir, casi en el mismo sentido, que Dios hace razonar á los animales, porque les imprime en sus acciones una *imagen* tan viva de razón, que parece á primera vista que razonan» (1).

Pero no, á los científicomanos no se les puede hablar de impresiones divinas. Lo que les decía el P. Felix. «Confesadlo: lo que os hace desear el triunfo de estas doctrinas, que se reducen en dos palabras á hacer proceder al hombre de la bestia por vía de descendencia natural, no es el deseo de ilustrar la ciencia, ni de honrar á la humanidad: es el *miedo*

(1) Obra citada, cap. v, pár. 10.

á reconocer en la naturaleza el vestigio de lo divino» (1).

La verdad es que no se honra mucho que digamos á la humanidad haciéndola descender de un mono. Y si las comparaciones son odiosas, la que se hace de un hombre con un gorila es verdaderamente detestable (2). Por bajo y miserable que sea el hombre; por alto y precioso que sea un gorila.

Pero si la ciencia lo pide, no habrá más remedio que bajar la cabeza. Después de todo, se nos coloca á la cabeza de la Fáuna terrestre, y como decía el P. Felix: «Estamos, señores, los primeros entre las bestias».

Además, el género *simia* es de lo más vis-

(1) *Tercera Conferencia*, 1865.

(2) Y lejos de nosotros el pensamiento del chispeante poeta Manuel del Palacio:

«A los que dicen que el hombre
viene del orangután,
demandarles debería
por injuria, el animal».

(Publicado recientemente en *Los Lunes de El Imparcial*).

tosos que hay en su familia. Nada de ridícula *cola*, ni del grosero *abazón*; la *callosidad isquiática* no ofrece al observador su repugnante aspecto.

En cuanto á la postura erguida, carácter honroso del hombre, Vogt dice, que: «Una bandada de halcones puestos en pié sobre los arrecifes de la Escandinavia, con sus pechos blancos que parecen pecheras, y sus alas negras que parecen *fracs*, ofrecen el mismo aspecto que una reunión de Pastores de la Asociación protestante» (1).

Los halcones han aventajado á los simios; siquiera aquéllos aparecen vestidos, y vestidos de etiqueta.

Pero si hemos de creer á los defensores de los *derechos* del mono, á éste no le falta más que hablar.

Sin embargo, es de temer que si los monos hablasen, resultarían papagayos: papagayos implumes, que diría Platón.

Supónganse en el animal todas las condiciones *fisiológicas* necesarias para que apareciesen en él los caracteres distintivos del

(1) Citado por Tilman Pesch en *Los grandes Arcanos...*, II, 206.

hombre, si esto fuera posible. Admitase un mono con cerebro de hombre, y donde la seudociencia no vacilaría en afirmar «esto es un hombre», la verdadera ciencia no podría aventurar más que «esto es un mono».

Hé aquí unos cabos sueltos, que presentamos al lector por lo poco manoseados todavía, y que pueden formar un buen cable, en nuestra humilde opinión.

«Nosotros razonamos, es decir, que de una verdad pasamos á la otra..... y una vez dado el primer paso, nuestros progresos no tienen límite. Porque el carácter propio de las reflexiones es elevarse las unas sobre las otras, de suerte que se reflexiona sobre reflexiones hasta el infinito..... Se equivocan los que queriendo dar á las bestias razonamiento, creen poder contenerlo entre ciertos límites (a).....: la naturaleza de los animales podría elevarse á todo, una vez que pudiera salir de la línea recta» (1).

Es digno de notarse el resultado que ob-

(a) Hé aquí una gran verdad: «la razón, facultad irreducible, es, ó no es, no hay medio, el *antropopiteco* (personificación de este medio), es un absurdo».

(1) Bossuet.—*De la Connaissance, etc.*, cap. v, párrafo 8.

tuvo un observador, Mr. de Cherville, con su *inteligente* perrillo, en quien quiso provocar una *reflexión*. El animal, sumamente friolero, fué forzado á sufrir los rigores de unos días de invierno, colocado junto á una lamparilla encendida y rodeada de un montón de materias combustibles. El perro miraba melancólicamente la llama que calentaba tan poco... y demostraba tiritando lo que sentía la ausencia del confortable fuego del hogar. El *canis familiaris* se retiraba pacientemente á un rincón, decidido á resguardarse del frío de la mejor manera posible. No consiguiendo su objeto con el ingrato contacto de la pared, volvía al sitio del hogar, y sentado frente á las frías virutas que rodeaban la lámpara..... «miraba melancólicamente la llama que calentaba tan poco».

El *proceso* se repetía sin variación un día y otro día. Mr. de Cherville quiso sugerirle á su perrillo el medio facilísimo de procurarse calor. Y al efecto, varias veces, sin más que empujar suavemente unas virutas hacia la cercana lámpara, el fuego se hacía. Ni porque Mr. de Cherville en persona tomó él mismo una pata del perro, y le enseñó el camino que había que andar para hacer lumbre.....

la lumbre no se hizo: el animal no *salía de la línea recta* (1).

A pesar de esto, Sir John Lubbock, uno de los patriarcas de la prehistoria, se explica perfectamente la invención del fuego por los simios. Estos monos empleaban piedras redondas para cascar nueces; de aquí á hacer uso de una piedra cortante, no hay nada; de aquí á aguzar las piedras, no hay más que un paso; la piedra groseramente tallada, y la piedra pulimentada, se tocan; cuando se pule la piedra no puede menos de observarse que se calienta: el fuego está inventado.

«Hé ahí la civilización en tren directo y rápido, dice Duilhé (2). Nos parece, sin embargo, que por este sistema de locomoción, forzando un poco el vapor, se podía llegar más lejos y más de prisa. Sir Lubbock ha hecho mal en detenerse en tan hermoso camino, ¿por qué no proseguir sufecundo razonamiento? Un animal cualquiera, si no es ciego como un topo, puede ver caer una manzana; de la caída de la manzana á la hipótesis de la atracción, no hay gran distancia, la prueba New-

(1) Este hecho se publicó en *Le Temps*.

(2) *Apologie scientifique...*, pág. 393.

tón; de la hipótesis de la atracción á la mecánica celeste, no hay más que un paso, la prueba Laplace». Y no se diga que son operaciones de distinta naturaleza éstas que las que cita Lubbock. Aquí sí que se puede decir que son diferencias de *grado*, pero no de *esencia* y naturaleza.

La *reflexión* que habremos de admitir en Newton para formular su hipótesis, será inmensamente superior, pero no distinta en naturaleza de la de... Mr. de Cherville para acercar la materia combustible á la llama comburente. Por esto precisamente el perrillo de Mr. de Cherville no pudo hacer fuego por sí mismo, porque le era imposible hacerse la menor *reflexión*. Exactamente lo mismo que le ocurriría á los simios de Sir Lubbock, por muchas piedras que vieran calentarse con el roce.

Los hechos de los animales manifiestan además una diferencia esencial innegable respecto á los hechos del hombre. Es lo que llama Fabre la «antítesis del instinto», y es que los animales, en tanto que siguen «la línea recta» que se les ha trazado primitivamente, hacen prodigios de habilidad; en cuanto se intenta separarlos de ella, hacen prodigios de estupidez.

¡Ah! es que no se tiene en cuenta la educación, se dirá. Pero á esto se contesta fácilmente: compárese el animal al niño.

Un hecho entre mil. Taine refiere que una hija suya de diez meses de edad distinguía y reconocía á su abuelo en un retrato de pequeño tamaño hecho al lápiz. Pruébese en el mono mejor educado este reconocimiento de una persona, hecho en un retrato de tamaño menor que el natural, y no hará la menor señal de asentimiento, ante la pregunta implícita que se le hace de que sea un mismo sujeto el que se le presenta en dos estados tan distintos.

Un caso curioso y notable. Mr. Romanes, que dedicó largos años al estudio de la *inteligencia* de los animales, se colocó un día delante de su inteligente perro, y se puso á hacer los gestos más variados, desde los más chuscos hasta los más horribles. Su pobre animal, desconcertado al principio, acabó por ladrar desesperadamente á su amo. Darwin un día, haciendo la misma experiencia con su hijo de pocos meses de edad, ensayó las muecas más espantables, cuyo efecto debiera ser terrible... el pobre niño lo que hizo fué echarse á reir. *El perro de Romanes en presencia de lo grotesco, de lo ridículo, se pone á ladrar:

hé aquí la bestia, dice muy bien Duilhé; el niño de Darwin se echa á reir, hé aquí el hombre».

Aquí de la herencia, del perfeccionamiento alcanzado por la evolución mil veces secular, en los cerebros humanos, se dirá.

En el hombre primitivo, en el salvaje, no sucedería eso.

Y sin embargo..... sucede.

Los Tasmanianos, pueblo que habitó el Van-Diemen, y tenido siempre por el representante caracterizado de las razas más inferiores en la especie humana, fué estudiado por Quatrefages con la imparcialidad y la seriedad del sabio, y halló en él muestras de inteligencia bien superiores á las de la hija de Taine, y manifestaciones de buen gusto mayores que la del niño de Darwin.

Sobre todo, descubrió el naturalista en aquella raza salvaje, pruebas inequívocas de que poseía el sentimiento del pudor. De que sentían y comprendían esa manifestación doble de la belleza y del bien, derivada á la vez de la Estética y de la Moral, como hace notar, muy oportunamente, Duilhé de Saint-Projet. Pedir ese noble y delicado sentimiento á algún animal, es como pedir al buho un mal agüero,

ó al olmo peras. Y hablar de castidad en ciertos animales, como se ha dicho del elefante, por ejemplo, es profanar miserablemente una santa palabra, sin justicia ni necesidad.

Indudablemente, podemos decir al llegar aquí, hay *algo* en el hombre que no lo hay en el animal.

Si no estuviera tan desacreditada la causa de la *generación espontánea*, no se hubiera combatido tan encarnizadamente la existencia de ese *algo*. Pero el odio al *dualismo*, el horror á la creación, mejor dicho, han hecho prodigios de estrategia, cuando no prodigios de estupidez, como el instinto.

Ese soplo divino que informa el cuerpo del hombre, y que transformado en luz asoma por sus ojos en resplandores infalibles de existencia, de vida y de razón, lo explica todo. Sin él se nos impone ver un absurdo más: el pensamiento, en el cerebro que vibra; como antes, la vida en el mineral que cristaliza; y el átomo en la nada que se mueve.

Pero la «ciencia positiva», bien al contrario de la «ciencia ideal», de la «ciencia al re-

vés», no ha soñado en disipar ese soplo divino. Y hoy puede afirmar por boca de Bonniot (1): «Con un cerebro de mono, el hombre sería todavía un hombre; con un cerebro de hombre, el mono no sería más que un mono». La imaginación sería más perfecta en el mono, pero del brillo de las imágenes no sabría sacar una chispa de juicio, ni menos iluminar un razonamiento. El entendimiento será siempre la parte *inalienable* del hombre, como dice De Bonniot.

Y ante las manifestaciones de la imaginación y de la memoria de los animales, por asombrosas que sean, siempre se podrá decir con verdad: ¡Eso no es pensar!

Recojamos *impresiones*.

Alguien sospechó que el peso absoluto del cerebro estaba en razón directa con la inteligencia, pero resultó que el cerebro del delfin pesaba 1800 gramos, y el del hombre sólo 1320. Se rectificó, diciendo que se trataba del peso relativo, mas sucedió que el gorrión y el canario aventajaban al hombre bajo este respecto. Se pensó que las células de la periferia cortical eran los *instrumentos* de las opera-

(1) *L'Ame et la physiologie*.—París, 1889, pág. 27.

ciones intelectuales, y que el número de circunvoluciones cerebrales estaba en razón directa de la inteligencia, porque significaban mayor ó menor extensión en la superficie del cerebro, mas resultó que el asno estaba muy bien dotado en circunvoluciones, y en cambio el castor poseía un cerebro liso. Gratiolet rectificó esta idea, afirmando que era la talla de las especies comprendidas en el grupo zoológico, la que estaba en razón directa con las circunvoluciones cerebrales: el número de pliegues del cerebro en el hombre supondría en un *primateo* una talla superior á la del elefante. Es verdad, continúa Gratiolet, que «el hombre es un gigante en inteligencia» (1). Pero este rasgo de ingenio hace caer al anatómico citado en lo que quería rechazar: que las circunvoluciones están en razón directa con la inteligencia.

¿No se impone aquí el deslinde de campos? ¿Por qué el fisiólogo ha de invadir el terreno de la psicología, exponiéndose á caer en los sofismas de *ignoratio elenchi* y de *genere ad genus*? De no negar la psicología, el que quiera

(1) Véase De Bonniot.—Ob. cit., página 21 y siguientes.

hablarnos del hombre en su integridad, debe saberla tan bien como la fisiología.

Estudios psico-fisiológicos conocemos (1) en los cuales se dá la verdadera idea del compuesto humano, porque se demuestra conocer cada una de sus partes constituyentes.

«Las operaciones intelectuales son las que se elevan por cima de los sentidos» dice Bossuet. «Y tienen por objeto una *razón* que nos es conocida». Entendiendo aquí por *razón* la aprehensión de una cosa verdadera ó reputada como tal. Las ilusiones de los sentidos nos hacen ver que hay alguna facultad por la cual conocemos la verdad y la distinguimos de la falsedad. «El entendimiento es el único que puede errar». «Es el entendimiento el que debe juzgar de los órganos mismos, y sacar las consecuencias necesarias de las sensaciones, y si se deja sorprender, él es el que se engaña» (2).

La percepción (reacción del sentido hácia

(1) Bossuet.—*De la Connaissance de Dieu, et de soi même.*

De Bonniot.—*L'Áme et la physiologie.*

Vallet.—*La tête et le cœur.*

Vincent.—*Estudios biológicos, etc., etc.*

(2) Bossuet.—Obra citada, págs. 498, 499, 502.—Liege, 1767.

el objeto (después de la sensación) es algo más que «una impresión orgánica hecha consciente», como quieren los fisiólogos materialistas. En el fenómeno de la sensación hay algo superior á él que pueda rectificar la acción de los objetos exteriores sobre los órganos, algo que relacione cada punto *sintiente* del órgano impresionado con cada punto externo correspondiente que es causa de la sensación elemental (1). Mírese fijamente un dibujo que representa un objeto convexo, una esfera, por ejemplo. Hágase un pequeño esfuerzo para suponer que lo que estamos viendo es la imagen de un objeto cóncavo, y acabaremos por *ver* perfectamente en el dibujo un casquete esférico por su parte interna, cóncava.

Comprender no es ni *ver* ni *oir*. Tampoco es *imaginar el ver*, ni *imaginar el oír*. La sensación no es el entendimiento; la imaginación que es la «sensación continuada» (2) tampoco es el entendimiento.

Se habla de fatiga y calor que se siente en la cabeza después de pensar mucho, pero esto se explica muy bien. Es el esfuerzo de la aten-

(1) Véase De Bonniot.—Obra citada, pág. 162.

(2) Bossuet.

ción voluntaria, que obra sobre el tejido cerebral para hacer renacer ciertas imágenes (1), que han de acompañar á las ideas en el razonamiento. En otro caso, de ser el pensamiento secreción del cerebro, las grandes *creaciones* del genio, esas inmensas intuiciones que espantan por su magnitud, inutilizarían de una vez para siempre la cabeza mejor organizada. Y es más, si se objeta que se trata de cerebros privilegiados, se contesta, que nos expliquen por qué el común de los mortales no perecemos por combustión espontánea, cuando recibimos y *comprendemos* en nuestra ordinaria inteligencia el pensamiento del genio. Y es al contrario: «Así como lo sensible más fuerte ofende á los sentidos, dice Aristóteles, lo inteligible perfecto recrea el entendimiento y lo fortifica». De donde concluye este filó-

(1) «Aunque estos dos actos de imaginar y entender sean tan distintos, se mezclan siempre uno con otro». (Bossuet.—Obra citada, pag. 507). Hasta hay imágenes que no podemos formarnos sin el concurso del entendimiento. No es increíble, añade por otra parte Bossuet, que se ofrezca un acto puro de inteligencia en nuestra vida terrena, pero se requiere un espíritu elevado á alta contemplación, y sobrepuesto á todo lo visible.

sofo «que el entendimiento de sí no está sujeto á órgano corporal, y que es, por su naturaleza, separable (a) del cuerpo» (1).

Pero sobre todo, es sorprendente que se hable del cerebro que se fatiga con el *pensar*, después de la notable frase de Diderot: «Si un ciego se pusiera á filosofar, pondría el sitio del alma en la yema de los dedos, y muy probablemente, después de un esfuerzo de meditación profunda, experimentaría un dolor tan fuerte en los dedos, como nosotros lo experimentamos en la cabeza» (2).

Así, con la misma razón con que un materialista llamaría al pensamiento «función del cerebro», otro materialista lo llamaría «función de la mano» (3). Se sabe de la célebre sorda-muda-ciega Laura Bridgemán, que desarrolló extraordinariamente su inteligencia,

(a) El entendimiento es el alma, en tanto que conoce.

(1) Cit. por Bossuet.

(2) Cit. por Duilhé de Saint-Projet.—Ob. cit.

(3) Obsérvese que las imágenes *visuales* y *sonoras* del lenguaje ordinario, las recibe el hombre normal por sentidos que están en la cabeza. Al sordo-mudo-ciego puede decirse que se le *habla á la mano*, según frase del Abate Sicard, discípulo de L'Epée.

sin más ayuda que la de las sensaciones *tactiles-musculares* (1), y cuando estaba á solas *pensando* tenía siempre los dedos en movimiento. Si por un medio cualquiera se le hubiera paralizado el centronervioso que recibe las impresiones que corresponden á los músculos de la mano, indudablemente que Laura Bridgeman quedaba imposibilitada para *pensar* (2).

No nos sorprenderá ahora el hecho que entretenía tanto á Taine, y que habrá servido de argumento á tantos materialistas, de «un pobre hombre á quien su médico suprimía y volvía á restituir el pensamiento, con sólo

(1) Hoy se admite por algunos, además del sentido del tacto, el sentido *kinestético*, que nos informa de las sensaciones de posición y movimiento de nuestros miembros, y del peso y resistencia de los objetos. Puede verse *L'Imagination et ses variétés chez l'enfant*, por Queyrat, cap. VI.

(2) Un sordomudo, cuya historia ha relatado monsieur Fournié, escribió lo siguiente: «Aunque mis dedos y mis manos estén inmóviles, yo *siento* cuando pienso que se agitan; yo *veo* interiormente la imagen que producen, yo *siento que mi pensamiento se ejerce y se identifica con estos movimientos* que los ojos externos no ven».—(Cit. por Queyrat, *L'Imagination*, etcétera, 1893, París, cap. VI).

apoyar el dedo sobre una parte determinada del cerebro puesto al desnudo, como se haría sobre el botón de un cornetín de llaves» (1).

El dedo del médico, añade Bonniot, obra de un solo golpe sobre todas las partes del dominio de la imaginación, borra todas las imágenes, apaga todos los sonidos, es á la vez el silencio y la obscuridad absolutos.

Hay casos patológicos de parálisis de centros imaginativos, como en el referido por Bastián (2), de un individuo á quien preguntándole algo, ó diciéndole que repitiera una palabra, ó que leyera lo que había escrito, respondía un despropósito; pero si se le hacía escribir la respuesta ó la palabra repetida, lo hacía sin dificultad cuerdamente.

Había perdido por parálisis cerebral la memoria sensitiva de todas las imágenes, no siendo las *tactiles-musculares*.

Y, por último, terminaremos este capítulo, que puede intitularse: «Sentir no es pensar», con la hipótesis (teoría la llamaría la «ciencia ideal»), más racional y científica que hemos visto para explicar la sensación.

(1) Cit. por Bonniot.

(2) *Le cerveau organe de la pensée*, tom. II. Obra traducida del inglés.

El alma, por su unión con las moléculas materiales, las penetra de su vida, y ejerciendo sobre ellas una acción continua, les dá una manera de ser y una tonalidad determinadas. Esta vida no se percibe á sí misma, es inconsciente.

Pero la molécula material está sometida á las impresiones de las causas materiales, y estas impresiones, modificando el estado de las moléculas, necesariamente han de contrariar ó favorecer la acción continua del alma. La vida en la molécula se modifica; este cambio de estado se distingue: la vida resulta consciente.

La vida sensible, así modificada, produce, ó más bien se convierte, en las diversas sensaciones (1).

La *impresión* no es la *sensación*, es su principio. Modifica la corriente vital, y la obliga á revelarse á sí misma, como la corriente luminosa invisible en sí misma, se hace visible al reflejarse en los cuerpos opacos (2).

(1) *L'Ame et la Physiologie*, par le P. J. de Bonniot, S. J., Paris, 1889, pág. 63.

(2) Se ha intentado *medir* las *sensaciones*. Weber ha dado su nombre á la *ley* que dice: «Las sensaciones crecen como los logaritmos de las excitaciones». Se

La *sensación*, ni la *imaginación* (sensación continuada) son el entendimiento.

Las especies imaginarias, *phantasmata*, no pueden *evolucionar* hasta transformarse en especies inteligibles, *ideas*. Para elevarse á esta categoría, necesitan que obre sobre ellas una facultad del alma humana. «Esta facultad, para los escolásticos (1), es el entendimiento agente: verdadero mago que posee el maravilloso secreto de despojar á las especies sensibles de sus condiciones materiales, de quitarles toda la parte tosca que les impedía

ha deducido esta *ley* de experimentos ingeniosos, en los que se comparan las *excitaciones* producidas por pesos diversos, por *intensidades* distintas de la luz y del sonido, con las correspondientes sensaciones del tacto, vista y oído.

Nosotros diríamos, en primer lugar, que esto no es *medir* la sensación, porque la *unidad* no es de la misma especie, ni de la misma naturaleza siquiera que la *cantidad*.

Delbœnf, Honecker, Bonniot..., han hecho, además, ver la inexactitud de la *ley* de Weber. Porque no se ha tenido en cuenta la *fatiga muscular*, la influencia de la circulación de la sangre, el cansancio nervioso, la *atención* de la sensibilidad, etc.

(1) Véase Balmes.—*Filosofía fundamental*, tom. III, cap. VII.

ponerse en contacto con el entendimiento puro, transformando el grosero pábulo de las facultades sensitivas en purísima ambrosia, que pudiera servirse en la mesa de los espíritus».

Y para todo el que no sea sensualista, ahí está indicado el verdadero camino para explicar las relaciones entre los fenómenos intelectuales y el mundo sensible.

La filosofía de Kant no difiere en este punto de la escolástica (1).

Bien se puede concluir, pues, en nombre de la ciencia: «el sentir no es pensar».

Quien tenga espíritu de observación, y se haya rozado algo con algún darwinista fanático, habrá notado en este científicómano una emoción extraña. Es un amor latente hacia el animal (padre ó abuelo del hombre), que se distingue del de un asociado á la Protectora, en que es más triste, más filosófico, más científico. El de la Sociedad Protectora se ale-

(1) Así lo demuestra Balmes.—Obra citada, tomo III, cap. VIII.

gra únicamente con creer haber hecho una acción sólo reservada á los corazones magnánimos y generosos como el suyo, cuando evita que un desalmado carretero apalee bárbaramente al sufrido cuadrúpedo, por el delito de manifestar en algo su debilidad ó cansancio. El fanatizado *científico* se entristece en cambio, voluntariamente, con asistir á una exhibición de monos sabios, y hacer reflexiones sobre el innoble destino que, la despiadada Naturaleza, ha dado á aquellos séres, *hombres* como nosotros, sólo que han nacido demasiado tarde, para que la evolución salvadora los hubiera puesto en condiciones *psico-físicas* de presentarse en la sociedad humana. De esto á mirar á la familia á que pertenecen los simios como una *humanidad encantada* por algún mago maléfico, que se ha complacido en no dejar desarrollar el cerebro, para desenvolver, en cambio, la ridícula cola, el grosero *abazón* y la repugnante *callosidad isquiática*, á séres destinados á nacer hombres, no hay más que un paso.

Y el paso se hubiera dado si la ciencia no sale por sus fueros. Virchow, que no es ningún teólogo, por cierto, ha tenido la franqueza de decir ante un «Congreso de naturalistas

de Munich» (1): «No podemos enseñar, no podemos proclamar como una conquista de la ciencia, que el hombre descienda del mono, ó de cualquier otro animal».

¡Desencanto general!

Faltaba un golpe más terrible todavía. Wallace, presidente de la Sección biológica en la Asociación Británica, dice que «le parece verosímil que los más, sino todos, de los salvajes actuales, son los descendientes de razas superiores á ellos en cultura».

Otra autoridad en la materia, Max Müller (2), es más explícito todavía: «La idea de que el salvaje es una especie de conserva para nuestro uso, que ha llegado intacta hasta nuestros días á través de millares de años, para que pudiéramos estudiar el tipo original del hombre, es un sueño que no está fundado ni sobre los hechos, ni sobre la analogía, ni sobre la razón».

Cuando vaya llegando á noticia de los soldados de fila de la «ciencia ideal» este «desencanto», se irá viendo también desaparecer

(1) Citado por Tilmann Pesch, *Los Grandes Arcanos*, II, 219.

(2) *Le sauvage dans le siècle XIX*, 1885.

esa cronometría prehistórica, que «distribuye generosamente centenares y millares de siglos», entre las diversas fases de la era cuaternaria, como decía el eminente geólogo Lap-parent.

Porque este *dogma* del «tiempo, mucho tiempo», no tiene aplicación aquí, desde el momento que la ciencia declara *no ver* posible la evolución del animal al hombre.

Quizá se invente algo así como un tiempo que no sea tiempo, un tiempo falsificado, en una palabra. Pues si hemos de creer á Carlos Vogt, la «ciencia ideal» tiene facilidad para sustituir los *dogmas* que envejecen. «En lugar de abandonar este dogma (el supuesto paralelismo entre las metamórfosis embrionarias y las de las especies), ya insostenible, dice, se ha inventado otra cosa más insostenible todavía si es posible. Se habla de embriogenia falsificada. ¡Pobre lógica, cómo se la tortura! ¡La naturaleza que se falsifica á sí misma! (1).

Y perderá también mucha parte de sus pretensiones ese materialismo que *se lo explica todo* por movimientos de átomos. Porque mientras se inventa el *dogma* que haya de expli-

(1) *Quelques hérésies darwinistes.*—Cit. por Duilhé.

car la aparición del alma humana en el escenario de la naturaleza, quedan indefensos los viejos *dogmas*, y se le podrá estar repitiendo impunemente «á los de la ciencia al revés» la frase de Leon Fredericq: «Es radicalmente imposible explicar por combinaciones de átomos en movimiento, por qué el acorde perfecto *do, mi, sol* me agrada, y por qué el contacto de un cuerpo encendido me hace daño» (1). Y la afirmación de Taine (2), compa-

(1) *Elements de Physiol. humaine*.—Ya antes había dicho Tyndall: «¿Cuál es la relación entre el estado físico y los hechos de conciencia? El abismo que existe entre estas dos clases de fenómenos será siempre intelectualmente infranqueable. Admitamos que el sentimiento *amor*, por ejemplo, corresponda á un movimiento en espiral diestra de las moléculas del cerebro, y el sentimiento *odio* á un movimiento en espiral siniestra. Sabríamos que cuando amamos el movimiento se produce en una dirección, y cuando odiamos, en otra, pero el por qué quedaría sin respuesta todavía.—(*Revue Scientifique*, Nov. 6, 1875).

(2) *La Inteligencia*, tom. 1, página 354.

(Hallamos estas citas en los *Estudios biológicos* de Vincent).

Si pasamos á los dominios del entendimiento, el abismo es más infranqueable todavía.

Nos limitamos á consignar estas frases de Bonriot: «Una noción universal, genérica, por ejemplo la de un

rando el movimiento á la sensación: «No podemos convertir una de ambas concepciones en la otra...: el análisis en vez de estrechar el in-

olivo, contiene todos los olivos pasados, presentes y futuros, existentes y posibles. No puede concebirse que haya células suficientes, que siempre han de ser en número limitado, para encerrar la noción en toda su extensión ilimitada... Por último, una de las formas de la actividad cerebral, la atención, no puede ser movimiento molecular simplemente, porque es libre, porque es dueña de sí misma, porque manda en los movimientos del cerebro.—(*L'Áme et la physiologie*).

El 26 de Agosto de 1894 al inaugurarse en *Valle-rangue* (Gard) el monumento dedicado á Quatrefages, el eminente adversario del evolucionismo, pronunció un discurso Milne-Edwards, del cual tomamos el siguiente notable párrafo: «Las teorías de Lamark y de Darwin han sido aplicadas al conjunto de los fenómenos que pasan sobre nuestro globo. La concurrencia vital, con la derrota y aniquilamiento de los débiles ó mal armados, y la victoria de los que son fuertes, parece suficiente para explicarlo todo, más bien, para preverlo todo. Es el reinado del determinismo, cuyos principios, si pasasen del dominio de las cosas materiales al de las cosas morales y sociales, harían retrogradar á la humanidad, y la despojarían de las cualidades que ha adquirido poco á poco. Pronto se vería la fuerza sustituyendo al derecho, la violencia á la justicia, el egoísmo á la caridad, la esclavitud á la libertad. Esta doctrina desalentante daría

tervalo que las separa, parece ensancharlo hasta el infinito».

Hoy como ayer, para la ciencia «está intacto el misterio de la humanidad», podemos decir con Cartailhac; y como Quatrefages, sobre estas cuestiones, podemos decir también: «*Je ne sais pas*».

frutos amargos, si la ciencia verdadera no viniese á demostrar lo que aquélla tiene de falso y peligroso, y no tomase el partido de la conciencia, esta potencia que la alta cultura intelectual desenvuelve y hace irresistible».—(*Revue de la Science Nouvelle*, 1.º Octubre 1894).

CAPÍTULO V

EL HADO

Sumario: «En nombre de la libertad de pensamiento declaramos que no hay libertad».—La *marionnette*.
—Trinidad humana.

SE observa en las acciones del hombre «la preferencia después de haber deliberado» (1).

Esta facultad de *querer* libremente, no la admite la «ciencia al revés». Habiéndose dicho, con razón, que «la ciencia había tomado

(1) Adoptamos esta definición de *libertad*, según Laromiguière, como puede verse en el *Manual clásico de Filosofía* de Servant Beauvais, quien la apoya en razones convincentes y en autoridades respetables, como Bossuet.

cargo de almas», á nadie extrañará que en el estudio de los átomos y las células, hecho por la «ciencia ideal», haya un capítulo destinado á demostrar que el hombre no es libre, y que, por lo tanto..... debe absolvérsele de sus culpas y pecados, porque no es responsable de ellos.

Y es extraordinaria esta negación en los neosabios. Porque ante el problema del *pensar* no negaron el pensamiento, *sólo* negaron que fuese privilegio del hombre. Ahora podían haber hecho lo mismo, y sin dificultad hubieran *probado* que en los animales *había voluntad* libre, y hasta en las plantas y minerales, «en la hoja y en el grano de arena».

Pero hablar de libertad en las acciones es hablar de responsabilidad moral. Y esto suena así como á deberes, obligaciones, sacrificios. Y estas cosas no son compatibles con el egoísmo, á que se reduce toda la religión de los neosabios de la «ciencia al revés».

Es más, la *ciencia* que tomó á su cargo las almas, no podía menos de hacerse esta reflexión: admitida la libertad, hay una infinidad de hombres que mueren sin haber recibido el premio ó el castigo que han merecido sus acciones. ¿Cómo la sabia Naturaleza iba á de-

jar esto así?..... Pero «la eternidad en perspectiva dá escalofrío».

Se le podrá añadir á esa *ciencia*: es que admitida la facultad de *deliberar* en el hombre, supuesta en él la capacidad de conocer lo que es *preferible*, no se comprende por qué se le ha de quitar en sus acciones «la preferencia después de haber deliberado». ¿Es que la Naturaleza, la sabia Naturaleza, se entretiene en jugar con el hombre, con el sér que le ha costado una *evolución* de billones de billones de siglos para criarlo?

Y para los que reconocen por Dios á la Naturaleza, es una blasfemia el sospechar siquiera en la existencia de ese juego.

Por otra parte, si el hombre es el «último grado de la evolución orgánica» por su inteligencia, ¿qué otra cosa hay en la Naturaleza superior á él, para que le usurpe el derecho á dirigir sus acciones?

Esto únicamente sería imaginable entre los que admitimos un Dios personal, infinitamente sabio, y justo, y poderoso. Pero en el *Dios-mundo*, en el *Dios-conjunto*, *Dios-abstractión*, *Dios-irrevelable*, *Dios-nada*, es un absurdo.

Además ese *Dios multitud*, *Dios reunión*

de séres, que *me fuerza* á cometer una acción contra lo que me dicta mi entendimiento, que es la luz que él mismo me ha dado para guía, tendrá indudablemente una *razón* universal, recibida por sufragio de entre todas las razones individuales que componen al *Dios*. ¿Y quién es el que hace el escrutinio? ¿Quién es el que compulsa esos votos? ¿Cómo sabemos que no ha habido coacciones?

La *elección*, con perdón de su divinidad, resulta poco seria. Es, además, irracional, porque se hace inconscientemente por todos los electores. Y se convierte en *bufa*, porque no hay libertad para emitir el voto.

Es otra vez la Naturaleza que juega á los votos, entreteniéndose, después de haberse determinado á una acción, en distribuir la determinación del todo, como suma algebraica de las determinaciones de las partes. Cuidando solamente de que el número de votos que haya de dar en *pró* sea por lo menos la mitad más uno de los que haya de dar en *contra*.

Y entre paréntesis, diremos imitando una frase célebre, que la Naturaleza debe de ser muy niña cuando se entretiene en estos juegos todavía.

Dejemos la palabra, en corroboración de

lo dicho, á los que niegan la libertad del hombre.

«No se debe preguntar, dice Mr. Ribot, por qué un *yo quiero* puede hacer mover nuestros miembros. Es un misterio que no há lugar á dilucidarse porque no existe, porque la volición no es causa en ningún grado». «La volición no es causa de nada». «Porque el trabajo psicofisiológico conduce por una parte á un estado de conciencia la volición, y por otra á un conjunto de movimientos ó decisiones» (1).

«Al hombre, ha dicho un materialista, la necesidad le *arrea*, y así anda la bestia» (2).

Se ha fundado todo un sistema filosófico, *el determinismo*, que niega la libertad humana, y cuyo lema es: «Todo fenómeno es *determinado* por las condiciones de las causas que lo producen».

La poesía de la «ciencia ideal» no podía menos de prestar también aquí sus imágenes y metáforas. Y si recordamos lo de aquella *célula*, que por su irritabilidad, á la manera

(1) Véase Bonriot.—*L'Áme et la physiologie*, pág. 348.

(2) Citado por el P. Felix en sus célebres *Conferencias*.

de los cuerpos explosivos, daba origen al pensamiento como función química, y *transformaba* las sensaciones en ideas, por una especie de *fiat* atomístico omnipotente, veríamos también que las ideas, acumulándose en las profundidades (!) de la inteligencia, y aumentando la energía cerebral latente, *concluían* por transformarse en fuerzas excitatrices, en voluntad, explosión final (1).

Pero dejando á un lado á los Julios Vernes de la fisiología, y atendiendo á los sabios que hacen profesión de no admitir más que verdades *positivas* y *experimentales*, veremos.... que no nos enseñan nada. Es más, están imposibilitados de enseñarnos nada en la cuestión de la voluntad humana. Debieran inhibirse en esta cuestión, como en muchas otras. El *positivista* que sepa por qué se llama así, y quiera de veras practicar sinceramente su *sistema*, cuando le pregunten si existe ó no la libertad humana, debe responder solamente: «*Ignoramus, et ignorabimus*». Todo lo demás que diga son palabras, palabras y palabras.

Palabras: apoyarse en la verdad de que «la suma de energías en un sistema entrega-

(1) Richet.—*Essai de psychologie generale*.

do á sí mismo, es constante» para deducir que en el Universo no existen fuerzas *anteriores, exteriores ni superiores* (1), como si alguien se *hubiera atrevido* á demostrar que el Universo es un sistema entregado á sí mismo.

Palabras: negar *a priori* la volición como causa, para *deducir* después que el alma es una «fuerza inútil, incapaz de actuar jamás sobre una molécula material».

Y palabras: fundarse en la teoría mecánica del calor, y en la famosa fórmula matemática de que habló Laplace (2), para venir-

(1) En cambio, Mr. Ribot, nos dá tres grupos de estados *conscientes, subconscientes é inconscientes*, que todos reunidos, se *transforman* en la volición.

(2) «Una inteligencia, dijo Laplace, que en un instante dado conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza, y las situaciones respectivas de los séres, si era además bastante vasta para someter sus datos al análisis, abrazaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del Universo, y los del más ligero átomo. Nada sería incierto para ella, y el porvenir como el pasado, estaría presente á sus ojos».

Aquí, para todo espíritu despreocupado, se ve la expresión de una verdad científica si sólo se habla de las fuerzas que componen un sistema mecánico como el Universo físico. Pero se ve simplemente un sofisma, en querer apoyarse en esa proposición para *de-*

nos, en *fin del siglo XIX*, á hacernos creer en el Hado (1).

¡El librepensamiento creyendo en el Hado!

Y más palabras todavía: hablar de que nuestra supuesta libertad es una *ilusión*, y que nos engañamos al creernos *causa* de algo, en un siglo en que se proclama como conquista del progreso la *libertad* del pensamiento. «No cabe escarnio mayor, dijo el P. Felix, de nuestros antojos liberales, y de nuestros sueños de emancipación».

El colmo: «En nombre de la libertad del pensamiento, declaramos que no hay libertad».

ducir (?) de ella que no hay en el Universo fuerzas *anteriores superiores* ni *exteriores* á las del sistema mecánico.

Es el absurdo de siempre: examinar la maquinaria de un reloj, *comprender* su mecanismo de ruedas dentadas, muelles, volantes y manezuelas, cuyo resultado *fatal*, científico, ha de ser marcar la hora, y concluir diciendo: esto me demuestra que no ha habido relojero ¡.....!

(1) *Hado*, destino, fatalidad. Serie de cosas tan encadenadas, que en sentir de algunos filósofos gentiles, tenían que producir su efecto.—(*Diccionario de la lengua castellana*.—Campuzano).

¿Qué es el hombre?

Hé aquí una cuestión que hasta ahora, y desde la creación del mundo, á todo filósofo serio, mucho más al simple mortal, ha debido hacer entrar en profunda reflexión antes de responder. Nadie tenía derecho á sospechar que al finalizar el siglo XIX, pudiera un niño de nuestras escuelas, alcanzar con desahogo y exactitud la contestación á la honda pregunta.

¿Por la Fe? se dirá.—¡Horror! ni mentarla. Por la *ciencia*. La *Ciencia* que ha venido á sustituir á la Fe.

Según la teoría *científica* de que hemos hecho mención en el anterior artículo, se deduce, que el hombre es una máquina, que se hace la ilusión de que es causa de sus movimientos, de los cuales tiene conciencia; ó bien que las máquinas son hombres cuyas *voliciones* son nulas.

La cosa no puede ser más sencilla, ni más clara. La voluntad humana, la facultad de querer, lo que creíamos prerrogativa honrosísima del hombre, el poder semi-divino, único en la naturaleza, de ser dueño de sus acciones, no es nada. Esto es chocante. Es preciso darle forma oratoria, y sobre todo *ciencia*.



tífica, así se dirá: «es el mundo exterior que entra en nosotros bajo la forma de excitaciones sensoriales; y es el mundo exterior, modificado, repercutido por el conflicto íntimo con los tejidos que atraviesa, que sale del organismo y se refleja al exterior en manifestaciones variadas de motricidad voluntaria».

Después de estas declaraciones solemnes, dichas *ex cathedra* por los maestros directores del pensamiento humano, el hombre queda reducido, como dice con gracia De Bonniot, á una *marionnette* perfeccionada.

La *volición*, ya lo hemos dicho, no es más que el fenómeno final de una de las dos series paralelas de movimientos en que se bifurca el trabajo psicofisiológico.

Y ese «estado final de conciencia» no sirve, *por lo visto*, más que para darnos la satisfacción de hacernos creer que somos dueños de esos movimientos de que tenemos conciencia. A este fin se recuerda una reflexión que se hacía Leibnitz, de que si la brújula tuviera sus oscilaciones conscientes, creería que se dirigía libremente hacia el Polo.

La voluntad se dice (como si se hubiera visto), obedece fatalmente al *motivo* más fuer-

te, como resultante mecánica de un sistema de fuerzas, también mecánicas. Solamente podrá mi voluntad querer lo contrario, si en el instante de la elección, «pensase y sintiese de otra manera», lo dice Mr. Fouillée. La condición de la *otra* voluntad estaría en *otras* ideas y *otros* sentimientos.

Ante esas afirmaciones magistrales, nos vamos á permitir manifestar tres dudas.

Primera: no acabamos de creer que la *volición* sea un *efecto* inútil, y que la naturaleza, después de una evolución de billones de siglos, se nos venga con una «explosión final», que, ni la rueda de fuego de una sesión piro-técnica: deslumbramientos, disparos, chispas, humo, nada.

Segunda: no se trata de saber si la brújula *consciente* se creería libre, en su movimiento hacia el Norte, sino de averiguar si sería dueña de dirigirse hacia el Oriente, por ejemplo. Así, de un hombre que comete una mala acción, falto de juicio accidentalmente por el vino ó por la pasión desordenada, se dice que no es dueño de sus acciones, porque claramente se ve que falta allí el principio *director* de los movimientos, y, sin embargo, no cabe duda que el beodo, ó el apasionado, se *sienten*

en esos momentos con más energía, con más *voluntad*, con la embriaguez del que satisface *su apetito* más cumplidamente que en los casos ordinarios.

Tercera: «sólo podría mi voluntad querer lo contrario si pensara y sintiera de otra manera»; pues bien, yo pienso y siento de determinada manera en un asunto, y me decido á obrar en el sentido..... que me indique una bola blanca ó negra sacada á la suerte. ¿Qué *determinista* se atreve á poner en ecuación el color de la bola *elegida* por la suerte, con las *ideas y sentimientos* de mi *antecedente actividad*?

Terminemos con un ejemplo de acto libre confesado por todos: «El mártir cristiano (copiamos de Bonriot) en medio de los tormentos es solicitado por el dolor con una violencia espantosa á la apostasía, en el momento mismo en que su voluntad se pronuncia enérgicamente por su fe...» Es el acto libre de «la voluntad viviente é iluminada que elige entre dos objetos conocidos».

Y esta *determinación libre* del mártir, que la Iglesia católica *premia* con el honor de los altares, la admiten, la confiesan todos los que tienen conocimiento del martirio: las almas

nobles en la admiración y amor; las almas innobles, de los verdugos y sus secuaces, en la indignación y el odio.

Todos ven al sér extraordinario, que triunfa de los *motivos* fortísimos del dolor; que *merece*, el premio según unos, el castigo según otros; que es libre, que vence, que se domina á sí mismo. Una cosa así como la *antiresultante* de un sistema de fuerzas mecánicas.

Sin pretensiones de síntesis filosófica, que hecha por nosotros resultaría «ajena de invención, menguada de estilo», como diría Cervantes, nos permitimos cerrar este capítulo, último de los que se refieren al estudio del hombre, con la exposición de un cuadro de lo que, se nos antoja á nosotros, debiera ser la Antropología.

Tres *libros* que tratasen de los tres elementos esenciales de la naturaleza humana: el ser, el conocer, el querer; tres *capítulos* en cada *libro*, que dividiesen la afirmación contenida en éstos, en las tres partes del juicio, sujeto, verbo y predicado; tres *artículos* en cada capítulo, que estudiasen la materia contenida

en éstos, bajo los tres puntos de vista, del ser, del conocer y del querer: este es el plan.

Se nos objetará fácilmente señalando los defectos de nuestra obra, pero difícilmente se podrá negarla luz que irradiaría sobre el problema del *nosce te ipsum* esa idea dominante de la *trinidad humana*, sello de la imagen y semejanza de Dios impreso en la criatura racional y libre.

El alma humana *es sér* (1), *es pensamiento, es voluntad; conoce que existe, piensa en su propio pensamiento, tiene conciencia de que es voluntad; ama su existencia, quiere pensar, quiere su propio querer. Es porque conoce* (2), *es porque quiere* (3); *conoce porque es, conoce porque quiere* (4); *quiere porque es, quiere porque conoce* (5).

Hé aquí el cuadro:

- (1) Como participación de *El que Es*: Dios.
- (2) Principio de Descartes: *cogito ergo sum*.
- (3) Maine de Biran elegía la *volición libre* como implicando la existencia del yo.
- (4) «No se *quiere* nada que no se pueda decir por qué *razón* se quiere» (Bossuet).
- (5) Ya hemos hablado de la razón de justicia y conveniencia, que pide se dé la facultad de *preferir*, al sér que se le ha concedido la de *deliberar*.

LIBRO PRIMERO.—SER

CAPÍTULO PRIMERO.—El vidente (1)

Artículo 1.º El sentido.

Art. 2.º La cabeza.

Art. 3.º El corazón.

CAP. II.—La presencia del sér

Art. 1.º Belleza (2) sensible.

Art. 2.º Belleza intelectual.

Art. 3.º Belleza moral.

CAP. III.—Predicado del sér

Art. 1.º Viviente.

Art. 2.º Racional.

Art. 3.º Libre.

(1) Hemos aceptado esta palabra, porque para significar que el hombre se ha puesto en relación con la existencia, está admitido decir que *la siente*, *la ve*, por los *objetos*, por las *ideas*, por los *sentimientos*.

(2) «Conocer las realidades de las cosas, dentro de su naturaleza, es conocer sus grados de belleza».—(Sánchez de Castro, *Literatura general*).—«La belleza no consiste más que en el orden» (Bossuet).—El orden es la perfección del sér. La belleza finita es el sér, en cuanto por su perfección proclama una causa inteligente y ordenadora.

LIB. II.—CONOCER

CAP. I.—El sujeto pensante

Art. 1.º Memoria (1).

Art. 2.º Entendimiento.

Art. 3.º Voluntad (2).

CAP. II.—El verbo (3)

Art. 1.º Verdad objetiva.

Art. 2.º Verdad en el entendimiento.

Art. 3.º Verdad en la voluntad (4).

(1) Se puede considerar como la manifestación de la permanencia del sér en el hombre. Sin la memoria, el hombre no tendría *conocimiento* de su pasado; su existencia le sería conocida por las pulsaciones momentáneas y fugaces del pensamiento, ó de la volición. Su vida intelectual estaría limitada al presente, y el presente es el cero, lo infinitamente pequeño, para los séres que viven en el tiempo.

(2) «Hay operaciones intelectuales del entendimiento y de la voluntad» (Bossuet).

(3) Nuestros juicios envuelven una afirmación general: «Esto es». El *verbo*, la palabra por excelencia, renace á cada instante en nuestro espíritu. De Bonriot lo califica, pues, con exactitud, cuando llama al *verbo* «la pulsación de la vida intelectual».—Obra citada, pág. 246.

(4) Lo bueno es lo verdadero para la voluntad.

CAP. III.—Fin del conocimiento

Art. 1.º Nuestro existir.

Art. 2.º Nuestro pensar.

Art. 3.º Nuestro querer.

LIB. III.—QUERER

CAP. I.—El sujeto

Art. 1.º El instinto (1).

Art. 2.º El apetito racional.

Art. 3.º El apetito sensitivo.

CAP. II.—Modos del querer

Art. 1.º El bien como realidad.

Art. 2.º El bien como idea (2).

Art. 3.º El bien como deseo.

(1) Lo tomamos en la significación de «acción creadora perpetuada».

(2) Puesto que la voluntad se ha de regir por la razón, es claro que el bien á que aspira se le presenta primeramente como *idea*, á la que da la «preferencia después de la deliberación».

CAP. III.—Término de la acción

Art. 1.º Existencia.

Art. 2.º Ciencia.

Art. 3.º Felicidad (1).

(1) Felicidad es también lo que busca el *instinto* en la *existencia*, y el *entendimiento* en la *ciencia*, en la posesión de la verdad. Sólo Dios, el *Sér* que es la *Belleza*, la *Verdad* y la *Bondad* absolutas, puede constituir la felicidad de un *sér* que *conoce* y que *ama*, como el hombre.

CAPÍTULO VI

LA ORDEN DE CABALLERÍA

Sumario.—A desfacer entuertos.—El estanco del azúcar.—El misionero-máquina.—¿Al Paraíso ó al Averno?

CONCLUÍDO que há con el hombre la científicomania (1), va á *concluir* también con la humanidad, esto es, con el desorden que reina en la humanidad, víctima todavía de añejas preocupaciones. Sale á desfacer entuertos, mas se encuentra con magos y encantadores que estorban su plan.

(1) Ha *resuelto*, como hemos visto, los tres problemas de la existencia, del entendimiento y de la voluntad del hombre.

Todo lo cual, traducido al lenguaje que usamos los *profanos*, quiere decir que aún existe en los pueblos (*et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*) una fuerza misteriosa, que aparta á los espíritus de los abismos del error, y que á despecho de todas las filosofías que pasan por la historia, regula la conducta humana, sometiéndola á un código de moral, que, grabado hace más de treinta siglos en las Tablas de Moisés, lo había sido antes en el corazón del primer hombre por el Legislador supremo, Dios.

Hoy se predicán absurdos monstruosos, se propagan sin obstáculos teorías las más extravagantes, se sientan abominables doctrinas, sin que la humanidad en masa se levante á protestar, como debía esperarse; pero que se intente llevar á la práctica la menor consecuencia lógica de los principios del error, que los pueblos *vean* lo que es una de esas teorías realizada, y entonces, como no debía esperarse, una inmensa *resistencia pasiva* (cuando menos) aísla al innovador, al que ya puede llamarse Caballero andante de la ciencia, y por sobrenombre el de la Triste figura.

«Y es que el cristianismo, dice un distin-

guido escritor (1), no es una palabra vana: es una influencia activa y eficaz que ha modificado las costumbres; y sus máximas, su eficacia, no se borran del corazón, ni de la sociedad, con un silogismo, ó con un delirio, que no reconoce algunas veces más origen que el deseo de singularizarse; es que hay un progreso real, incontrastable, invencible, y en el corazón del ciudadano moderno la convicción profunda de que es una insensatez luchar contra él, sin caer, no sólo en el ridículo, sino en la imposibilidad de la vida social».

Y esta es la *añeja preocupación*, contra la cual vanamente se indigna el librepensamiento, y más vanamente todavía lucha contra ella.

¿Qué es lo que impide si no el llevar á la vida social todas las consecuencias prácticas de lo que se ha *cientificado* con el hombre?

Que el hombre no tiene libertad, que es irresponsable, ¿por qué no se cierran las cárceles, y se podría llamar á las naciones presidios sueltos, con toda propiedad?

(1) F. Picatoste.—*El Universo en la ciencia antigua.*

¿Es que la sociedad tiene que defenderse de sus miembros peligrosos, y desembarazarse de los inútiles? Pero es una crueldad imponer un castigo á un sér irresponsable. Además, es anticientífico tratar al hombre «último grado de la evolución orgánica», que ha costado á la Naturaleza billones de siglos, como se trata á un perro furioso que se encierra en la cuadra, ó á un gato agostizo que se echa á la basura.

Por último, á un sér á quien se le enseña que su alma deja de existir con su cuerpo, que no tiene más vida que ésta; si ese sér se encuentra con que no tiene parte en el banquete social, si sufre cuando los demás gozan, teniendo el mismo derecho á la vida, ¿en nombre de quién, si se le ha quitado ya á Dios, se le impone silencio? ¿Con qué derecho se le maniata para que no pueda alcanzar el pedazo de pan que le corresponde?

¿Es por la ley de las mayorías por la que debe sacrificarse? ¡Pero si la mayoría es la que sufre!

¿Se le dejará suicidarse á un sér que no tiene nada que esperar de esta vida ni de otra? No, porque es necesaria su presencia para el equilibrio del sistema social. Es una

fuerza concurrente que no es conveniente eliminar.

¡Esto es lo horriblemente inhumano, hecho todo en honor de la humanidad!

Pero no hay que asustarse, este ruido no es nuevo, es la «contradicción que cruje», como decía el P. Felix. Es la *antítesis* entre la «vida ideal» de la científicomanía, y la «vida práctica», entre el D. Quijote y Sancho de la novela de la ciencia.

El Caballero Andante, de la científicomanía, no tiene nada que ver con las víctimas que produciría la realización de sus teorías, y menos le detienen las contradicciones que le hace notar la *indocta* humanidad, que le representa á su escudero. Mora en las ideales regiones del pensamiento, donde todas las aventuras son incruentas, y recorre las fantásticas esferas de la hipótesis, donde á la lógica no se la oye.

De ahí que los que pisamos la real y prosáica tierra, que nos cupo en suerte habitar, no nos enteremos del valor y precio de esas altas aventuras, y permanezcamos en aquella ignorancia, que es gaje y condición de «no haber sido armados caballeros».

Fuerza es que los mismos adalides se con-

viertan en historiadores de sus propias hazañas, y apologistas de sus propios triunfos.

Como veremos en el artículo siguiente.

El triunfo capital, resumen y síntesis de los alcanzados por el *negativismo* en esta materia del gobierno de la humanidad, pertenece por entero al Ministerio de Hacienda, es del orden rentístico: el *estanco del azúcar*.

El vicio y la virtud, se ha dicho, son productos como el vitriolo y el azúcar. La moral de todas las religiones positivas, dice el negativismo, incluso la moral pura, la moral divina del Evangelio, reconocida insuperable hasta por los no creyentes, es inmoral, comparada con la moral nueva.

En ésta, pues, solamente se *produce* y *expende* la virtud.

El *negativismo* ha estancado el azúcar. El vitriolo se deja al libre curso.

La nueva moral es tan austera, que empieza por acusar á la moral cristiana de «santificar el placer» con la felicidad prometida en el cielo, y tan humanitaria, que acaba por acusar á la moral cristiana de «condenar el placer», porque aconseja la mortificación.

¿Pero es que no saben lo que es el cielo, ni lo que es la mortificación cristiana? Porque el cielo es el orden supremo, la suprema belleza en su esplendor, Dios presente al hombre en visión intuitiva, el orden consumado, ante el cual, el sér que *siente*, que conoce y que quiere, no puede menos de gozar, de ser feliz, porque ha conseguido la perfección, el fin de su existencia. Si esto es «santificar el placer», santificado sea. Ningún motivo moral, ninguna razón filosófica, ningún hecho científico, pueden oponerse á esta *santificación*.

Es que, como el cielo supone el infierno, los que se llaman de la «moral desinteresada», comparan al cristiano con un *cobarde* que no roba *únicamente* por temor á la justicia humana, por miedo al presidio. Pero afirmar esto es demostrar ignorancia plena de lo que es la moral cristiana, es declarar que no se ha leído nunca, ni se ha oído leer jamás el Evangelio. Baste decir que en la ley divina del cristiano, el que no quiere pecar *únicamente* por temor del infierno, viola la ley y *merece* el infierno. Porque es la demostración implícita de que no ama á Dios, y el que no ama á Dios *anathema sit*, podemos decir con San Pablo.

El verdadero motivo de la acción moral es la observancia de la ley: «el temor del infierno es una incitación á buscar aquel motivo, á preferirlo, á abrazarlo» (Bonriot).

No hay temor santo si no está contenido en el «Temor de Dios» que: «es un Dón del Espíritu Santo, que nos inspira respeto amoroso á Dios, y por el cual tenemos desagradarle» (Catecismo de Pouget).

Por donde se ve que la *cobardía* del cristiano que cumple su ley, es tan verdad como la *valentía* del insensato que hace alarde de no tener «Temor de Dios». Si éste sabe lo que dice es un réprobo, un espíritu innoble, é incapaz, por lo tanto, de un sentimiento generoso, como supone el valor, de que cree estar poseído; y si no sabe lo que dice, es como el niño, que *no teme* al fuego.

La misma razón que la «moral nueva» ha tenido para ver en el cielo cristiano una santificación inmoral del placer, la ha tenido para ver en la mortificación cristiana una santificación inmoral del dolor. Y esta razón, con perdón de los *sabios*, es la ignorancia. Ignorancia culpable, porque no se comprende que quien ha llegado al grado de cultura que se necesita para poderse llamar *sabio*, no haya

podido enterarse todavía de la Doctrina cristiana, á la cual se propone combatir.

Cierto que ninguna filosofía humana puede explicar satisfactoriamente la conveniencia y la necesidad del dolor, pero el cristianismo no es una filosofía, y sólo el cristianismo puede presentar millones de seres que se mortifican, con conocimiento, voluntad, y gozo en la mortificación. Un hecho inmenso se ha necesitado para ese milagro: Dios en la cruz.

Dicen que un estóico, Posidonio, declaraba, en medio de agudos dolores, que jamás confesaría que el dolor era un mal; pero otro estóico, Dionisio de Heráclea, decía: «No puedo aguantar el dolor á pesar de la filosofía, luego el dolor es malo».

También Arcesilao, precursor de los estóicos, atormentado por fuertes dolores reumáticos, decía sonriendo, y señalando á los piés y á las manos: «Nada pasa de aquí». Pero esto enseña mejor que nada, á nuestro pobre juicio, la diferencia esencial entre el sufrir alegre del estóico, y el del cristiano. Este siente en su naturaleza el dolor, y no lo niega que llegue hasta el alma, lo acepta (conformidad) por un acto de dominio de su volun-

tad sobre su apetito sensitivo, *renuncia* á sí mismo en Dios, á quien debe honor y sacrificios; el estóico, siente el dolor, intenta negarlo sonriéndose, lo rechaza haciendo una separación en su naturaleza, «nada pasa de aquí», *se mutila* á sí mismo en soberbio y absurdo honor de sí mismo.

Medítese y dígase con imparcialidad dónde está aquí la virtud, mientras en el artículo siguiente vemos en qué se funda la científico-manía para querer monopolizar esa misma virtud, para *estancar el azúcar*.

Antes de nada, si no hemos de cerrar los ojos y pasar por todo, urge aclarar una cuestión. ¿No hemos quedado en que la *ciencia* demostró que en el hombre no existe libre albedrío? ¿Con qué derecho (no nos atrevemos á decir con qué vergüenza), se nos viene, en nombre de la *ciencia*, á dar lecciones y consejos de moral? Suprimid la libertad, y todo queda reducido á movimientos inflexibles, á fenómenos mecánicos. «El hombre entonces tiene justamente la moral del guijarro», dice Bonriot.

Dejadnos, pues, con la moral del guijarro. Un crimen es la resultante de un sistema mecánico de fuerzas. El criminal, la piedra que cae, que cae en presidio.

Esto da miedo, repugna al espíritu. Pero es lógico en el determinismo puro. Todo está determinado, la sociedad, la humanidad, ó la naturaleza, como se quiera decir, llevó fatalmente á ser sujeta con esposas, á la misma mano que había llevado antes á hundir un puñal en el corazón de un inocente.

Si hay absurdo en castigar al delincuente, no admitiendo el libre albedrío, no lo hay menor en censurar al juez que le impuso la pena, ó al legislador que hizo el código. La mano que firmó la sentencia, como la que redactó la ley, como la que asió el puñal homicida, estaban *determinadas* en sus movimientos por el irresponsable, ciego, inflexible y fatal mecanismo del sistema de fuerzas del universo.

Laisser faire, laisser passer debiera ser el lema de los científicomanos, en materia de moral. Meterse todavía á misioneros láicos, es sencillamente una necesidad.

¿Qué decimos *meterse á misioneros*, si el consejo moral es una fuerza motivo que es-

taba ya en la corriente del sistema como resultante de fuerzas antecedentes?

No cabe ni la satisfacción del que *ha querido* obrar bien. Vuestro cerebro, que transmite un consejo, tiene el mismo mérito que la piedra con que tropieza un cuerpo pesado que cae, podemos manifestar al *misionero*, con palabras de Bonriot. Y decirle también con este mismo pensador: «¿Quién nos garantiza que después de haber recomendado la probidad no recomendaréis el vicio?» (1). No os hagáis ilusiones: sois máquinas parlantes. Ni tenéis derecho á que se os oiga, ni menos á que se os obedezca. El que obra contra vuestra moral, como el que obra conforme á ella, estaban *determinados* á hacerlo, según vuestra teoría. Lo mismo viene aquí la censura ó la alabanza, que en una máquina, porque andan unas ruedas de izquierda á derecha, y otras de derecha á izquierda.

Pero oigamos al disparatado *misionero-máquina* sus excusas. Él nos dirá que no habla por cuenta propia, que sus palabras estaban *determinadas* por los *motivos-fuerzas* antecedentes, que es la naturaleza la que habla por

(1) Ob. cit., pág. 473.

su boca. Después de todo, nada más natural. Se trata del «último grado de la evolución orgánica», de la «materia hecha consciente», racional y parlante. Ahora ó nunca, se revelará la *divinidad*.

Pues bien, oyendo á los pontífices legítimos de la «ciencia al revés», guardadores del depósito de la «fe librepensadora», y definidores de los «dogmas variables y progresivos» de la evolución intelectual, resulta que es necesaria una reforma *científica, racional y humana* en los códigos de la moral que hoy rigen en las naciones que se tienen por civilizadas.

Que la naturaleza no puede consentir por más tiempo que la sociedad, á sangre fría, por infundada defensa propia, haga sufrir en las cárceles, y hasta tenga la crueldad de hacer perecer en los patíbulos á millares de infelices *socios*, merecedores más bien de protección, de defensa, de cariño. Que el criminal no es malo, es enfermo, es la fuerza desequilibrada del sistema, es la rueda desatornillada de la máquina. Médicos, mecánicos y *atornilladores*, en vez de jueces, carceleros y verdugos. Hé ahí la última palabra de la «ciencia al revés» en el código de la moral.

Pero hay quien asegura que esto no es más que un paliativo para la enfermedad social. Que los *doctores* nos ocultan la gravedad del mal. O lo que es lo mismo: que se callan la no existencia del remedio. Que la doctrina esotérica es otra.

Y, como nunca faltan indiscretos que lo divulguen todo, no ha podido guardarse el secreto por más tiempo. Ello es que la *ciencia* acabará por acudir, en la curación de los miembros podridos de la sociedad, al vulgar y socorrido medio de la amputación. Y habrá de cerrar los ojos ante el derecho á la vida del miembro separado y muerto. Y los oídos, ante la cantinela del *laissez faire, laissez passer* determinista, que como remordimiento de conciencia, ha de perseguirla á todas horas.

Ya decía Clemencia Royer, que era una «protección absurda» la que se concedía á los débiles, á los achacosos, á los incurables, á los malos. Hæckel tiene por incorrecta la *cria medicinal* de hombres, por ser el arte de prolongar indefinidamente las enfermedades crónicas.

La escuela criminalista, que considera al criminal como á un enfermo, creyendo hacerse simpática á la *ciencia* que niega la libertad,

no ha sabido lo que ha hecho. ¡Abajo la *cria medicinal!* ¡Que no se perpetúen los malos! Ayudemos á la selección natural, le responde la implacable *ciencia*.

Porque es de saber, que andando el tiempo, nos promete el optimismo científico, que la evolución, después de *transformar* las experiencias impresas en las células nerviosas en principios exactos de lo justo y de lo injusto, convertirá los actos morales en imperiosos instintos de *utilidad* primero, y en puros *actos reflejos* después. La selección natural habrá eliminado á los individuos que no sientan placer en la virtud.

Desde ese dichoso momento, los actos más heroicos de abnegación serán el pan de cada día. Abofeteada una mejilla, presentar la otra, será cosa tan vulgar y mecánica, como hoy el corresponder á un saludo entre gentes de buena educación.

La virtud capital de la «moral nueva», el *altruismo*, será reina y señora de todos los corazones.

Entonces tendremos el Paraíso en la tierra.

.....

.....

Pero esto es necesario verlo, siquiera sea

en pintura, como lo haremos..... en el artículo siguiente.

Si los Caballeros andantes han sido siempre largos y generosos en prometer á sus escuderos ínsulas excelentes de qué disfrutar, ninguno tan magnánimo como el de la científicomanía, que haya ofrecido á sus fieles seguidores nada menos que todo un paraíso terrenal.

Más aún, la Orden de Caballería cuenta con la fuerza avasalladora de la evolución, que tarde ó temprano ha de conseguir infaliblemente para la humanidad la felicidad postrera en esta vida terrestre. Sólo se exige á los hombres de *buena voluntad*, que no retarden esa bienaventuranza final, oponiéndose ciegos á los *dulces* preceptos de la moral científica.

Y, en efecto, pedir más sería avaricia. Nada de sacrificio. «El placer es la razón misma de la moralidad» (1). Trabajad en vues-

(1) Conclusión lógica de la moral evolucionista. Véase la crítica que hace Bonriot de esta moral, en su excelente obra *L'Ame et la physiologie*.

tra propia felicidad, pero pensando que así conseguís la felicidad general de los otros hombres, y habréis cumplido la ley. Amad á la humanidad sobre todas las cosas, hé ahí el mandamiento único de la nueva ley: el *altruismo*, hé ahí la virtud capital de la *moral nueva*.

Todo lo demás se nos dá hecho. La evolución, siempre la evolución, mediante el «progreso de la raza», llevará á la humanidad, como por la mano, á ese «estado final», verdadera edad de oro, caracterizada por el desenvolvimiento de una «simpatía» instintiva y general, resultado de la «adaptación completa del hombre» á la vida social desarrollada y perfecta.

A los afortunados mortales que alcancen esa bienaventuranza, les garantiza la Orden de que han de gozar de una impecabilidad absoluta. El único vicio en que pudieran caer sería el egoismo refinado, en la misma prosecución de los «placeres altruistas»; pero no, «el pensamiento del placer simpático que se ha de obtener no ocupará la conciencia». En este estado de beatitud, ya sólo se trabaja por la felicidad de los demás, el amor propio desaparece, reduciéndose todo al amor de la hu-

manidad, al *altruismo*, que lo purifica, lo eleva y lo santifica todo.

Y esta parodia de la caridad cristiana es la virtud, que como producto de una evolución mil veces secular, nos profetizan los *científicos* para la edad de oro de la humanidad, para el coronamiento de una vida social ajustada á la moral de la ciencia, predicada hoy para la redención, sin duda, del linaje humano, por esos Mesías de lo Incognoscible, que modestamente se titulan sabios.

Y estas son las *bases* (1) de una moral fundamentada en una hipótesis (la evolución sin límites), edificada con una ilusión (así considera el sentimiento del deber) y coronada por una utopía (el paraíso futuro en la tierra).

El egoísmo, potencia destructora á que nada puede oponerse racionalmente fuera de la caridad cristiana, vivirá triunfante en la «nueva moral» hasta conciliarse definitivamente con el *altruismo*, allá en el fin de los siglos, cuando «el hombre se haya adaptado

(1) Léase la obra de Angot des Rotours *La Morale du Cœur. Etude d'ames modernes*, mencionada honoríficamente por la Academia de Ciencias morales y políticas de París.

completamente á la vida social, desarrollada y perfecta».

Para llegar á esa era de «moral absoluta», resultado del «progreso social» en su lucha y victoria sobre el egoismo, no se ha encontrado nada más *científico* que prescindir de la moral antiegoista por excelencia, de la moral divina del Evangelio, y componer una «moral relativa», impotente para condenar el egoismo del individuo que quiere gozar contra el instinto de la especie que quiere vivir, y muda para contestar al pesimismo que busca filosóficamente el reposo en la nada, porque se le enseña que el sacrificio más heroico tiene el mismo mérito que la piedra que cae.

Supongamos, lo que es imposible, que desaparece el cristianismo de la tierra. El espectáculo del hombre que sufre y sucumbe en la lucha, cada vez más brutal, por la existencia, sin fe en Dios ni en la inmortalidad del alma, ayudado á *bien morir* por los que gozan y vencen, con estas frases: «padece, calla y muere á fin de preparar el paraíso terrestre á la humanidad», es el escarnio cruel detrás del cual sólo puede oírse la carcajada satánica de Mefistófeles, y enseguida el grito de desesperación del condenado.

La ocurrencia de Hartmann de que los hombres se pusieran de acuerdo un día, para poner fin á la vida, por medio del suicidio universal, que á Fischer le producía el efecto de un coro de cien mil locos, nos parece una profecía de lo que había de suceder á la humanidad, si no tuviera más freno moral que el que le ofrece la «moral evolucionista».

A un optimismo fatuo responde un pesimismo loco.

La humanidad tiene perfecto derecho á preguntar á sus seudoredentores: ¿al Paraíso, ó al Averno, me lleváis?

CAPÍTULO VII

LA TEOFOBIA EN LOS NEOSABIOS

Sumario.—Los famosos conflictos.—El horror al milagro.—La Diosa casualidad.

NADA es más significativo, ha dicho un pensador, que ese gran esfuerzo para evitar á Dios, al cabo del cual, bajo otros nombres, se halla siempre á Dios» (1).

Ese gran esfuerzo, que más ó menos vergonzante hemos visto alentando á los neosabios en las escaramuzas libradas por el triun-

(1) Caro.—*Comment finissent les dogmes et comment ils renaissent.*—Cit. por Duilhé.

fo de la *ciencia*, en puntos determinados del campo intelectual, aparece ya manifiesto y avasallador, presentando la batalla en toda la línea al *ignorantismo*.

Sin embargo, para que el optimista «gran público» de nuestros días haya sospechado algo del espíritu extracientífico (*non sancto* íbamos á decir) que anima á los neosabios, ha sido necesario que los mismos delincuentes se conviertan en delatores, y con celo y ardimiento dignos de mejor causa, se dediquen ellos mismos á propagar la especie de que la *ciencia* ha venido á matar á la fe.

Con los famosos *conflictos entre la religión y la ciencia* se ha querido poner al hombre moderno en la alternativa: ó dejar las creencias religiosas, patrimonio sagrado de nuestros mayores, ó ser declarado enemigo de la ciencia, de la razón, de la verdad.

Decía Balmes (1) que se atrevía á demostrar, con la historia en la mano, que en todos los tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos». Los neosabios quedaban obligados á demostrar que la ciencia verdadera no había sentado sus reales sobre

(1) Véase la Nota 21 de *El Criterio*.

la tierra hasta que vino al mundo Draper, ó Strauss, ó... Clemencia Royer.

Y en efecto, llamando primeramente ciencia, por antonomasia, á lo que constituyen las ciencias naturales, á partir solamente de los modernos adelantos; y segundo, llamando ciencias naturales al conjunto de «hipótesis» y «preocupaciones individuales» que comprenden, desde el «protoplasma hasta el pensamiento humano», desde el guijarro hasta el «cargó de almas», desde el trozo de sílex hasta la autoridad de la Sagrada Escritura y divinidad del cristianismo, queda demostrado: primero, que *la ciencia* se ha creado en este siglo; y segundo, que *la ciencia* es la antítesis de la religión.

Después de tan extrañas conclusiones, nadie tiene derecho á sorprenderse ante *conquistas científicas* como la pluralidad de mundos habitados, defendida por Anaximandro y Anaxágoras hace dos mil cuatrocientos años. Lo mismo diríamos del *conflicto* entre el hombre-rey de la Biblia y el postulado *científico* de que «el hombre es un animal *bipes*, tan insignificante en todo como cualquiera de las asquerosas sabandijas, que se esconden bajo las piedras mohosas en los lugares húmedos.»

No es de ayer cuando Celso hacía discurrir á las ranas y á las ratas, en sus charcos y en sus agujeros, diciendo que Dios había hecho el mundo para ellas, y que había venido en persona á socorrerlas (1).....

.....

Pero la insensata osadía que se ha querido hacer pasar por desprecio científico hecho al «Libro por excelencia», no podía tener mucha duración: como los ataques fulminantes de locura, tenía que resolverse pronto. Las grandes tensiones nerviosas no pueden resistirse mucho tiempo.

No cabe en nuestro plan dar ni siquiera un extracto de las magníficas apologías de la Biblia, que hombres eminentes en religión y ciencia han hecho en nuestra época. Imitando

(1) Bossuet, al referir esta ocurrencia del *enemigo mortal del cristianismo*, dice que: «El hombre busca en estos juegos excusas á sus deseos sensuales, semejante á aquel de noble cuna, que teniendo bajo espíritu, no quisiera acordarse de su dignidad, por temor de verse obligado á vivir en los ejercicios que ella le demanda». — (*La Connaissance de Dieu et de soi-même*, cap. V, pár. 1.º).

Comparatus est jumentis insipientibus, etc. (Psalmo XLVIII).

al periodista digno de este nombre, vamos sencillamente recogiendo *impresiones*, que reunidas puedan formar una «opinión» imparcial, «voz pública» (en el recto sentido), voz de la verdad.

Benjamin Constant, autoridad nada dudosa, invocada por César Cantú (1) decía que «para mofarse como lo había hecho Voltaire de Ezequiel y del Génesis, era menester reunir dos cosas, que hacían de bien mísera condición semejante burla: la más profunda ignorancia, y la más lastimosa ligereza».

Ignorancia y ligereza de que no quería, sin duda, dar muestra Haeckel, cuando al hablar del Génesis, decía: «Podemos pagar justo y sincero tributo de admiración á la grandiosa idea encerrada en la cosmogonía hipotética del legislador judío, sin reconocer por esto en ella una manifestación sobrenatural» (2).

Y volvemos á repetir unas palabras del Padre Felix, ya citadas: «Es el miedo á reconocer el vestigio de lo divino», lo que hace á los neosabios defender sus errores anti-

(1) *Historia Universal*, Introd. Nota; pág. XII, segunda edición.—Barcelona.

(2) Citado por Duilhé en su *Apologie scient. de la foi chretienne*.

religiosos. Quitad á la religión (1) el vestigio de lo divino, y veréis desaparecer en un instante los *conflictos entre la religión y la ciencia*.

Separad de Moisés el carácter de autor inspirado, y no habrá *transformista* que no dirá con Naudin: «Por poco desprendido que se tenga el espíritu de ideas preconcebidas se reconocerá que la cosmogonía de la Biblia no es otra cosa, desde el principio hasta el fin, que una teoría evolucionista, y que Moisés ha sido el precursor de Lamark y de todos los transformistas modernos» (2).

Borrad del pueblo hebreo el título de *pueblo escogido*, y hasta el evolucionista más aferrado á la hipótesis del estado salvaje original del hombre, se vendrá á razones. Empezará por no ver en la fábula del Krischna indio más que esta confesión: «Es probable que la verdad existiera originariamente entre los hombres; mas poco á poco se adormeció y fué entregada al olvido. El conocimiento reaparece como un recuerdo» (3). Seguirá admi-

(1) En el capítulo VIII hablaremos de este proyecto de desdivinización.

(2) Véase Duilhé en su obra citada, pag. 296.

(3) Cita de Picatoste: *El Universo en la ciencia antigua*.

tiendo la demostración de Bailly (Historiador de la Astronomía) de que «las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia, son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter é historia de cada pueblo; restos esparcidos de una sola creencia mal conservada ó transmitida; ramas sueltas de una ciencia que debió ser mas completa y más exacta en sus primeros tiempos» (1). Y concluirá viendo en las revelaciones de la protohistoria, que los progresos de la industria en las primeras edades, no nacen en cada localidad sino que vienen de fuera, de la llanura central del Asia (2).

Haced que desaparezca, por un momento siquiera, el calificativo de *sagrada*, que pertenece á la historia hebrea, y en el estado científico actual, después de haber demostrado Quatrefages la *unidad de la especie humana*, y haber dicho César Cantú de la antigüedad pasmosa de algunos pueblos, que es juventud, porque están en la edad en que todavía se entretienen con la fábula, por acuerdo uná-

(1) Picatoste.—Ob. cit., pág. 95.

(2) Léase Duilhé.—Ob. cit., pág. 466.

nime del «mundo sabio», no habrá en la historia de la humanidad más introducción ni más prefacio para todos los pueblos que los primeros capítulos del Génesis, hasta la dispersión de los descendientes de Noé.

Pero dejando el circunloquio, ¿qué podía esperarse de esos supuestos conflictos entre verdades particulares de una ciencia y los argumentos generales en que está fundamentada la revelación cristiana? Al tratar este punto el Cardenal Wisemann (1) dice de la revelación: «Sus pruebas intrínsecas y extrínsecas consisten en un número y una variedad de consideraciones tan fuertemente reunidas en conjunto, que un ataque particular sobre un punto es repelido por todo el resto».

«Es un edificio cuyas piedras están ligadas por abrazaderas de hierro» dijo Renan (2) de la teología cristiana.

Además, según nuestro humilde modo de pensar, en nombre de lo que se llaman ciencias naturales, no podrá nunca provocarse ningún *conflicto* á la teología. Se trata de ór-

(1) *Discours sur les rapports entre la Science et la Religion révélée.*—Trad. por Genoude, París, 5.^a edición, pág. 56.

(2) *Revue des Deux-mondes*, 1882.—Cit. por Duilhé.

denes diferentes de conocimiento. Podrá hallarse relación entre dos verdades de esferas distintas, pero nunca oposición, nunca conflicto. Los sistemas ateístas que se oponen ó se han de oponer á la teología cristiana, no son «ciencias naturales», son naturalismo, son teología falsa, aunque niegan la teología. Como el positivismo que se ha querido confundir con las «ciencias positivas», es un sistema metafísico que niega la metafísica. Y en ningún descubrimiento físico podrá basarse un silogismo contra la metafísica, pero podrá ocasionarse un sofisma de *genere ad genus*, que sirva de material para algún «sistema metafísico».

En todo esto se ve el abuso enorme que se ha hecho del nombre de *ciencia*. ¿Qué diría cualquiera de nuestros inflados neosabios si se enterase de esta profunda frase del filósofo Vico: «la ciencia humana ha nacido de un defecto del espíritu humano, que en su extrema limitación está fuera de todas las cosas, no contiene nada de lo que quiere conocer, y por consiguiente no puede hacer la verdad á la cual aspira?» (1).

(1) Léase el juicio de Balmes sobre esta teoría.—*Filosofía fundamental*, tom. 1, lib. 1, cap. xxx.

Nos permitimos recomendar esta teoría filosófica como resolutivo contra la hinchazón *científica*.

Siempre que la *ciencia* haga filosofía, tiene derecho la filosofía á intervenir en la *ciencia*.

En su estricto sentido la palabra ciencia tomada, se puede afirmar como Picatoste (1): «La religión y la ciencia son dos líneas paralelas que unen al hombre con el infinito, con la diferencia de que la primera sale de Dios para terminar en el hombre, y la segunda sale del hombre para terminar en Dios.

»Bajo este punto de vista, es difícil decidir si la religión tiene más de ciencia que la ciencia de religión.....; ambas comunican al hombre por distinta senda verdades iguales. La primera palabra de la religión es una verdad científica; el primer fundamento de toda ciencia es que hay un Dios».

En este sentido la religión es ciencia, ciencia sagrada. Y la filosofía es ciencia (2), la primera entre las ciencias profanas.

Limitado el concepto de ciencia hasta don-

(1) *El Universo en la ciencia antigua*, pag. 5.

(2) Léase Naville.—*La Definition de la philosophie*, París, 1894.

de alcanza el método experimental, como en las naturales, la filosofía comienza donde termina la ciencia.

Pero en este caso los *científicos*, negando la filosofía, nos hacen el mismo efecto que el *non plus ultra* puesto á las *columnas de Hércules*, ó el *finisterre* al conocido *cabo* occidental de España.

«Lejos de creer, como los positivistas, dice Janet (1), que el espíritu humano debe separarse de la teología, así como de la metafísica, para limitarse á las ciencias positivas, yo pienso, al contrario, que debe volver de las ciencias positivas á la metafísica, y de la metafísica á la teología».

También ha dicho Claudio Bernard: «Yo no soy de los que creen que se pueda suprimir la metafísica» (2).

Y no se necesita ser profeta para anunciar que en el siglo XX será cosa mandada retirar la utopía de la supresión de la metafísica. En cambio, parece verosímil que nazca alguna nueva secta afirmando que se debe suprimir toda ciencia, todo pensamiento, para limitar-

(1) *Introduction á la Science philosophique.*

(2) *Phen. de la vie.*

se á no sabemos qué fuente de verdad, quizá al sentimiento, ó al amor (1).

Si el *filosofismo* de ayer ha traído este absurdo desprecio de la filosofía, el *cientifiquismo* de hoy traerá el irracional desvío de las ciencias mañana (2).

(1) En París se ha publicado recientemente un libro en cuyo prefacio se lee: «Debemos esforzarnos, sobre todo, por destruir en nosotros la inteligencia, esa *soi-disant* facultad de saber y de pensar.....»

El título de la extraña obra es *Contes chretiens. Le Baptême de Jesús, ou les Quatre Degrés de Scepticisme*.

(2) Y este «mañana» será cuando las *masas* alucinadas se persuadan de que el *Ignoramus* de Sócrates subsiste hoy en los verdaderos sabios. En el Congreso geográfico internacional de 1889, uno de los *prehistoriadores* más autorizados, dice Duilhé (obra citada, página 460), ha manifestado á su sabio auditorio: «Todo lo que nosotros hemos aprendido desde hace algunos años, lejos de aclarar los problemas prehistóricos los ha complicado». «¿Qué ciencia responde de la prehistoria que prometía tanto? ¿La Arqueología?—Las investigaciones y los descubrimientos se suceden con una monotonía desesperante (continúa Duilhé). Los sílex se acumulan en las colecciones, ofreciendo siempre los mismos tipos ya conocidos..... como los guijarros de nuestros ríos, ó las hojas de nuestros bosques. En las revistas y libros especiales se ven aparecer los

Schelling (1), censurando á los filosofistas alemanes, decía que habían llegado á tomar por medida del talento filosófico «los grados de apartamiento de la manera común de pensar y de expresarse»; y el P. Tilman Pesch (2), do-

mismos *clichés* con la regularidad de las fases de la luna.—¿La Antropología?—Los escasos restos humanos, los cráneos especialmente, han sido manoseados, medidos, interrogados de todas las maneras, y han dado las respuestas más contradictorias, y cada vez son más enigmáticos. La esfinge antigua parecería un luminoso oráculo al lado de un cráneo prehistórico.—¿La Geología?—Los geólogos sinceros confiesan su incertidumbre respecto al terreno plioceno y al cuaternario, precisamente los más necesarios para la prehistoria. Y confiesan también su impotencia en cuestiones de cronometría, sobre todo de cronometría geológico-histórica».

Y á propósito de los *clichés*, de que habla Duilhé, que aparecen en revistas y libros especiales, no estará demás dar la voz de alerta, como lo han hecho dos naturalistas alemanes, Semper é His, acerca de la *incorrección* en que han cogido á su colega Haeckel de desfigurar, ó quizá inventar dibujos que los presenta luego como tomados *d'après nature*.

(1) *Juicio sobre la filosofía de Cousin, y sobre el estado de la filosofía francesa, y de la filosofía alemana en general*, 1834.—Citado por Balmes, tom. I, lib. I, nota VII de la *Filosofía fundamental*.

(2) *Los Grandes Arcanos*, II, 592.

liéndose de los abusos de los pseudo-escolásticos, dice que el *atqui* y el *ergo* llegaron á ser como «dos zancos con los cuales se osaba conquistar sin especial trabajo todo el campo de la ciencia». Estos excesos los ha pagado injustamente la filosofía; los excesos análogos de los *científicos* los pagará mañana la ciencia, que bien ajena está de las aventuras que hoy se corren en su nombre.

En resumen, y como resultado de lo dicho, se impone la necesidad de hacer la contras-tación de la moneda intelectual. Castíguese, al menos con el desprecio público, á los falsificadores de la ciencia. Y dentro de la fabricación legal, hágase la debida distribución del trabajo.

A los sabios, que atendiendo exclusivamente á la experimentación, no hacen otra cosa que amontonar hechos, los llamaba Bacon las «hormigas de la ciencia». No, sin duda, para reirse de ellos, como lo ha hecho Hegel de los naturalistas que cuentan los pelos de los escarabajos y los examinan al microscopio, porque también tenía Bacón el calificativo de «arañas científicas» para los sabios que construyen sus sistemas mediante puras abstracciones. La verdadera ciencia, la ver-

dadera filosofía, añadía, procede como la abeja, que no toma el néctar de las flores sino para trabajarlo, y transformarlo.

Ahora, para terminar, este es el remedio: que ni la hormiga, ni la araña, quieran ser abeja, ni la abeja, por rica miel que *elabore*, quiera ser más que abeja.

Es síntoma característico de la enfermedad teofóbica «el horror al milagro».

Los más fanáticos entre los neosabios llegan á odiar el milagro como ultraje á la razón. Pero á éstos, como decía Rousseau, se les haría demasiado honor castigándolos, bastaría encerrarlos.

Ellos se hacen un razonamiento parecido al siguiente, propio de un mentecato: «Yo sé por las leyes de la física que una piedra que no la sostenga nada en el aire tiene que caer: en nombre, pues, de la ciencia niego que pueda verse, ni por un instante, subir una piedra por los aires».

Nada, en efecto, más que la necedad manifiesta del ateo, puede oponerse á la *posibilidad* de que el Autor de las leyes naturales

disponga de energías que superen á las fuerzas determinables de la naturaleza.

Por esto es cosa admitida entre los incrédulos ilustrados negar, no la posibilidad, sino la realidad de los milagros. Se repite, con «variaciones horriblemente monotonas», que diría Duilhé de Saint-Projet, la frase consagrada de Littré: «no se consigue probar que haya sucedido un milagro» (1).

Esta frase, al hacerla suya Renan, le *demostraba* que la base de la teología cristiana, «de ese edificio cuyas piedras están ligadas por abrazaderas de hierro», es de «una debilidad extrema». Pero es clásica la contestación de Vigouroux: «El cristianismo no se apoya sobre el milagro como su *primer* fundamento; es un hecho histórico que se apoya en testimonios históricos, que demuestran históricamente la realidad de los milagros.... El milagro es *posible*, ó Dios no existe; es *real* ó la historia no tiene valor alguno».

Es decir, que la Fe está asegurada en la realidad del milagro, pero la realidad del

(1) Escosa notable que Littré, á la hora de su muerte, probara en sí mismo, al convertirse á la Fe, la realidad de un milagro.

milagro está apoyada en la historia, no en la Fe (1), como sería un círculo vicioso.

Círculo vicioso el del anticristianismo: la Fe es vana porque su base es la realidad del milagro; la realidad del milagro no se puede admitir porque..... tendríamos una manifestación directa de la divinidad, el cristianismo sería una verdad, y la Fe tendría fundamento.

La prueba de que hasta este límite ha llegado el sofisma del anticristianismo, es bien notoria. Trátase del milagro transcendental de nuestra fe cristiana, la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo: tenemos enfrente de nosotros el hecho de la aparición en el Cenáculo, con la importantísima testificación que hace Santo Tomás; de otro lado tenemos la *crítica* histórica, librepensadora, sabia, implacable, la *ciencia*, debeladora de la Fe, gloria y coronamiento del pensar, última palabra en la evolución del verbo humano; y ante el milagro estupendo vacila, presenta y desecha la objeción de la falsedad de los testigos, rechaza la hipótesis de la «muerte aparente», y como último refugio se acoge ¡oh

(1) Como aparentan entenderlo los increyentes.

ciencia! ¡oh crítica! á la alucinación de los testigos: creyeron ver, y no vieron ¡.....!

¿Y por qué hay que admitir la alucinación? —«Porque un cuerpo tangible no puede pasar á través de puertas cerradas», asegura Strauss (1). Es decir, porque el milagro no es real. Resumen: el anticristianismo no admite la realidad del milagro, visto y palpado por testigos de cuya veracidad no puede dudarse, por la sencilla razón de que no admite la realidad del milagro.

Es preciso tener fe, fe absolutamente ciega en la alucinación de los testigos. ¿No será posible que los anticristianos de nuestra época «hayan creído ver y no hayan visto» alucinación en los cristianos? ¿Será esta quizá la «Fe nueva» que, predicada por Strauss, va á sustituir á la «Fe antigua» del cristianismo?

Pero con toda la humildad con que la ignorancia debe presentarse ante la sabiduría, nos vamos á permitir preguntar al *maestro* Strauss, y á sus discípulos: ¿Con qué derecho

(1) Citamos á este entre los que representan el anticristianismo, porque de él se ha dicho con razón que personifica la guerra contra los libros santos en nuestra época.

acusáis de contradicción (1) á la Fe cristiana, porque afirma que el cuerpo glorificado de Dios hecho hombre, puede pasar sin obstáculo á través de unas puertas cerradas? Además, el que manda á los vientos y al mar, y le obedecen, ¿no puede mandar á unas puertas cerradas que le abran paso, y vuelvan á cerrarse en menos de una décima de segundo?

¡Oh, Dios! Perdonad al que estas líneas escribe que escatime hasta ese punto, aun en hipótesis, vuestro infinito poder. La mezquindad de ese lenguaje, tratándose de Vuestra grandeza, probará mejor que nada lo mezquino de una crítica que reniega de Vos, y á la cual se dirigen esas frases.

Elevando un poco el vuelo, terminaremos este artículo, procurando fijar en breves palabras el verdadero concepto del milagro (2)

(1) Strauss, olvidándose de que la ciencia «con el mundo en sí mismo nada tiene que ver», decreta aquí implícitamente que la esencia de los cuerpos consiste en la impenetrabilidad. Sólo así, y después de negar que el cuerpo del Salvador hubiera sido glorificado, se puede ver contradicción en el paso de un cuerpo tangible á través de puertas cerradas.

(2) Hemos encontrado reunidos casi todos los materiales para ello en la obra tantas veces citada Apo-

y de la acción divina en las cosas creadas, según la ciencia cristiana.

El milagro no es contra la naturaleza (San Agustín). Es una manifestación de la causa primera autora de la naturaleza.

El milagro no es tampoco* contra el principio de continuidad de las cosas. Es una desviación en el funcionamiento de la máquina del universo, determinada por Dios desde toda la eternidad, é introducida en el plan general de la creación.

«Al punto donde nosotros hemos llegado podemos responder fácilmente á toda dificultad científica respecto á los milagros..... No se deben mirar los acontecimientos milagrosos como infracciones absolutas de la ley de continuidad» (Balfour Stewart).

Respecto á los hechos extraordinarios, que sin ser milagros, no eran por sí mismos consecuencia del curso natural de las cosas, y cuyo cumplimiento puede ser objeto de petición en la oración cristiana, no son tampoco opuestos al principio de continuidad.

logie scientifique de la foi chretienne, de Duilhé de Saint-Projet, á quien rendimos aquí tributo de gratitud, á la par que el homenaje debido á su trabajo.

«Nosotros no oramos para cambiar el plan divino, sino para obtener el cumplimiento de lo que ha sido subordinado, en este plan, á la oración» (Santo Tomás).

Dios ha tenido conocimiento desde la eternidad de que íbamos á orar, y ha hecho, si nuestra oración es digna de ser escuchada, «que su cumplimiento sea una consecuencia del curso natural de los sucesos» (Euler).

El resultado de una serie de fenómenos puede cambiar completamente con sólo variar el estado inicial, no las leyes por que se rigen aquéllos fenómenos.

La previsión divina de los actos libres intelectuales y morales que habían de sucederse en el mundo, ha podido determinar la elección providencial de los estados atómicos iniciales.

«Nadie podrá afirmar que las leyes de los fenómenos meteorológicos, cuyo carácter parece ser la incalculabilidad, no admitan la eficacia objetiva de la oración: porque no hay razón para que la acción de una causa superior no intervenga en el mundo visible por medio de combinaciones delicadas establecidas en estas regiones» (Balfour-Stewart).

Sin embargo, análogamente á los del «ho-

rror al milagro», hay quienes creen en la *posibilidad* de esta «eficacia objetiva de la oración», y cuando se trata de hechos cuyo cumplimiento depende de aquella eficacia, se oponen á creer en su *realización*.

Estos *filósofos* son los ejemplares que hoy ofrece el *deísmo* á la consideración pública.

Su dios es el Dios de la desesperación, que después de haber creado el mundo, se aparta de él, y «lanzándole al espacio con desdénso puntapié, vuelve á su reposo» (P. Felix).

Pero es que ellos, según dicen, tienen una idea más alta y más científica de Dios, que los cristianos. Aparentan ver en la filosofía del cristianismo una intervención poco honrosa de la divinidad en las cosas creadas. Y separando á Dios de su obra, de tal manera *levantan* y *cientifican* el concepto de Dios, que le hacen perder los atributos del Sér por excelencia, y anulan las relaciones esenciales entre el Creador y la criatura.

No saben que «todo lo que adquiere ser en la naturaleza después de no haber sido antes, necesita ser completado de parte de Dios, de dos maneras, *intrínseca* y *extrínseca*.

»La primera, ó *concursus*, consiste en que el Sér por excelencia, en todo *sér*, como en

todo *hacerse*, es el verdadero dispensador del *ser*. Una cosa natural limitada en su ser es imposible que sea la verdadera fuente del *sér*, esto es, que pueda producir un *sér* individualmente distinto del propio *sér*, efecto que requiere una fuerza infinita» (1).

Cuando alguna «causa secundaria», por lo tanto, da la existencia á algún efecto, no lo hace por virtud propia, sino por la virtud de la «causa primera», que obra en ella y por ella.

Digase ahora si es científico, filosófico, ni racional el que un neosabio se sonría al ver á un cristiano confiar en la eficacia objetiva de la oración (2).

(1) Véase Tilman Pesch. — Ob. cit., páginas 386 y siguientes.

(2) La costumbre de tocar las campanas en los pueblos y aldeas cuando sobre ellos se cernía una tempestad ha sido explotada, todo lo que podía dar de sí, por los representantes de la «ciencia barata».

Casi han llegado á creer esos neosabios que era dogma de fe entre los católicos el *conjuro de las tormentas*, provocado no con oraciones, ni exorcismos, sino con el toque de las campanas.

Pero, en cambio, no han podido enterarse de que Bossuet, que no era ningún aldeano, al hablar de la agitación que produce el sonido en el aire, dice que: «*Se hace uso del sonido de las campanas para disipar*

Pero esto de la *sonrisa científica* de incredulidad va cayendo en desuso. Nos atrevemos á asegurar que no hay increyente que esté al tanto del movimiento científico actual, y se sonría hoy al oír hablar de los milagros de Lourdes. No hace mucho escribía el Dr. Charcot, de la Salpêtrière, un artículo en un periódico de París. Allí podía verse lo que piensan del milagro los librepensadores que no son del montón. Allí se indicó la regla de conducta que se ha impuesto la *ciencia* que es filosofía y teología á la vez. Se le habla de una curación milagrosa, y no se sonríe, no niega el *hecho*, lo *explica* (?) por la sugestión, por la fuerza psíquica.....; ó no lo *explica* y lo archiva para la ciencia del porvenir. No ve el

las nubes». (*Connaissance de Dieu et de soi-même*, capítulo III, pár. 3.^o)

Además, recientemente se ha tratado en la Academia de Ciencias de París de hechos que demuestran la posibilidad de la producción artificial de la lluvia por medio de una conmoción provocada en el aire. En Texas (América) se ha hecho la experiencia estallando cartuchos de dinamita en las partes altas de la atmósfera. Es decir, se ha practicado *el conjuro científico de las tormentas*, porque la producción de la lluvia es la disipación de la nube, que decía Bossuet, y disipar la nube es conjurar la tempestad.

milagro, pero ha dado un gran paso acercándose á él: la sonriente actitud pasiva está, pues, mandada retirar.

Ahora bien, la Iglesia católica no decreta la realización del milagro sin oír á la ciencia confesar la incognoscibilidad de la causa, dentro de la misma ciencia. Pero la Iglesia católica ni puede ni debe oír á una *ciencia* extralimitada, que es filosofía y teología á la vez, porque habla de las relaciones de Dios con las cosas creadas, y decretando la irrealización del milagro, limita el poder ó el querer de Dios hasta donde alcance el entendimiento del hombre.

Es cosa bien notable, por otra parte, que en nombre del librepensamiento, se declare indiscutible una cuestión, prejuzgándola y resolviéndola *a priori*, y que en una época de tal adelantamiento en las ciencias, que en muchas cosas se ha dicho la última palabra, se quiera suspender el juicio humano en cuestiones elementales, invocando el imaginario progreso de una ciencia del porvenir.

Tyndall, una eminencia en la física, un *quidam* en la metafísica, en un arranque de sectario vulgar, escribió esta frase indigna de su talento: «Puede venir un período en que

el hombre sea capaz de dar la vida á los muertos. A lo sumo puede decirse que Jesús se adelantó en esto al porvenir» (1).

Con todo el respeto con que la ignorancia debe hablar ante la sabiduría, bien podemos contestar á Tyndall: «mientras el hombre sea hombre, y los muertos se mueran como se mueren, ahora, como hace diecinueve siglos, y por los siglos de los siglos, será un milagro hacer salir vivo á un cadáver, después de cuatro días en el sepulcro, sin más que decirle: «¡Lázaro, sal afuera!»

Sí, Jesús se adelantó en esto al porvenir, pero se adelantó en una distancia infinita, en la distancia que tendría que andar el hombre en su perfeccionamiento, si fuera posible, para llegar á Dios.

Pensar de otra manera no se explica sin el horror al milagro, síntoma característico de la teofobia.

En opinión de Fichte (2): «Ya no bastan las divisas de los partidos antiguos, panteistas y

(1) *Fragmentos*.—Citada por Tilman Pesch, *Los Grandes Arcanos*.—Vol. II, pág. 436.

(2) Cit. por T. Pesch.—*Los Grandes Arcanos*, I, 366.

deístas, dualistas y monistas... todas estas antítesis han sido absorbidas por la antítesis fundamental de teísmo y ateísmo (sistema mecánico, ó teleológico)... La gran lucha por la civilización (*Kulturkampf*)... parece ser en esta suprema alternativa de si el mundo físico y el mundo moral son regidos por lo que pudiera llamarse *acaso sin intención*, ó si al contrario el universo visible y el mundo interno del espíritu consciente no pueden concebirse... sino admitiendo un principio, sean cuales fueren sus demás atributos, absolutamente inteligente». Pues bien, en este *Kulturkampf*, la derrota de los neosabios no ha podido ser más manifiesta, universal, innegable. Beligerantes de todas ideas han tomado el partido de la «Causa inteligente», y todo hace sospechar que va á ser retirada para siempre al panteón del olvido la «Diosa casualidad».

Y no se trata del ejército imaginario del gran emperador Alifanfaron, ni del de Pentapolin del arremangado brazo (1). Personajes bien reales, cuyas famosas frases regis-

(1) Véase Duilhé.—*Apologie scientifique, etc.*—Saint-Ellier.—*El Orden en el mundo físico.*—Tilman Pesch.—*Los Grandes Arcanos.*

tran las apologías de la verdad van á ser los que demuestren la veracidad de nuestro aserto.

Ya respondía Cicerón (1) á los *científicos* de su tiempo: «¿Cómo puede imaginarse que los corpúsculos sólidos, indivisibles, que flotan en el espacio, movidos por su propio peso, pudieran, por coincidencias fortuitas, formar este mundo tan magnífico? Quien admite esta opinión, debiera creer también, que si se hicieran de oro ó plata cantidades enormes de letras, y se las echase al suelo, pudieran agruparse de modo que resultasen formados los *Anales* de Enó..... Si la coincidencia de los átomos puede formar el mundo ¿por qué no forma igualmente una casa, un templo, una ciudad? Esto sería menos difícil, y menos complicado». (*De natura deorum*, lib. II).

«¿Es posible suponer que el que ha construido el ojo ignorase las leyes de la óptica?» decía Newton.

Pero, ¿qué más demostración de que es necesario admitir para el universo una «Cau-

(1) Como indicamos por la nota anterior, se verá que nada más ageno á nuestro intento que el hacer alarde de una erudición que no poseemos. No se vea, pues, pretensión alguna á honores que no merecemos.

sa inteligente», cuando un trozo de silex, groseramente pulimentado, es suficiente prueba al materialista para reconocer en aquél la mano del hombre, la *inteligencia*, «últimogrado de la evolución orgánica?»

Y ¿qué decimos «el universo», cuando el ala de una mariposa, como afirmaba Diderot, presenta indicios más claros de una inteligencia, que los que poseemos de la facultad de pensar de nuestros semejantes?

Schopenhauer, que se burlaba del *teleólogo* que fuera á encarecerle la sabia disposición que impide que los planetas se rompan, admitía, sin embargo, tales perfecciones en el mundo, que «ni la más discreta reflexión, ni el cálculo más preciso del entendimiento más perspicaz hubieran podido realizarlos» (1).

(1) Véase Pesch.—Ob. cit., I, 317.

Una colocación distinta dada á los huesos y músculos en el hombre, hubiera favorecido la potencia sin más que cambiar la posición de los puntos de apoyo en las palancas. No hubiera faltado algún *mecánico*, que tuviera la desgraciada ocurrencia de *enmendar la plana* á Dios, como le sucedió á Laplace cuando quiso enseñar á Moisés cómo la luna podía *presidir la noche*; pero hé aquí que un sabio naturalista, Müller, ha estudiado el asunto, y dice lo siguiente: «Si la na-

Y si atendemos á la inteligencia del hombre, «la imaginación se resiste á concebir, cómo una causa ó causas desprovistas de inteligencia, puedan comunicarle á sus efectos» como decía Cabanis, opinando «como muchos otros filósofos á quienes no se podría tildar de crédulos en demasía».

Y Faye (1), el eminente hombre de ciencia, no duda en afirmar: «Como quiera que nuestra inteligencia no se ha hecho á sí misma, debe existir una inteligencia superior, de la cual proceda la nuestra..... ¿Habría de ser efecto de la materia, de esa materia que por sí y ante sí se habría puesto á pensar?»

Pero hay más: en el afán sectario de no querer ver inteligencia ordenadora en la Causa última de las cosas, se había llegado al absurdo de afirmar que, ni el ojo ha sido hecho

turaleza hubiera dispuesto las palancas de todos los miembros de la manera más favorable al desarrollo de sus fuerzas, hubiera resultado para el cuerpo una forma angulosa, molesta, y en último término, aun con relación á la fuerza, el gasto hubiera sido más considerable, á causa de la multiplicación de los obstáculos para el concurso armónico de las acciones» (Citado por Saint-Ellier).

(1) *Sur l'origine du monde*, pág. 9, 1882.

para ver, ni el estómago para digerir... sino que hemos recibido los órganos casualmente, y en su consecuencia, nos aprovechamos de ellos según la naturaleza de los mismos.

«Por excéptico que yo sea, dijo Voltaire, esta sinrazón, esta demencia, me parece evidente, y así lo digo». Euler había también llamado locos, «que dicen en sus corazones no hay Dios» (según frase bíblica), á los que tales *filosofías* han defendido.

Estaba reservado, sin embargo, á la época del progreso en las ciencias naturales, el descubrir más patente el sello que la Inteligencia primera ha impreso en las cosas creadas, comunicándolas una tendencia ó aspiración al fin, que no basta á explicar ninguna *ley de selección*, fundada en la adaptación mecánica (1).

El mismo Darwin, dice Tilman Pesch, «ha

(1) La escuela darwinista pretende que por una ley que conservara lo más conveniente, é hiciese parecer lo que lo es menos, se aseguraría la *conveniencia* en los organismos, sin apelar al principio de la tendencia al fin.

Wigand, en su obra *El Darwinismo*, demuestra la insuficiencia de la adaptación mecánica.—(Véase Tilman Pesch, *Los Grandes Arcanos*).

prestado un servicio eminente al sistema teleológico, exponiendo de un modo luminoso toda una serie de fenómenos de conveniencia».

«Ved lo que pasa en un huevo de ave, ú otro animal ovíparo, durante la incubación, dice Saint-Ellier..... dentro se están construyendo instrumentos de óptica (los ojos); fuera brilla la luz. Dentro los aparatos de acústica; fuera los sonidos. Dentro aparatos de química para la digestión; fuera los vegetales y animales que han de servir de alimento. Dentro aparatos también construyéndose para la locomoción; fuera los medios diversos, aire, tierra, agua en que ha de vivir el nuevo sér.

»Los dos términos de estas relaciones son distintos, y aun lejanos entre sí, separados por el tiempo y por el espacio, no se encontrarán hasta más tarde, y sin embargo, la armonía preestablecida es completa, es tan perfecta, que allí nada falta, nada sobra» (Janet.—*Las causas finales*).

Después de esto, podemos decir con Caro: ¡qué absurdo! creer que esas leyes no son más que la obra de una *industria* «que realiza la armonía universal por un encadenamiento de relaciones que ella misma ha establecido sin comprenderlas». (*La idea de Dios*).

«La célula embrionaria es un *devenir*, dice Claudio Bernard; ahora ¿cómo concebir que una materia tenga por propiedad encerrar propiedades y juegos de mecanismo que todavía no existen?»

Pero lo diremos en una palabra, tan potente es la reacción antimecanista, que esto lo dice todo: el atomismo, esa filosofía que tiene «toda la pequeñez y toda la miseria del átomo», como dice Picatoste, se ha visto obligada á admitir el elemento psíquico, y se da el inaudito caso de oír pregonar al materialista, el «afán psico-físico» de los átomos, «las sensaciones elementales», «las conciencias celulares», esto es, la voluntad, la sensibilidad, la «conciencia», no como resultado de movimientos mecánicos, sino como principio, como..... facultades del *alma del átomo*.

«Es la contradicción que cruje», repetimos una vez más, con el P. Felix; es el gran esfuerzo para evitar al alma, al cabo del cual, y bajo otros nombres, se halla siempre al alma, como diría Caro.

El mismo Virchow, en la Asamblea de Munich, dice que no tiene inconveniente en dar por bueno que los átomos de carbono ten-

gan espíritu, aunque añade que no sabe «en qué haya de conocer eso».

Du Bois Reymond asegura que es «inconcebible que á cierto número de átomos de carbonó, ázoe, oxígeno, etc., les sea indiferente el cómo estén, hayan estado, ó hayan de estar situados, ó el cómo se muevan, ó se hayan movido, ó dejen de moverse» (1).

Y volveremos á lo del «horror al vacío», que hace subir el agua en las bombas. O mejor todavía, el «amor al émbolo», porque se ha dicho que «el polvo se queja cuando sin compasión se le expulsa á varadas de su amada levita».

A nosotros nos basta haber señalado esta reacción antimecanista, como significativa de la extralimitación filosófica del atomismo. Por otra parte, sin declararse *psiquistas* como Nœgeli, ó como Gaspari, hay que reconocer en el *psiquismo* la parte de verdad que representa esa vuelta á la *entelequia* de Aristóteles, á la *forma* de los escolásticos.

En este sentido, sin duda, afirma Tilman Pesch, que no se debe decir que «sea indife-

(1) Citado por Pesch. — *Los Grandes Arcanos*,
1 533.

rente á la substancia del cristal la forma que ha de tomar al pasar del estado líquido al sólido, pues claramente se demuestra en la regularidad con que cristaliza, una tendencia que la impulsa á tomar ésta, y no la otra forma poliédrica» (1).

En una palabra, que en los seres inorgánicos hay *algo más* que una «pluralidad de partes que se mueven mecánicamente».

Y ese *algo más* es, cuando menos, la negación científica de la «casualidad», la colocación definitiva de esa Diosa en el Panteón. La mitología únicamente hablará de ella á las edades futuras.

(1) *Los Grandes Arcanos*, I, 471.

CAPÍTULO VIII

LOS NEORELIGIOSOS

Sumario.—Problema resuelto.—«Hasta aquí llega la religión».—Ateísmo hipócrita.—Farisáismo ilustrado.

VISTOS los síntomas teofóbicos que presenta la enfermedad de la científico-manía, fácilmente se adivinará la solución que los «científicos ideales» han de dar al gran problema de la «relación de sumisión y respeto que liga al hombre con Dios», al problema religioso, en una palabra.

Problema resuelto: la religión no existe, porque falta uno de los términos de esa relación. Falta Dios, dice el ateísmo, «todo es

mundo». Falta el hombre, falta el mundo, dice el panteísmo, «todo es Dios».

Pero cuando se llega á estos extremos del pensar, se nos imagina ver á los pensadores caminando hacia las regiones heladas de los polos del error, y parece que se siente obscuridad y frío, el frío del absurdo.

«Apagador puesto á la antorcha de las ciencias» llamó el P. Felix á la doctrina ateísta. Y á Schopenhauer, tan absurda, tan fría se le hizo la unión panteísta de los términos Dios y Mundo, que, se acordó, sin duda, del fuego del infierno, cuando dijo que valdría más identificar al mundo con Satanás, pareciéndole menos absurdo el *pansatanismo*, que el panteísmo.

El panteísmo, «error padre de todos los errores» (P. Felix), es la región de las tinieblas exteriores, á donde es lanzado el espíritu humano, que huyendo de Dios, hace de Todo Dios, para satisfacer, á pesar suyo, el instinto floteísta, sello indeleble que ha impreso el Sér en sus creaciones, atracción perenne del Creador hacia las criaturas.

Pero estas grandes negaciones, como las que suponen el ateísmo y panteísmo, no encajan ya en los nuevos moldes de nuestra épo-

ca. «La doctrina de la catalepsia», como califica Picatoste (1) á ese estado de ánimo indiferente á todo, y sumergido en la duda, que caracterizó á Demócrito en la antigüedad, hace hoy su vuelta periódica en el cosmorama viviente de los pensamientos humanos.

El «ateísmo hipócrita» en la esfera de las ideas, y el «farisaísmo ilustrado» en la de los hechos, son la prueba de esa catalepsia intelectual en la época presente.

Sin embargo, con permiso de los doctores, nos atreveríamos á diagnosticar de *acromatopsia* moral la indiferencia religiosa, por ciertos síntomas, que el discreto lector irá observando, en la verídica historia de la enfermedad, que á continuación comenzamos.

Empieza la científicomanía (que con tantas enfermedades se complica) por poner un límite á la religión, como antes lo puso á la ciencia. Los mismos neosabios de que hablamos al principio, que al presentarles una filosofía que conduce á Dios, les pasa lo que á

(1) Obra citada, pág. 94.

los gallos indianos cuando ven algún pato colorado, son los mismos que, rindiendo tributo al humor cataléptico, confiesan que les es indiferente admitir una religión, con tal que no se traspasen los linderos de lo *suprasensible*, de lo *misterioso*, de lo *maravilloso*, de lo *milagroso*..... de lo *sobrenatural*, en una palabra, porque con todos esos calificativos suelen designarlo los neosabios.

Pero este límite que pretende ponerse á las relaciones religiosas entre Dios y los hombres, esta tendencia á que el hombre haga su religión natural, es, cuando menos, injusta; es además ridículamente absurda, la idea de una *criatura* poniendo coto al Creador en la labor grandiosa, en la que plugo al Hacedor divino establecer relaciones sobrenaturales para unirse más íntimamente con la obra de sus manos amorosas.

Pero si el «orden sobrenatural» lo acepta la razón como idea, el cristianismo lo afirma como dogma, y la historia lo confirma como *hecho*. Hé aquí el tema que demostró el Padre Felix en la primera de sus famosas conferencias, del año 1865. Los ecos de la pasmosa elocuencia que vibró en la cátedra de Nuestra Señora han repercutido en todos los ám-

bitos del mundo ilustrado. No es necesaria preparación teológica alguna para penetrarse de estas armonías.

Aun así, los neosabios hablan..... como si no hubiera hablado el insigne orador. Háblase de lo sobrenatural como de un fantasma, que aparece por la evocación de algún *fanático*, y desaparece ante la sola presencia de cualquier *científico*. Ignoran que el *fantasma* es tangible, que se presenta cada día ante sus más osados agresores, que es un *hecho*, que es... el Cristianismo, que les dice: «Miradme bien, yo soy lo sobrenatural» (P. Felix).

Ahí tenéis el fantasma delante de vosotros; el fantasma que ha transformado al mundo con su aparición prodigiosa (1); fan-

(1) «¿Quién podrá pintar aquella conmoción, aquella agonía, que justificó la frase lanzada en las orgías y bacanales de las fiestas paganas, de que el mundo estaba loco?»

Cuantos esfuerzos se han hecho para conseguirlo, desde la suposición de la locura de la cruz, hasta las perturbaciones nerviosas, á que han acudido los materialistas modernos, no han podido todavía dar á conocer aquel estado de una sociedad que acababa para siempre, declarándose impotente con toda su grandiosa fuerza ante la sencilla palabra de un hombre, muerto hacía mucho tiempo en el suplicio más

tasma que vive vida prodigiosa de diecinueve siglos (1); fantasma que habla, y que dice, por boca del orador de Nuestra Señora: «Yo

ignominioso, y en el lejano rincón de un pueblo despreciado».—(Picatoste. *El Universo en la ciencia antigua*).

(1) «Yo he visto en esta alma humana, tan espantosamente enferma por el mal del egoísmo y de la sensualidad, en esta humanidad tan oprimida por sus propias debilidades, y tan subyugada por sus propias pasiones, milagros de paciencia, y milagros de sacrificio, y milagros de santidad, cuyo misterio no comprendía mi corazón, y cuya sublimidad no bastaba á explicarme ninguna fuerza humana. Yo he visto, en fin, en el fondo de este valle de afligidos, en los séres más oprimidos por la desgracia, extremecimientos de alegría, éxtasis de gozo, y tales espectáculos de felicidad, que hacían pensar en el Paraíso..... y nada me explicaba en la naturaleza esa serenidad, que solamente un rayo de Dios puede hacer nacer en la frente de un desgraciado».

.....

«Ante las manifestaciones del sér animal, creo en la vida animal; ante las manifestaciones de la inteligencia y la libertad, creo en la vida intelectual y en la vida moral. Y ante esas manifestaciones que no se explican, ni en la vida animal, ni en la vida intelectual, ni en la vida moral, creo en una vida más elevada que todo esto..... en la vida sobrenatural». (Padre Felix).

soy un cuerpo». «El Cristo es la cabeza». «El Verbo hecho carne es la personificación viva de lo sobrenatural». «Dios constituyó en El el misterio de nuestra filiación divina». *Multi unum sumus in Christo.*

Ante esa *afirmación* inmensa, hecha por millones de cristianos, entre los que figuran los genios, honra de la humanidad, se opone hoy la *negación* de los sectarios anticristianos, la negación de lo sobrenatural, de lo divino en la humanidad, de Jesucristo-Dios.

Es el eterno naturalismo de la apostasía, hoy más soberbio que nunca, con la locura de la falsa ciencia; que creyéndose con la misión histórica de aniquilar para siempre al supernaturalismo, no se digna siquiera examinar lo que niega; proclama como un derecho la negación *a priori*, y hasta deniega, á los que opten por la afirmación, la posibilidad de comprender, en estos términos: «la naturaleza ¿no es acaso todo lo que existe? Es, por tanto, *imposible comprender* que exista alguna cosa fuera, ó por cima de las leyes de la naturaleza».

«Pero, ¡oh dominadores (se les puede contestar con el P. Felix), dignaos esperar un poco! Nosotros no hemos decidido aún acatar

los decretos de vuestro genio con una obediencia ciega».

.....

«Un millón de veces nos has dicho: *no existe lo sobrenatural*; un millón de veces nos has acusado de creer en lo imaginario, de adorar lo imposible: en nombre de la razón, en nombre de la ciencia, en nombre de todo el buen sentido del género humano, yo te intimo á que me demuestres, una sola vez, eso que has repetido un millón de veces». (*Primera Conferencia*, 1865).

Tampoco el naturalismo, en cuanto negación sistemática del orden sobrenatural, puede resistir largo tiempo las vacilaciones de la duda. El naturalismo puede considerarse como religión positiva: es el anticristianismo.

La científicomanía debía dar un paso más en el camino de la catalepsia. Como Demócrito, en la pendiente de las negaciones, se ha llegado al término fatal: «Niego que sepamos ó no sepamos alguna cosa. Niego también que sepamos si sabemos esto».

Sostenerse hoy en el ateísmo puro y fran-

co, es retroceder más de veinte siglos, donde podía llamarse filósofo á un libertino como Epicuro, ó á un *anarquista* como Teodoro de Cirene, á quien reprendiendo Lisímaco por su descaro, tuvo que decirle: «Creo, Teodoro, que piensas que no hay reyes, así como que no hay Dioses».

«Es cándida la exigencia de Strauss cuando dice que debemos experimentar religiosa piedad y sumisión respecto de un universo, constituido no más que por el conjunto de individuos materiales, y que á cada momento nos amenaza con destrozarnos y destruirnos entre las mallas y los dientes de su despiadado mecanismo» (1).

El excepticismo, con su himeneo híbrido del *sí* y el *no*, «que se parece mucho á un escarnio del espíritu humano», es la *filosofía* que estaba llamada á crear la religión negativa, término y remate del negativismo moderno. Nada mejor que la doctrina del *llegar á ser*, para hacer una verdad religiosa, que no sea verdad, sino que «se haga», para que no pueda negarse más... pero tampoco afirmarse.

(1) Hartmann: *La doctr. del Crist.*, etc.—Cit. por Pesch.

A esta religión pertenece el Dios-Nada, cuya descripción hizo ya el P. Felix (1).

Este dios ideal, desprendido de toda realidad, es un dios que *se hace*, no *es*.

Sintetizando y abstrayendo de las ideas de lo infinito, necesario y perfecto, se construye esa Idea, ese dios. «Pensar en él es crearlo», se ha dicho. O, es un dios que «siempre está en vísperas de serlo», en frase del P. Felix. No alcanza la divinidad sino á condición de perder la realidad. Es como Jano... visto por una cara es Dios, no le falta más que la realidad; visto por la otra es Todo, no le falta más que la divinidad.

Ese *sér* (siendo nada) franquea las fronteras de lo absoluto indeterminado (la nada), se lanza por sí solo, y en virtud de una fuerza (de la nada también), á la evolución de sí mismo. Atraviesa las fases sucesivas de la realidad, sube siempre, llega al hombre, toma conocimiento de sí mismo, se... eleva, alcanza la abstracción final, la *idea*, que, colocada en la alta cima del *sér*..., pierde la realidad, para volver á empezar «ese supremo esfuerzo de prestidigitación metafísica, que

(1) Véase la *Segunda Conferencia*, 1865.

arroja á Dios al vacío, y que pasa el infinito por el hondón de una aguja». (P. Felix).

El Dios del cristianismo, dice esta filosofía «por hacer», es el Ídolo del dios-abstracción, dios verdadero, para ellos. Hasta que han venido al mundo esos neosabios, nadie ha sabido *elevarse* del Ídolo al dios.

Pero al ver profanado así el santo nombre de Dios por alguna filosofía nueva, se nos recuerda, sin poderlo remediar, esta frase escapada á un sectario, reveladora de la inhumanidad de los *filósofos*, y consignada, para perpetua memoria, por el tantas veces citado Padre Felix:

«Estas grandes palabras (1) inspiran todavía mucho respeto á la humanidad, y como tienen en su favor larga prescripción, y como han sido empleadas en las más hermosas poesías, el abandonarlas sería destruir todos los hábitos del lenguaje».

En una palabra, se trata de una nueva forma de ateísmo. Ateísmo «que no destruye los hábitos del lenguaje», ateísmo refinado, con pretensiones de «teísmo sabio», y toques

(1) Se refiere el *filósofo* á las palabras *Dios, Inmortalidad, etc.*

de «panteísmo vaporoso», ateísmo hipócrita, para decirlo de una vez.

Pero estas «grandes palabras», que inspiran tanto respeto á la humanidad, exigen de los neosabios algo más que la simple determinación de «no abandonarlas». Por respeto á esa misma humanidad, siquiera, los que hablan ese lenguaje consagrado, deben manifestar acatamiento, convicción, fe en lo que dicen. Y aquí viene ese «homenaje que el vicio hace á la virtud» en la hipocresía de las acciones, que los fariseos de nuestros días se ven forzados á rendir.

Hé aquí en qué enérgicas frases se expresa Tilman Pesch (1): «La religión de los amigos de la moderna cultura es cierta manera de apariencia de justicia, máscara que oculta un verdadero farisaísmo, orgullo é inmoralidad sin límites, sepulcro blanqueado que encierra la podredumbre de una vida sin religión ni moralidad».

Dejemos pronunciar el juicio acerca de es-

(1) *Los Grandes Arcanos*, II, 572.

tos fariseos, á Aquel que mostró su aborrecimiento á los máscaras religiosos, llamándolos «serpientes y viboreznos».

El farisaísmo ilustrado de nuestra época, con su abigarrada religiosidad, nos trae á la memoria, sin quererlo nosotros, el dicho del P. Roh: «No: más vale ir á los infiernos en coche que ser hipócrita».

Pero ¿qué es lo que ha podido forzar á los gallos indianos de la *ciencia*, á acercarse al pato colorado de la *religión*?

¿Quién ha sabido enseñarles á los *neosabios* que es preciso ser también *neoreligiosos*?

La historia, que es gran maestra.

«Los pueblos que ofrecen alguna duda al viajero respecto á si han tenido alguna religión, son siempre en todos sentidos los más miserables, y los más semejantes á las bestias» (1).

Y es que en los momentos de tranquilidad y calma que tenga la teofobia, no puede menos que hacerse la reflexión de Robespierre, cuando decía, hablando de la religión, que no podía concebir «cómo la naturaleza haya po-

(1) Strauss: *Der alte und der neue Glaube*.—Citado por Pesch.

dido inspirar al hombre fantasías, que sean más provechosas que la misma realidad».

Las consecuencias del régimen del ateísmo en la sociedad, no pueden escaparse á ningún pensador digno de este nombre. Nadie puede hoy dejar de decir que la noción de Dios es la clave de la bóveda del edificio social.

«Las utopias más peligrosas, añade Bonriot (1), surgen como los hongos en los escombros del edificio social que se derrumba». «Los soñadores, continúa, invaden la sociedad, y todos unen á la realización de sus sueños primeramente su propia felicidad, y después la del género humano».

Y (entre paréntesis): «la felicidad del utopista se compone en gran parte de las manzanas de oro que él y los suyos habrán de recoger en ese jardín de los Hespérides que se llama presupuesto del Estado».

Pero es que «el porvenir de nuestra raza depende en absoluto, si hemos de creerles, de la regeneración del cerebro humano, según el tipo que ellos han concebido en sus sueños, y

(1) Artículo sobre el *Ateísmo y la moral social* en su obra ya citada *L'Áme et la physiologie*.

que creen llevar ya dentro de su propio cráneo».

Taine, en su artículo sobre la *Psychologie du Jacobin* (1) retrató de mano maestra algunas de las tristísimas situaciones á que conducen á los pueblos esos fanáticos del error, que expulsan á esa «gran institutriz de la humanidad» (como llama Bonriot á la religión), para constituirse ellos en «pontífice infalible de la humanidad», «soberano policéfalo», insufrible, tiránico y opresor.

Menester es volver los ojos á algo más elevado que lo de acá abajo. Y si como ha dicho Hartenhuys: «Un solo suspiro hacia lo futuro es una demostración más que geométrica de la divinidad», demostración inmensa de la divinidad se está dando actualmente por los hombres de todas ideas, que suspiran hacia lo futuro, anhelantes de algo que no sea el materialismo insoportable, con el que se ha querido informar la política lo mismo que la ciencia.

Veamos á los neosabios *prudentes* en la interesante fase de buscar para la humanidad una institutriz que sustituya á la religión,

(1) En la *Revue des Deux-Mondes*, 1881.

aunque se llame también *religión* (por aquello del respeto á las *grandes palabras*, sin duda).

«La idea de religión, se ha dicho, es objeto del sentimiento, no del entendimiento» (!).

«El individuo está, por lo tanto, en libertad para formarse representaciones de lo suprasensible según *sienta*. En el sentimiento, ó anhelo á lo omnipotente, supraterreno, y á la duración del individuo después de la muerte, consiste la religión».

Se trata de satisfacer una necesidad del sentimiento, y nada más dicen los neoreligiosos.

«¿Quién rechazará, dice Lange, una misa de Palestrina, ó acusará de error las Madonnas de Rafael?»

Hé ahí la religión también.

Harmann llamó *Quolibet* á esta religión, que es *sentir, amar* (?) la belleza, la bondad, la verdad, y luego... vivir como si no se ama-se la verdad, ni la bondad, ni la belleza. Porque, como ellos dicen, no hay *concepto* de lo suprasensible, la *idea* de religión pertenece al sentimiento.

Como prueba de esta *libertad... de cultos*, citaremos una obra reciente, publicada en Inglaterra, y traducida al francés bajo el tí-

tulo *La Voie parfaite, ou le Christ esoterique*, y de la cual dice *Polybiblion*: es un ensayo de concordismo monstruoso entre «la Biblia y los libros herméticos, la teosofía oriental y el gnosticismo alejandrino; la Kábala y el Evangelio, el politeísmo griego y el culto cristiano, comprendiendo hasta los misterios del Rosario».

Quizá responda este libro al deseo de Mr. T. de Wyzewa, de que nos esforcemos, sobre todo, por «destruir en nosotros la inteligencia, esa *soi disant* facultad de saber y de pensar; porque toda ciencia es vana, todo pensamiento es vano, y es de donde nace todo sufrimiento en el mundo» (1).

Y quizá responda también á ese estado de las *almas modernas* (2), que no puede definirse todavía, pero que se descubre en el *altruismo* de Comte y de Spencer, en la *piEDAD* de Schopenhauer, en la *vida de conciencia y de amor* de Tolstoi. Dirección de los espíritus que no dudamos en calificar de reacción con-

(1) *Contes chretiens*, etc.—Obra ya citada por nosotros.

(2) Véase Angot des Rotours.—*La Morale du Coeur, Etude d'ames modernes*.

tra el *egoísmo* que la ciencia materialista ha infundido en la vida práctica. Antiegoísmo que podrá hacer pensar en un *cristianismo latente*, pero que no conduce, por sí mismo, al cristianismo verdadero.

Ese *neocristianismo* sin fe, no tiene razón de existencia, porque es un sistema en equilibrio inestable, es una contradicción perenne: «cristianismo sin Cristo».

Además, ese *neocristianismo* es una apostasía, y en apostatar de Dios está el principio de la soberbia (1), y donde impere la soberbia no hay caridad, que es el fundamento de la vida cristiana, y único antiegoísmo posible.

Porque, en una palabra, en esa religión imaginaria y subjetiva, el hombre adora un ideal que no existe más que en el *yo* que lo concibe, su Dios es el hombre que se adora á sí mismo, es la soberbia personificada, el egoísmo puro.

¡El *yo*, tipo del universo!... «orgullo necio (como dice Balmes) para ese átomo imperceptible que se presenta por algunos instantes en el inmenso teatro de la naturaleza y luego

(1) *Eccl.*, x, 14.

desaparece; orgullo necio para ese espíritu, que á pesar del grandor de su capacidad, siente su impotencia para sustraerse á esas leyes, á esos fenómenos, que según la monstruosa suposición, debieran ser obra de él mismo» (1).

Y terminamos con las palabras de nuestra *Introducción*: «Esto parece que tiene todos los caracteres de un extravío de la razón, que quizá esté padeciendo gran parte del mundo sabio. Y ante tan extraña *sabiduría*, se nos ocurre preguntar con San Pablo: «¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este mundo?»

(1) *Fil. fund.*, tom. II, cap. XXXII.

AL QUE HUBIERE LEÍDO

Y vos, lector paciente, que habéis recorrido las páginas de este libro, permitid á quien ha sacado á la pública vergüenza la *cientificomania*, que se cure en salud, diciendo que no padece la *mania científica*... de querer convencer á nadie de lo que no quiere convencerse.

Esta obra no es sectaria, en ningún sentido.

En la solicitud con que acudimos al criterio de autoridad, puede verse el poco aprecio que hacemos de la opinión del simple ciudadano de la república intelectual, incluida, dicho se está, nuestra persona en la humilde categoría.

No puede aplicarse el sufragio universal

á cosas tan delicadas como las que dependen de la filosofía del *nosce te ipsum*.

Precisamente las cuestiones que directamente afectan al *yo* se distinguen porque ofrecen un «modo de ver de cada uno», que hace imposible la *adición* de votos por tratarse de cantidades heterogéneas.

El actor de comedia ve en el hombre un *personaje*; el comerciante un negocio; la mujer frívola un muñeco grande; el moralista un *casus conscientiae*; nuestros sabios un microcosmos; nuestros políticos un voto.

Encerrad al comediante, por unos días, tras de la valla de un mostrador, y no será capaz de tomar en serio aquel repertorio de libros de caja, balances y pagarés. Sacad á las tablas al hombre de comercio, y no será posible que diga, ni por broma, que estima *aquello* más que «cuanta hacienda y honor los reyes le puedan dar».

La que de niña ha bautizado á sus muñecos, se sonreirá ahora incrédula cuando el moralista la diga que el «muñeco grande» es capaz de sacramentos.

Y el sabio no conseguirá que el político vea en el simple voto, no digamos un mundo, ni siquiera un colegio electoral.

En esta Babel de los sentidos, en que cada uno ve las cosas de distinta y aun de opuesta manera que otro, indudablemente debe de haber un elemento de desorden, que podría llamarse «la bestia en el hombre».

Y no pára aquí la cosa. Cada hijo de vecino, inspirado por no sabemos qué salvador instinto, pero dirigido por sí sabemos qué insana ignorancia, cuando quiere convencer á otro á que vea las cosas como él las ve, todo su empeño se reduce á demostrar inconscientemente lo que sigue: «no cabe duda que yo lo veo así». Cada comprobante que aduce le afianza en su seguridad, al mismo tiempo que al que ve lo contrario, ó no le dice nada el *argumento*, ó le prueba que sigue *viendo* bien.

—Esto es azul, dice el uno.—Es verde, contesta el otro.—Si lo ilumino con luz roja aparece violado.—Cabalmente esa prueba con la luz roja me asegura en mi opinión, porque *mi* color con la luz roja se *complementa*, y aparece blanco.

¡Lógica! ¡lógica! pedirá aquí algún ideólogo.—En el ejemplo citado los dos discutidores la utilizan, como se sirven también de la física.

Es que toda la lógica del universo es im-

potente para curar un ojo humano de lo que llamaríamos *acromatopsia moral* que lo afecta, y cuyo tratamiento no podemos aventurar nosotros.

Al más temible ergotista lo desconcierta cualquier *profano* que le contesta después de recibir á pié firme la granizada desilogismos: «¡Qué quiere V. que le diga!..... Yo lo *veo* de otra manera».

No cabe aquí otra cosa que enterarse de quién es el que *ve* mejor.

Para componer la opinión que impera en la presente obra, se han buscado con imparcial interés los votos de los hombres de buena *vista*. Que ahora la desea para sus lectores

El Autor.

FIN

ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
AL QUE LEYERE..	IX
INTRODUCCIÓN.	XI
CAPÍTULO I.—Los neosabios.. . . .	1
CAP. II.—El átomo gigante todopoderoso.	23
CAP. III.—El Bathybius.	41
CAP. IV.—La humanidad encantada.	63
CAP. V.—El Hado.	105
CAP. VI.—La Orden de Caballería.	123
CAP. VII.—La teofobia en los neosabios.	143
CAP. VIII.—Los neoreligiosos.	179
AL QUE HUBIERE LEÍDO.	199



X641083148

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

640341331X

DEL MISMO AUTOR

LA ELECTROLISIS.—(Madrid, 1893.—S. E. de S. Francisco de Sales, en 8.^o, de 42 páginas, 1 peseta).

«Désireux d'attirer l'attention des hommes de science sur un genre de recherches assez négligées, parait-il, en Espagne, M. Juan Dominguez Berrueta vient de publier à Madrid, sur l'électrolyse, un opuscule dans lequel il expose d'une façon très claire les résultats des travaux dont cette question a été l'objet de la part des physiciens et des chimistes, et fait preuve de connaissances approfondies sur cette intéressante matière: *La Electrolisis*.—(POLYBIBLION.—*Revue bibliographique universelle*.—Aout, 1893).









81.159